

Selecciones

del Reader's Digest

LO MEJOR DE REVISTAS Y LIBROS

La senda de la fe de un naturalista	21
Retrato del nuevo Presidente de los EE. UU.	28
¡Mucho ojo con las drogas "inofensivas"!	37
¿Quién fue Cleopatra?	41
Así es la vida	47
Libertad de acción, fórmula para superarse	49
Instantáneas de un espía soviético	54
Camuflaje en el reino animal	59
Nueva arma en la lucha contra el hambre	65
Renovarse es vivir	71
En la región de la aurora boreal	75
Citas citables	83
Mercaderes de sueños	86
La tensa generación de hoy	95
Un pez llamado Ulises	105
Me fascinan los embusteros	113
Reguladores electrónicos del ritmo cardíaco	117
¡A la meta aunque reviente!	125
Cómo recordamos y por qué olvidamos	132
El huracán que asoló una región	136
Por una vida mejor	4
Humorismo militar	5
Temas de reflexión	8
¡No se deje confundir!	9
Enriquezca su vocabulario	15
Instantáneas personales	18

*Sección
de libros*

Pícaro

Las simpáticas aventuras
de un niño y su mapache 142



"COCA-COLA" Y "COKE" SON LAS MARCAS REGISTRADAS DE THE COCA-COLA COMPANY.

¡Refrescante compañía! Diversión, amistades . . . y la chispeante Coca-Cola. ¡Siempre en el mejor de los gustos! ¡Siempre proporcionando esa nueva sensación refrescante! Por eso . . . los buenos ratos se pasan mejor . . . a usted le va mejor . . . **todo va mejor con Coca-Cola.**

¡Coca-Cola refresca mejor!





**QUIENES
PREFIEREN
ANTICASPAS LIQUIDOS
ahora usarán**

**ENDEN
LIQUIDO**

**UNICO ANTICASPA LIQUIDO CON
99 0/0 DE EFICACIA!**

Luego del éxito mundial que significó
ENDEN crema, los laboratorios
Helene Curtis se dieron a la tarea de
obtener un anticaspa —en tipo líquido—
que asegurara el mismo 99 %
de eficacia para terminar definitivamente
con la caspa. Y así es como hoy —luego
de su favorable acogida en los
EE. UU. y Europa— presentamos para
ese numeroso público que prefiere los
anticaspa líquidos, el único que le ofrece
99 % de eficacia comprobada.

ENDEN
liquido



UN PRODUCTO HELENE CURTIS



Selecciones del Reader's Digest

Tomo XLVII N° 279

Febrero de 1964

Revista mensual publicada por Selecciones del Reader's Digest Argentina S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Teléfonos 27-4671 al 4676.

Roberto C. Sánchez, *Presidente*

Redacción

Jefe de Redacción Pablo Morales

Consejeros de redacción: Julio Casares, Eduardo Cárdenas. *Redactores:* Marco Aurelio Galindo, Lillian Davies Roth, Luis Marrón. *Redactores asociados:* Dmitri Ivanovich, C. E. Eggers Lecour, Arturo Aldama, Manrique Iglesias. *Director de arte:* Emilio Gómez.

Administración

Douglas Mac Lean, *gerente*; Paul W. Thompson, *vice-presidente*; Marcos Kremzar, *tesorero*; Carlos Aldao Quesada, *gerente de publicidad*; Salvador Passarello, *Discoteca de Selecciones*; Miguel Weil, *Biblioteca de Selecciones*.

THE READER'S DIGEST, fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace, sus actuales directores y editores, se publica en inglés en Pleasantville, Estados Unidos, y también en Inglaterra, en el Canadá y en Australia. Ediciones en otras lenguas: *Stuttgart (alemán)* Anne Mörike; *Cairo (árabe)* M. Zaki Abdel Kader; *Copenhague (danés)* Onni Kyster; *Helsinki (finlandés)* Seere Salminen; *París (francés)* Pierre Dénoyer; *Montreal (francés)* Pierre Ranger; *Amsterdam (holandés)* Aad van Leeuwen; *Milán (italiano)* Mario Ghisalberti; *Tokio (japonés)* Seiichi Fukuoka; *Oslo (noruego)* Astrid Øverbye; *Río Janeiro (portugués)* Tito Leite; *Estocolmo (sueco)* Olle Gustafson.

EDICIONES INTERNACIONALES: Paul W. Thompson, *gerente general*; Adrian Berwick, *jefe de redacción*.

© 1964 por Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A. Publicación autorizada por The Reader's Digest Association, Inc. Se prohíbe la reproducción total o parcial, en cualquier forma, tanto en español como en otros idiomas, del contenido editorial de este número. Derechos reservados en todo el mundo. Se han efectuado los trámites necesarios, incluso depósitos, en los países que así lo requieren. Acogido a la protección de las Convenciones Internacional y Panamericana sobre derechos de autor. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual en Argentina N° 759.196. Circula por el correo argentino en el carácter de publicación de interés general N° 144.

Cubierta: "Día lluvioso", por Ralph Avery

SELECCIONES

se vende

en las principales librerías
y puestos de periódicos

Argentina (m\$ 40,00*) — S. A. Editorial Bell, Otamendi 215, Buenos Aires.

Bolivia (\$b.2,50*) — Librería Selecciones S.R.L., Avenida Camacho 1339, La Paz.

Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas N° 502, 19° andar, Río Janeiro.

Colombia (\$2,00*) — J. M. Ordóñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 N° 36-30, Barranquilla; Eusebio Valdés, Carrera 10 N° 18-59, Bogotá; Librería Iris, Calle 34 N° 17-36, Bucaramanga; Camilo y Mario Restrepo, Distribuidora Colombiana de Publicaciones, Carrera 3ª N° 9-47, Cali; Pedro J. Duarte, Agencia Selecciones, Maracaibo 47-52, Medellín.

Costa Rica (¢1,50*) — Carlos Valerín Sáenz y Cía., Bazar de las Revistas, Apartado 1924, San José.

Chile (E\$ 0,50*) — Sales y Larios Ltda., Avenida Bernardo O'Higgins 137, Santiago.

Rep. Dominicana (RD\$0,25*) — Librería Dominicana, Calle Mercedes 49, Santo Domingo.

Ecuador (5,50 sucres*) — Librería Selecciones, S. A., Benalcázar 543 y Sucre, Quito; Librería Selecciones S. A., V. M. Rendón y Seis de Marzo, Guayaquil.

El Salvador (60 cts.*) — PRODISA, Apartado Postal 1369, San Salvador.

Guatemala (Q0,25*) — De la Riva Hnos., 9ª Avenida N° 10-34, Guatemala.

Honduras (50 cts.*) — H. Tijerino, Agencia de Publicaciones Selecta, Tegucigalpa.

México (\$3,50*) — Selecciones Distribuidora, S. A., Plaza de la República 48, México, D. F.

Nicaragua (¢1,95*) — Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones, Managua.

Panamá (B/0,25*) — J. Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza de Arango, Panamá.

Paraguay (G 35,00*) — Cía. Importadora de Publicaciones, S. R. L., Palma 565, Asunción.

Perú (S/6,00*) — Librería Internacional del Perú, Jirón Puno 460, Lima.

Puerto Rico (25 cts.*) — Carlos Matías, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.

Uruguay (\$4,00*) — A. M. Careaga, Plaza Independencia 823, Montevideo.

Venezuela (Bs. 1,25*) — Distribuidora Continental, S. A., Ferrenquín a La Cruz, 178; *Suscripciones:* Avenida Ávila y El Parque, San Bernardino, Caracas.

(*Precio por número suelto)

Selecciones
Reader's Digest
Marca Registrada
Reg. U. S. Pat. Off.

SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, Volume XLVII, N° 279, February 1964. Published monthly by Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Subscription price: US \$4.00 per year. Entered as second class matter at the Post Office at Pleasantville, N. Y., under the act of March 3, 1879. Additional entry at the Post Office, Miami, Fla.

Impreso en la Argentina - GUILLERMO KRAFT LTDA. - Reconquista 319



Adherida al Instituto Verificador de Circulaciones

CORREO ARGENTINO CENTRAL(B)	FRANQUEO PAGADO Concesión N.º 63
	TARIFA REDUCIDA Concesión N.º 144

Vieja Lavanda

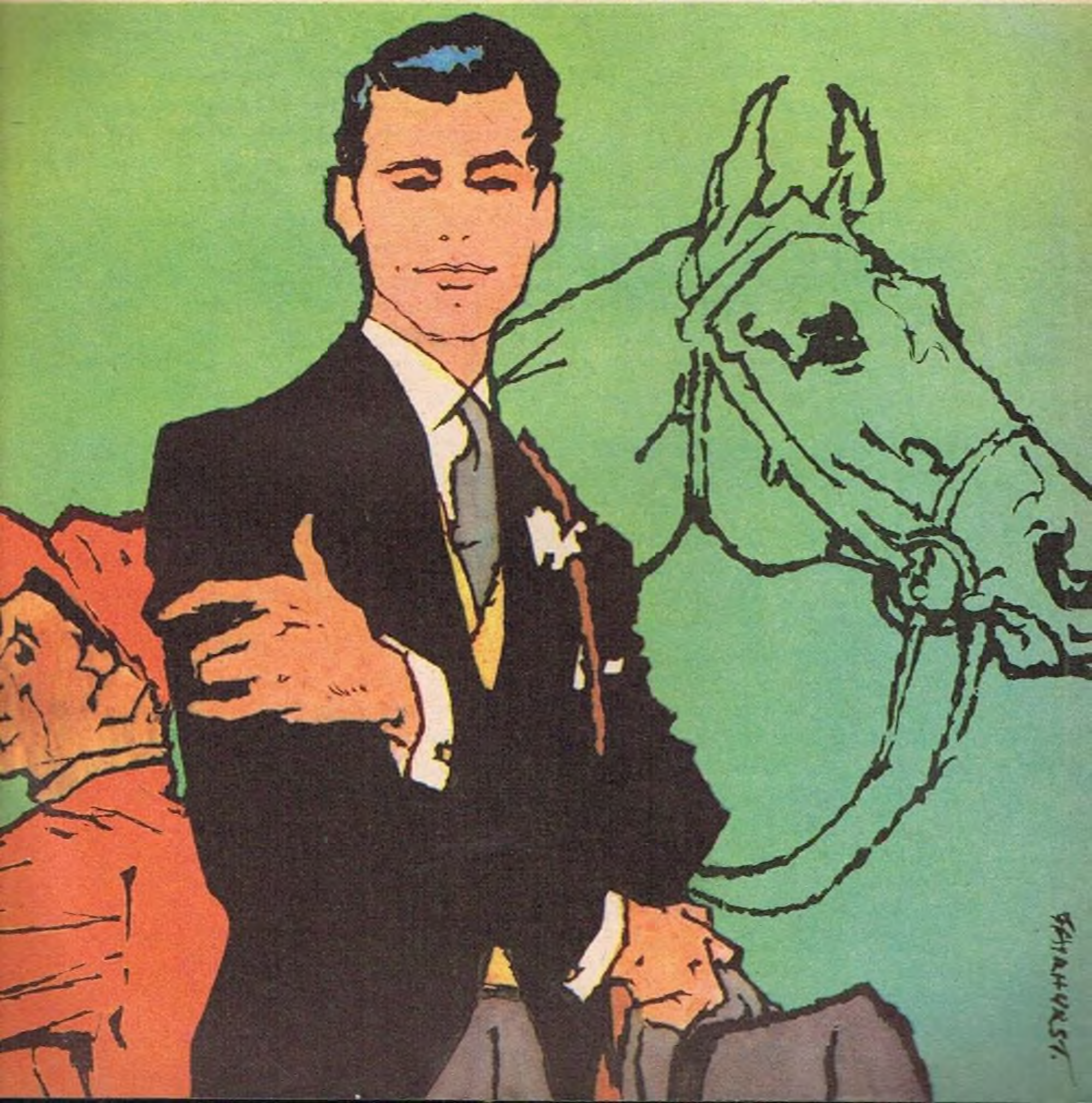
Fulton

EL MAS FINO
ESTILO DE VIDA



LOCION

TAZA DE AFEITAR - TALCO - JABON - ESPUMA DE AFEITAR



SHAW-WEST

Por una vida mejor



POR GALO PLAZA

*Ex-presidente de la República del Ecuador y signatario
de la Carta de las Naciones Unidas*

AUNQUE estoy acostumbrado a las sorpresas, como padre de cinco hijos, me sentí desconcertado un día de 1956 en que mi hija Luz me anunció de pronto: "Papá, voy a dedicarme a ayudar a los campesinos".

Acababa de regresar de los Estados Unidos, donde había pasado seis meses viviendo y trabajando con familias de agricultores según el programa de intercambio directo de jóvenes de diversas naciones que, para dedicarlos a las labores agrícolas, instituyó el Club 4-H con el nombre de International Farm Youth Exchange (IFYE).

Con los ojos brillantes me habló de su experiencia en enseñar a los jóvenes campesinos cómo se cultivan las plantas que les sirven de alimento, y cómo se usa la cabeza, además de las manos, para resolver las dificultades que se presentan en el campo. Me habló también del placer que hay en el compañerismo entre personas de la misma edad y parecido modo de pensar, unidas por iguales inquietudes ante los problemas de sus respectivas comunidades.

Quería emplear sus conocimientos recién adquiridos en ayuda de las familias campesinas de nuestra patria. Lleno de orgullo, accedí a sus deseos.

Mi hija pertenece al grupo de más de 2500 jóvenes que han tomado parte en los programas del IFYE. Además de vivir con familias de granjeros, cada uno de estos mentores en ciernes se propone resolver un problema determinado que afecta en particular a su tierra. Para cumplir su propósito, que puede variar desde el perfeccionamiento de un sistema de riego hasta la colocación de una chimenea en un horno, los jóvenes sólo podrán valerse de los medios con que cuenten en sus lugares de origen.

No dudo que dependeremos tanto más de los conocimientos que estos jóvenes adquieran y de las dotes de dirección que desplieguen en el futuro, cuanto más extendamos nuestra batalla contra la pobreza, la ignorancia y la enfermedad.

El año pasado vimos un importante avance en el programa del IFYE. El sustancioso donativo del Reader's Digest permitió que 34 muchachos y muchachas (13 de ellos iberoamericanos) ampliaran sus estudios hasta un grado que nunca antes habían conseguido. Volvieron a su patria capacitados para enseñar a otros, en un ámbito cada vez mayor, lo que ellos mismos habían aprendido.

Ampliado este año el programa, se puede decir que sus resultados mejores se deben en buena parte al interés y al apoyo del Reader's Digest.

Encaja muy bien en los ideales del Reader's Digest prestar su ayuda a programas con la orientación que el IFYE ha querido dar al suyo. Por muchos años esta publicación ha levantado una voz inequívoca en pro de los esfuerzos individuales para mejorar las condiciones de la vida.

HUMORISMO MILITAR

JAMÁS quedó mejor ilustrado lo que es el fuero del rango militar que el día en que fui al centro de reclutamiento a fin de someterme al periódico reconocimiento médico que se requiere de los reservistas. Vistiendo traje de paisano presenté mis papeles al encargado de la recepción.

—Quítese usted toda su ropa, póngala en uno de aquellos armarios, y preséntese después aquí —me dijo mecánicamente.

Mas al ojear los papeles me llamó otra vez:

—¿Es usted oficial?

—Sí.

—En ese caso, puede dejarse puestos los calzoncillos. —J. J. M.

DURANTE la campaña en el África del Norte una compañía de soldados ingleses relativamente bisoños había quedado encargada de la defensa de una colina estratégica contra las tropas de Rommel. Al caer la noche no sólo habían sido desalojados de aquella posición sino que estaban a punto de verse arrojados al mar. Para rescatarlos, el comandante de zona mandó una experta compañía de Guardias, quienes recapturaron la colina y la entregaron nuevamente a sus primeros defensores.

Al día siguiente Rommel contrató y nuevamente obligó a la compañía a abandonar el cerro. Volvieron los Guardias por segunda vez y de nuevo recobraron la colina. Al entregar la posición a los primeros, el oficial que estaba al frente de los Guardias saludó militarmente y dijo a su colega:

—Oiga, amigo, esta vez ¿tendría la amabilidad de darme un recibo?

—S. F. V.

MI HERMANO acababa de desembarcar con algunos de sus compañeros tras una gira de ocho meses por el Mediterráneo a bordo de un destructor, y estaban contando sus aventuras. Notando que uno de los marinos, que normalmente usaba lentes de contacto, llevaba ahora gafas, le pregunté qué le había sucedido con ellos.

—No estoy muy seguro —me dijo algo corrido—. Temo habérmelos bebido.

—D. A.

EN LA escuela de oficiales de intendencia del campo Lejeune nos estaban mostrando las máquinas electrónicas con que se lleva cuenta de los suministros para el cuerpo de infantería de marina. Nuestro cicerone era un joven algo nervioso que trataba de explicarnos como mejor podía el funcionamiento de las dis-

tintas calculadoras. Al aproximarnos a una guapa joven militar que estaba insertando tarjetas en una de las máquinas, nuestro guía nos hizo la más ilustrativa observación:

—Ésta —nos dijo— es la Reproductora Básica número 514. —J. P. G.

EN UN campamento de instrucción militar era yo el encargado del correo, y cierta vez di una breve conferencia a los reclutas sobre la manera correcta de poner la dirección del remitente. Tomando como ejemplo un sobre que no la tenía y que había sido puesto en el correo el día anterior, pregunté cuál de los reclutas había escrito a la muchacha cuya dirección aparecía allí.

Mi sorpresa fue tan grande como la de los dos reclutas que contestaron simultáneamente: “¡Ah! ¡Es mi novia!” —S. A. S.

EN 1949 el ser miembro del Cuerpo Femenino del ejército norteamericano nada tenía de atrayente para una mujer. Usábamos burdas medias de algodón y ropa interior de caqui bajo el desabrido uniforme; vivíamos fregando los pisos de los cuarteles y haciendo servicio de cocina; tomábamos nuestras comidas en la sala de rancho y adonde quiera que íbamos debíamos hacerlo en formación. Así pues, nos consumía la impaciencia por disfrutar de nuestra primera licencia de fin de semana. Nos encaminamos hacia la ciudad más populosa de la comarca, allí compramos zapatos de tacones y vestidos con volantes, y fuimos al

restaurante que nos pareció más elegante. Al vernos nadie podía sospechar que éramos reclutas del ejército femenino... Es decir, nadie lo hubiera sospechado hasta que, al terminar el postre y el café, recogí mi taza y mis platos y me dirigí con ellos hacia la cocina. —Sra. J. E. M.

DE SERVICIO en Inglaterra, fui a visitar a mi tío, quien me presentó a gran número de primos. La mayoría de los muchachos eran altos y fuertes y vestían uniforme. Mi tío los presentaba diciendo: “Este es tu primo Tom, de los Guardias de Gales; este es Mike, de los Guardias Irlandeses; este es Donald, de los Guardias Escoceses...” Y así sucesivamente, hasta que se adelantó un joven de muy baja estatura sin que en su caso se hiciera mención de “guardia” alguna. El primo explicó:

—No pude ingresar en ningún cuerpo por causa de la vista.

Le dije que lo sentía mucho y le pregunté qué defecto padecía.

Con una sonrisa picaresca repuso:

—De tener los ojos demasiado cerca del suelo. —A. G.

UN PILOTO de aviones de caza, solterón empedernido, reafirmaba sus principios ante todos sus compañeros: “No pienso casarme. Ya hace muchos años que he estado volando a mis anchas, por donde se me antoja. Y me propongo continuar así. Seguiré volando solo”.

Mas al fin llegó un día en que sus amigos recibieron este telegrama: “Derribado hoy 5 p.m.” —A. G.

Temas de reflexión

HE PODIDO notar que, en este mundo, los perversos suelen congregarse en mutuo compadrazgo, aunque se detesten unos a otros. En eso reside su fuerza. Los buenos se hallan dispersos, y de ahí su debilidad.

— Yevgeny Yevtushenko, en *Autobiografía Precoz*

REHÚSA enfermarte. No digas nunca a nadie que estás enfermo, ni lo reconozcas tú mismo. La enfermedad es una de las cosas a que todo ser humano debe resistirse por cuestión de principio.

— William Henry Bulwer-Lytton

ALGUIEN dijo que quien requiere, para ser dichoso, determinada persona o determinado objeto, ignora qué es la felicidad. Pero quien confronta, solo, una situación difícil mientras ejecuta una tarea necesaria o habitual con ánimo amoroso y tranquilo, algo sabe de lo que es la felicidad.

— Gwen Cummings

EN LA penumbra vespertina, y no en pleno día, o tal vez un instante antes de la puesta del sol, en momentos en que los rayos del astro caen horizontalmente sobre la tierra, es cuando despiertan los recuerdos que guardamos en lo más recóndito de nuestra memoria.

¿Qué secreto encierran esas som-

bras alargadas cuando descienden sobre bosques y prados desde lo alto de inmóviles ramajes, que conmueven nuestro ánimo y nos hacen sentirnos extrañamente bondadosos hasta para con nuestro peor enemigo?

— John Cowper Powys, en *The Meaning of Culture*

RECIENTEMENTE, un orador dijo ante un grupo de hombres de negocios, que nunca daría un cargo de importancia a un empleado que no cometiera errores... y de los grandes. Claro que no aludía a los que incurren en constantes equivocaciones en sus tareas, pero sí quería subrayar que una empresa no busca empleados infalibles, sino aquellos que cometen "errores creadores".

— C.T. Ryan

TODA persona tiene su propio y natural nivel de tensión nerviosa, en el cual funciona física y mentalmente con máxima eficacia. Cualquier desviación forzada que nos aparte de ese nivel puede ocasionar efectos desastrosos. En otras palabras, resulta tan inconveniente sujetar a una persona normalmente enérgica y activa cuando se conduce según su acostumbrado dinamismo, como forzar a un individuo apacible y contemplativo a que intente proceder más activamente.

— Dr. Hans Selye

POR MARTIN GARDNER
Redactor de la sección de Juegos Matemáticos del "Scientific American"
 Condensado de "Mathematical Puzzles"

¡No se deje confundir!

MALOS ECONOMISTAS

—Parece que estoy sobregirado en mi cuenta —le dijo el señor Pérez al gerente del banco— pero no puedo comprender cómo ha podido ocurrir esto. Verá usted: originalmente, tenía yo \$100 en el banco. Giré seis veces contra mi cuenta, por un total de \$100, pero según mis anotaciones, yo tenía depositados sólo \$99. Aquí está la cuenta.

Y el señor Pérez entregó al banquero una hoja de papel en que había escrito lo siguiente:

Sumas retiradas	Saldo en depósito
\$ 50	\$50
25	25
10	15
8	7
5	2
2	0
\$100	\$99

—Como usted verá —siguió diciendo el señor Pérez— parece que le quedo debiendo al banco \$1.

El gerente examinó la cuenta y sonrió.

—Mucho aprecio su honradez —le dijo— pero no nos debe usted nada.

—Entonces ¿hay un error en los números?

—No, los números están bien.

¿Puede usted explicar en qué consiste el error?

Solución

El depósito original de \$100 del señor Pérez no tiene por qué ser igual al total de las sumas que van quedando como saldo cada vez que se gira un cheque. En este caso es pura coincidencia que la suma de la columna de la derecha salga tan cerca de los \$100.

Esto se verá claramente si se forman tablas con una serie distinta de giros. He aquí dos posibilidades:

Sumas retiradas	Saldo en depósito
\$ 99	\$1
1	0
\$100	\$1

Sumas retiradas	Saldo en depósito
\$ 1	\$ 99
1	98
1	97
97	0
\$100	\$294



...se arregla con Poxipol!

Como se ve, el total de la izquierda siempre tiene que sumar \$100, pero el total de la derecha puede ser muy grande o muy pequeño.

NO HAY SUELTO

Un caballero entra en una tienda y pide que le cambien un dólar por dinero suelto.

—Lo siento mucho —le dice la cajera, después de buscar en su caja registradora— pero con las monedas que tengo, no puedo complacerlo.

—Entonces, ¿puede cambiarme una moneda de a 50?

La muchacha mueve la cabeza negativamente. En realidad, declara, no podría cambiar ni una moneda de a 25, ni una de a 10; ¡ni siquiera una de a 5!

—Pero ¿es que no tiene usted monedas de ninguna clase? —pregunta el caballero.

—Oh, sí, señor. Tengo \$1,15 en monedas.

Teniendo en cuenta que las monedas fraccionarias norteamericanas son de 50, 25, 10, 5 y 1 centavo, diga el lector: ¿exactamente qué monedas hay en la registradora?

Solución

Si la cajera no puede cambiar un dólar, entonces en la registradora no puede haber más de una moneda de a 50 centavos. Si no puede cambiar tampoco una de a 50, entonces no puede haber más de una de a 25 ni más de cuatro de a 10. Si no puede cambiar una de a 10, no es posible que tenga más de una

de a 5; y si no puede cambiar una de a 5, es que no tiene más de cuatro de a centavo. Así pues, lo más que podría haber en la caja registradora sería:

1 moneda de a 50	\$0,50
1 de a 25	0,25
4 de a 10	0,40
1 de a 5	0,05
4 de a 1	0,04
	\$1,24

Con estas monedas, todavía es posible cambiar un dólar (por ejemplo, por una de a 50, una de a 25, dos de a 10 y una de a 5). Pero sabemos que en la registradora hay *menos* monedas que las de la lista anterior, puesto que esa lista suma \$1,24, o sea 9 centavos más del \$1,15 que hay en caja.

Ahora bien, la única manera de reunir los 9 centavos es tomar una moneda de a 5 y las cuatro de a centavo. Así pues, estas monedas tienen que eliminarse. Las restantes, es decir, una de a 50, una de a 25 y cuatro de a 10, no permiten cambiar un dólar ni ninguna otra de las monedas fraccionarias, y suman justamente \$1,15, de modo que ésta es la única solución posible del acertijo.

LAS BICICLETAS Y LA MOSCA

Dos muchachos en bicicleta, a 20 kilómetros de distancia el uno del otro, empiezan a correr directamente con el propósito de encontrarse. En el momento en que parten, una mosca que estaba en la guía de una

de las bicicletas vuela en línea recta hacia el otro ciclista, pero apenas llega a él, se vuelve hacia el primero. La mosca sigue volando entre las dos bicicletas hasta que los muchachos se encuentran.

Si cada bicicleta lleva una velocidad constante de 10 kilómetros por hora y la mosca vuela a una velocidad constante de 15 kilómetros por hora, ¿qué distancia vuela la mosca en total?

Solución

Puesto que las dos bicicletas corren a una velocidad de 10 kilómetros por hora, se encontrarán en la mitad de la distancia de 20 kilómetros, exactamente en una hora. Si la mosca vuela a una velocidad de 15 kilómetros por hora, es claro que durante esa hora habrá volado 15 kilómetros.

Muchas personas tratan de resolver este problema de la manera más difícil, calculando la longitud de la primera trayectoria de la mosca entre las dos bicicletas, luego la distancia que recorre al regreso, y así sucesivamente en distancias cada vez más cortas. Este método, empero, representa lo que se denomina la *suma de una serie infinita* y es cuestión muy complicada y de altas matemáticas.

Se cuenta que durante un coctel propusieron este problema a John von Neumann, que a su muerte, en 1957, era tal vez el más grande de todos los matemáticos del mundo. Se quedó pensando un instante y en seguida dio la solución exacta.

El que había planteado el problema se quedó un poco decepcionado de que Neumann lo hubiera resuelto con tanta facilidad y comentó que, por lo general, los matemáticos no piensan en la manera sencilla de resolverlo sino que se enfrascan en el largo proceso de sumar una serie infinita.

Von Neumann exclamó asombrado:

—¡Pues así lo he resuelto yo!

LAS TRES CORBATAS

El señor Blanco, el señor Rojo y el señor Pardo almorzaban juntos. De ellos, uno llevaba corbata blanca, otro roja y el otro parda.

—Es curioso —dijo el de la roja— las corbatas que llevamos corresponden con nuestros apellidos, pero ninguno la lleva del color del propio.

—En efecto, tiene usted razón —repuso el señor Blanco.

¿De qué color era la corbata de cada uno?

Solución

El señor Blanco llevaba corbata parda. El señor Pardo la llevaba roja. El señor Rojo la llevaba blanca.

Blanco no podía tenerla blanca, porque correspondería con su propio nombre. Tampoco podía llevarla roja, porque el de la corbata roja fue el que hizo la observación. Por consiguiente, la corbata de Blanco tenía que ser la parda.

Quedan las corbatas roja y blanca, que llevaban, respectivamente, los señores Pardo y Rojo.



Para chicos



o afuera,



un sandwich con



y para grandes,



en casa



en el trabajo



y en la diversión,



Queso-Crema ADLER



es... otra cosa!

ELABORADO POR QUELAC S.A. BAJO LICENCIA Y CONTROL DE ALEMANIA

Todo el
mundo
habla del
Rambler

LA NUEVA LINEA DE LA CALIDAD

Todas las conversaciones conducen al Nuevo Rambler. El Nuevo Cross Country, por ejemplo, se ha ganado la admiración de cuantos lo conocen. Por la sobria elegancia de su línea, cuya distinción adquiere mayor realce con los nuevos vidrios curvos; por su novedoso diseño interior, que lo hace aún más amplio, más cómodo y más suntuoso; por su mayor distancia entre ejes, su nuevo compartimiento adicional... y por muchos otros detalles mecánicos, de belleza y confort, todos coinciden en reconocer que el Nuevo Cross Country es La Nueva Línea de la Calidad. Solicite una demostración de manejo.

RAMBLER CROSS COUNTRY

PRODUCTO DE CALIDAD INDUSTRIAS KAISER ARGENTINA

Y siempre con las inmejorables condiciones de financiación del PLANIKA



Enriquezca su vocabulario

POR CARLOS F. MAC HALE

Catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología

AL COMÚN de los hablantes le interesan poco las divisiones y clasificaciones de la gramática en su parte analítica. Por eso procuramos en estos ejercicios dar a la vuelta ejemplos prácticos y explicaciones fáciles y exentas de lucubraciones teóricas. Lo que importa es atenerse al uso castizo, y el empleo que autores famosos hacen de las voces que analizamos es lo que mejor puede orientar al lector deseoso de expresarse correctamente.



- 1) **acémila** — A: medida agraria. B: espuela. C: mula de carga. D: molino.
- 2) **cicerone** — A: orador. B: guía. C: sabio. D: ciclo.
- 3) **despecho de (a)** — A: a riesgo de. B: a pedazos. C: a pesar de. D: sin empacho.
- 4) **¡eureka!** — A: ¡lo he hallado! B: ¡qué infierno! C: ¡quién pensara! D: ¡qué demonios!
- 5) **gañote** — A: gañán. B: ganguero. C: galocha. D: garguero.
- 6) **haraganería** — A: ramplonería. B: hartería. C: holgazanería. D: majadería.
- 7) **jobo** — A: árbol. B: pez. C: mono. D: ave.
- 8) **Juan Lanas** — A: persona peluda. B: bobalicona. C: greñuda. D: desgarrada.
- 9) **marlota** — A: marejada. B: cierta vestidura. C: olla. D: mujer desgredada.
- 10) **mascabado -da** — A: cierta pasta. B: miel. C: fruta de sartén. D: azúcar.
- 11) **merovingio** — A: relativo a una dinastía francesa. B: inglesa. C: alemana. D: escandinava.
- 12) **peyorativo** — A: de piel floja. B: que empeora. C: que se queja. D: peliagudo.
- 13) **prest** — A: utilidad. B: honorario. C: préstamo. D: paga.
- 14) **rozagante** — A: animoso. B: brioso. C: vistoso. D: garboso.
- 15) **secundar** — A: ser segundón. B: ayudar. C: percibir. D: segundar.
- 16) **subitáneo** — A: repentino. B: áspero. C: cárdeno. D: de prisa.
- 17) **tonante** — A: que es de tono. B: que hace eco. C: que tiene tono. D: que truena.
- 18) **volapuk** — A: obús. B: pez. C: idioma. D: volapié.
- 19) **xerasia** — A: enfermedad. B: gusano. C: pólipo. D: cartílago.
- 20) **zurcidor de voluntades** — A: hipnotizador. B: hechicero. C: alcahuete. D: adivinador.

RESPUESTAS A "ENRIQUEZCA SU VOCABULARIO"

(Véase la página anterior)

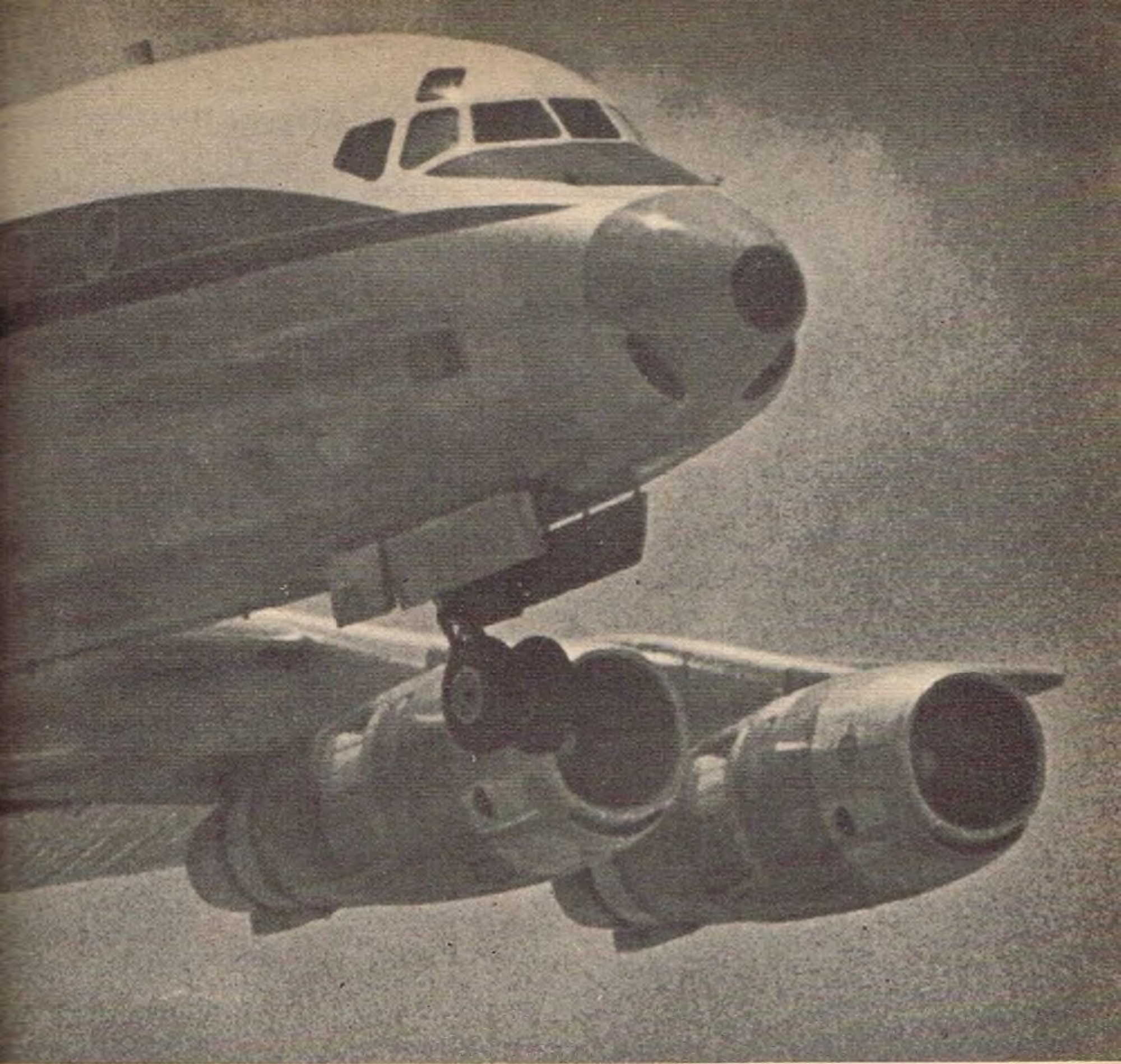
- 1) **acémila** — C: mula de carga. "... llevaba todas las armas en una *acémila* ..." (Menéndez Pelayo)
- 2) **cicerone** — B: guía de forasteros. "¡Aquí tiene usted la Roca Tarpeya!" me dijo mi *cicerone*. (Julio Camba)
- 3) **despecho de (a)** — C: a pesar de. "Veinte presas / hemos hecho / *a despecho del inglés*". (Espronceda)
- 4) **¡eureka!** — A: ¡lo he hallado! Es una voz griega que se usa como interjección de alegría cuando se halla o descubre algo que se busca con afán. Se atribuye a Arquímedes esta exclamación cuando descubrió (se dice que en el baño) el empuje que sufren hacia arriba los cuerpos sumergidos.
- 5) **gañote** — D: garguero o gazzate. También *gañón*. Ambos en estilo familiar.
- 6) **haraganería** — C: holgazanería. "... ese magisterio negativo de arte que sólo poseen los grandes poetas y que los ignorantes creen alcanzar a fuerza de *haraganería* literaria". (Alfonso Reyes)
- 7) **jobo** — A: árbol americano parecido al ciruelo. También *hobo*.
- 8) **Juan Lanas** — B: hombre apocado y fácil de engañar. "*Juan Lanas*, el mozo de esgrima, / es absolutamente igual / al emperador de la China; los dos son un mismo animal". (José Asunción Silva)
- 9) **marlota** — B: vestidura morisca a modo de sayo. "Suceda a la *marlota* la coraza". (Quevedo)
- 10) **mascabado -da** — D: dicese del azúcar que se pasa con su melaza a los barriles de envase. (La forma *mos-*

cabado debía salir de los diccionarios.) "Mejor (es) el ponche de *mascabada*". (L. Palés Matos)

- 11) **merovingio** — A: perteneciente a la dinastía de los primeros reyes de Francia. (De Meroveo.) "La Francia *merovingia* es una amalgama tumultuosa de pueblos". (Zum Felde)
- 12) **peyorativo** — B: que empeora. Dícese principalmente de los conceptos morales. *Sentido peyorativo* es el concepto malo de una cosa. Cuando digo "¿Quién es ese tío?" empleo la palabra *tío* en sentido *peyorativo*.
- 13) **prest** — D: haber diario que se paga a los soldados. También *pre*. El plural es *prestes*. "... y con respecto a la tropa es lo mismo, porque la mitad de su *prest* se gastará en raciones". (Simón Bolívar)
- 14) **rozagante** — C: vistoso, ufano. "De la tarda vejez la nube aciaga, cubrirá las mejillas *rozagantes*". (Felipe Pardo)
- 15) **secundar** — B: ayudar. "... la gruesa mocetona negra que la *secunda* (a la señora) en su tarea". (Benito Lynch)
- 16) **subitáneo** — A: repentino. "Estremecida al golpe *subitáneo* de una horrible intuición, exclamó: ¡*Mi taita!*" (Rómulo Gallegos)
- 17) **tonante** — D: que truena. "... la voz *tonante* de nuestra revolución". (Castelar)
- 18) **volapuk** — C: uno de los muchos idiomas internacionales del pasado. Fue inventado por Schleyer en 1879.
- 19) **xerasia** — A: enfermedad que seca el cabello. (Del griego *xerásia*, sequedad.)
- 20) **zurcidor de voluntades** — C: alcahuete. De una mujer se dirá *zurcidora de voluntades*.

Calificación

- 20 respuestas acertadas ... sobresaliente
15 a 19 acertadas ... notable
12 a 14 acertadas ... bueno
9 a 11 acertadas ... regular



Un jet DC-8, equipado con bujías Champion, despegando del Aeropuerto Internacional de Nueva York

La mayoría de las principales líneas aéreas del mundo utilizan bujías de encendido Champion, o ignitores Champion para jets, porque Champion proporciona el máximo de confiabilidad. ¿Por qué conformarse con menos para su auto? Exija siempre Champion.



LAS BUJÍAS FAVORITAS EN AIRE, MAR Y TIERRA

AUNQUE irascible y quisquilloso, el actor de televisión Jack Paar procura siempre no herir los sentimientos ajenos. Uno de los que escribían sus guiones cuenta que, cuando alguno de sus colaboradores redactaba algo que a él no le gustaba, Jack estrujaba la página y la arrojaba, impaciente, al cesto de papeles.

—Así mis compañeros y yo creamos la frase “Nos ha estrujado” —decía el escritor—. Pero cuando instalamos nuestros escritorios en el mismo salón en que estaba Jack, dejó de tirar nuestras colaboraciones en presencia nuestra por no molestarnos: se las llevaba a su casa y ahí las echaba a la papelera.

—J. I.

Como muchos otros sabios, Michael Ramsey, arzobispo de Canterbury, se ha hecho famoso por sus distracciones. La dueña de la casa donde él se hospedaba durante su juventud como simple cura, recuerda que una vez, cuando ella estaba arreglando el cuarto de su inquilino, oyó que llamaban a la puerta de la habitación y, pensando que era un visitante que venía en busca del cura, gritó: “El reverendo Ramsey no está aquí. Salió a la calle”.

—Es verdad. Usted perdone. Muchas gracias —replicó a través de la puerta el que llamaba.

Entonces la señora se dio cuenta de que la voz era del mismo Ramsey, quien, efectivamente, se iba ya cuando ella abrió.

— James Simpson, en *The Hundredth Archbishop of Canterbury* (Editores: Harper & Row)

Instantáneas personales

MINOR MARTIN, congresista republicano de California, mandó un telegrama de felicitación a su consorte, Patricia, durante un almuerzo ofrecido con motivo del 88º aniversario

sario de la fundación del Club de Esposas de Diputados, del cual la dama es presidenta; y añadió al mensaje esta posdata: “Aunque me doy cuenta de las exigencias que tu cargo te impone, necesito camisas, calcetines y ropa interior limpios para mañana”.

— NANA-WINS

QUIENES estuvimos en contacto con el almirante Richard Byrd nos dimos cuenta de su excelente sentido del humor. Como miembro de su plana mayor durante la visita que hizo en 1955 a Wellington (Nueva Zelandia) de paso para la Antártida, tenía a mi cargo atender los mensajes que para mi jefe llegaban. Una de las señoras que quería hablar con el almirante aseguró que lo había conocido en 1928, cuando la primera expedición antártica se detuvo en Dunedin, rumbo al polo. Respondí con la promesa de dar el recado al almirante. Cuando éste se enteró, meditó du-

rante algunos minutos, tratando de recordar a la dama en cuestión; luego, guiñando el ojo, exclamó:

—No me acuerdo ni del nombre ni de la señora; pero, si nos conocimos en 1928, ya resulta demasiado vieja para mí.

— Tte. Cnel. Murray Wiener

CUANDO eran jóvenes, a principios de este siglo, Winston Churchill y su amigo Edward Marsh inventaron una diversión para reuniones vespertinas. Se detenían juntos a la entrada del salón de baile para ver llegar a las muchachas invitadas y calificar el atractivo de cada una, preguntando, por ejemplo:

“¿Es este el semblante por quien se botaron al agua mil navíos de guerra?”

—Doscientas naves, o quizá doscientas cincuenta —decía uno de ellos, estudiando las facciones de la beldad recién llegada.

—No —replicaba el otro conforme seguía el análisis de la joven— opino que sólo se trató de un sampán, o de un cañonero, o de alguna nave de menor cuantía.

— Jack Fishman, en *My Darling Clementine* (Editores: McKay)

EL VETERANO diplomático Averell Harriman charlaba en su escritorio con el senador J. W. Fulbright, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, cuando llamaron a éste por teléfono.

Terminada la conversación telefónica, Harriman —señalando una carta que el senador leía cuando sonó el timbre— le preguntó:

—¿Por qué pierde usted el tiempo ocupándose de eso?

Aludía el diplomático a un tema de política exterior que se debatía entonces en el Senado.

—¿Cómo sabe usted lo que la carta dice? —exclamó maravillado Fulbright.

—Estoy acostumbrado a leer al revés —explicó Harriman—. Aprendí el truco hace años; y siempre leí en esa forma cuantos documentos veía en una mesa... lo mismo en Moscú que en Londres o París. Me ha resultado extremadamente útil en el curso de mis actividades.

— Cabell Phillips, en el suplemento dominical del *Times* de Nueva York.

JEAN COCTEAU, vestido con el uniforme de la Academia Francesa —espada, sombrero de tres picos y todo lo demás— participaba en un banquete oficial. Cerca de él se hallaba un general norteamericano que, observándolo, inquirió con típico laconismo militar:

—¿Legión Extranjera?

A lo que Cocteau replicó en el mismo tono:

—Legión de los genios.

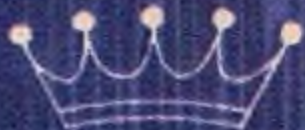
— *Allgemeine Zeitung* de Hanover (Alemania)

THOREAU observó una vez que, si sabía a ciencia cierta que alguien venía a verle con el único objeto de serle útil, echaba invariablemente a correr.

— *Register* de Santa Ana (California)



LOZADUR S.A. PRESENTA SUS DOS NUEVAS MARCAS
DE
CALIDAD

LOZA

Escorial


 PORCELANA
Marly




BELLEZA
ELEGANCIA

Condensaciones de artículos de interés permanente, coleccionadas en folleto

La senda de la fe de un naturalista

*Uno de los más eminentes escritores científicos
de nuestra época revela cómo llegó a convertirse
en hombre de fe viva y segura*

POR DONALD CULROSS PEATTIE



TENÍA yo cinco años aquel día en que soplaban con furia un viento helado y me dieron una pequeña cantidad de dinero

para que fuese a la casa de enfrente a pagarle las lecciones de la semana al maestro que estaba enseñándome a leer. Como los gruesos guantes me impedían sujetar bien el billete, una ráfaga me lo arrebató de la mano. Mi hermana y mi tía, que desde una ventana de casa vieron el percance, salieron en seguida

a ayudarme a buscar el billete. Yo cerré los ojos y no me moví de donde estaba.

—¿Qué haces ahí en vez de ayudarnos a buscar? —me increpó mi tía.

—Estoy rezando para que lo encuentren —repuse muy orondo, con la seguridad que me daba mi firme, pero mal entendida, confianza en el poder de la oración.

Al fin apareció el billete. Pero no tardó mucho en desaparecer mi ilusoria creencia que veía en la oración una especie de abracadabra que daba mágicos resultados. A la

verdad, acabé por cobrarle fastidio. Me parecía presuntuoso de parte del hombre pretender que la Divinidad le sacase de dificultades. A veces, en ocasiones solemnes, subió a mis labios espontánea la plegaria. Cincuenta años habrían de transcurrir, no obstante, sin que yo fuera partícipe de los sentimientos que mueven a los habitantes de este atribulado planeta a pedir al cielo, con renovadas súplicas, remedio para toda clase de apuros. Preces de ese género no se habían hecho para mí.

Tal era mi disposición de ánimo cuando, a los 56 años, caí gravemente enfermo. Los médicos dijeron a mi mujer que tuviese valor ante lo que parecía inevitable. Mi mujer tuvo valor; y también tuvo fe en la oración. Lo que es más, me contó que mi amigo el sastre napolitano rezaba diariamente por mí; que la camarera del restaurantillo que había cerca del hospital, mujer piadosa ella, se acordaba siempre de mí en sus oraciones. Lo mucho que agradecía esas plegarias impidió que me preguntase qué eficacia tendrían para inclinar en favor mío la balanza en uno de cuyos platillos estaba mi vida y en el otro la muer-

te. Abrí con humildad el alma a afectos piadosos nunca hasta entonces experimentados. Tendido en la cama de ese hospital, desanduve con el pensamiento el camino que había recorrido mi existencia para traerme adonde ahora me hallaba.

Fui bautizado y confirmado en la fe de una iglesia protestante conocida por lo hermoso de su culto. Gusté yo de esa hermosura que, a mi entender, halló soberbia expresión en las catedrales góticas de Inglaterra. A los 17 años de edad fui en peregrinación a esas catedrales; en todas ellas me extasié ante la ascendente gloria de los grises arcos ojivales, los celestes colores del iris con que se quebraba la luz en los rosetones, la antigua riqueza de pormenores escultóricos fruto de la piedad de épocas idas. Cuando entré en la catedral de York resonaban en su ámbito las voces del coro y llegaba la música del órgano a la nave con majestuoso rumor de marea. Sobre cogido de emoción, caí de rodillas. Y sin embargo, ni aun en ese arrobador instante alcanzó el fervor del sentimiento a predominar por entero sobre la fría vocecilla de la razón. Percibí que no me había arrodillado en un acto de adoración a Dios, sino ante la avasalladora virtud de la arquitectura (no sin motivo se la ha llamado música hecha piedra) y ante la grandeza oceánica de la música. Sí, era mi criterio lo bastante lúcido para advertir la diferencia que hay entre la apasionada admiración de lo bello obra del hombre y el fervor religioso; no és-

DONALD CULROSS PEATTIE, graduado en ciencias naturales en 1922 en la Universidad de Harvard con las más altas calificaciones, ha sobresalido desde entonces como naturalista, como autor de gran número de tratados y ensayos científicos, así como por sus novelas y sus colaboraciones en importantes revistas. Entre sus obras más conocidas figuran *An Almanac for Moderns*, *Singing in the Wilderness*, *Flowering Earth* y *Parade With Banners*. Desde 1943, Donald Culross Peattie es redactor viajero de THE READER'S DIGEST.

te, sino aquélla era lo que en mí alentaba.

Lo estético fue ciertamente mi norte hasta que, a la edad de 20 años, ingresé en la Universidad de Harvard para cursar estudios de biología guiado por profesores cuya competencia y saber no desmerecían de las asignaturas que explicaban. Nos inculcaron a los estudiantes una disciplina tan estricta como la de una orden monástica: la disciplina de la ciencia. Yo abracé con entusiasmo los principios en que se fundaba esa disciplina.

Era el primero que la vida sólo puede proceder de lo que tenga vida. En un medio de cultivo que se haya esterilizado y mantenido estéril no podrá originarse vida animal ni vegetal de ninguna especie. ¿De dónde, pues, provino la vida? ¿Cuál es su principio? Esta pregunta fue tema de animadas discusiones en que mis condiscípulos y yo nos enfrascábamos hasta hora avanzada de la noche. Que el origen de la vida aquí en la Tierra pudo deberse a la concurrencia de condiciones especiales; o que ese origen había de buscarse en el polvillo cósmico llegado de las estrellas, eran hipótesis que encendían por igual mi mozo entendimiento, y de las que derivaba yo fruición intelectual al compararlas con lo que dice el Génesis: "Formó, pues, el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra, e inspirole en el rostro un soplo, o *espíritu* de vida, y quedó hecho el hombre viviente con alma *racional*".

No menos estimulante para el

pensamiento era el segundo principio, según el cual este planeta en que habitamos cuenta miles de millones de siglos de existencia, y llegará a su fin cuando toda vida, sin exceptuar la del hombre, haya desaparecido. El Sol irá contrayéndose y enfriándose hasta quedar convertido en una estrella muerta; la Tierra, ya sin atmósfera ni mares, se alejará más y más del Sol; en un espacio de tiempo cuya medida está en la eternidad, su temperatura será tan baja como la de Plutón, el más frío y distante de los planetas. Tal contingencia antes era motivo de animación que de desánimo para quien, como yo, consideraba que este fin del mundo es el que, conforme a la teología, se llama el Juicio Universal.

Atrayente en extremo para todo joven amante de la libertad de pensamiento era el tercer principio, o sea, el que no concedía valor científico a la revelación religiosa. Me advirtieron mis maestros que cuanto se diese por cierto en el Corán, o en el Rig-Veda, y aun en la misma Biblia, no tenía necesariamente que ser verdad. Además, ampliando el tema, dejaron sentado que la ciencia se inclina a poner en tela de juicio hasta la misma autoridad científica. Me entusiasmó la idea de que las enseñanzas de Darwin, Mendel, Galton, Isaac Newton, pueden en cualquier momento quedar descartadas para remplazarlas con otras que expliquen más satisfactoriamente los hechos.

El cuarto principio —y de nuevo

me admiró el paralelismo entre la doctrina científica y la poesía del Génesis— era la evolución. Eché de ver que, aun cuando el modo como se cumpla el proceso evolutivo sea todavía materia discutible, el hecho mismo de la evolución es hoy indudable; es un hecho a la luz del cual revela el mundo nuevas maravillas.

Nos enseñaba el quinto principio: que toda materia está formada de átomos. No es nueva esta noción: es tan antigua como los filósofos griegos. Lejos estuve de vislumbrar siquiera en mis días de estudiante que de la verdad contenida en esa idea se desprenderían andando el tiempo otras más y más terribles.

De estos cinco principios formé mi credo: el credo de la ciencia pura. Hubo veces en que me pregunté a solas: ¿Dará esta ciencia cabida a la fe religiosa, a la que es consuelo del alma en horas de tribulación?

Libre de angustias como se deslizaba mi vida, nunca me detuve a hallarle respuesta a la pregunta. Por algún tiempo me incliné a seguir a Aristóteles, ese Adán del saber, que nos enseña que toda existencia tuvo su origen en la Suprema Inteligencia; que toda cosa es efecto de una causa inteligente y está destinada a un fin útil, como es alcanzar formas más altas de vida. En el sentir del antiguo y gran precientífico, tocaba a la ciencia reunir ordenadamente los elementos que componen el cuadro del universo, para que la hermosura del plan cósmico se haga patente y suscite la alabanza.

Este pensamiento sosiega y contenta el ánimo. Muchos lo adoptan hoy todavía. La paz sea con ellos. Yo continué enterándome de lo que nos enseña una ciencia de la cual no tuvo Aristóteles ni tan siquiera sospecha; supe así que varones sabios y prudentes que se adentraron en la investigación de la vida y las leyes que la rigen no hallaron en parte alguna del vasto testimonio que ofrece la Naturaleza la más leve prueba de que el universo hubiera sido creado para el hombre o para algún otro fin, ni siquiera para el de su perfección inmanente. Aristóteles dice que la vida es la materia animada por el alma. Pero, me decía yo, no pudo él haber entendido por alma un alma como la que resplandece en el puro espíritu moral revelado por Jesucristo al proponer verdades tan elevadas y exigentes que, aun el mejor cristiano, para ajustar su conducta a ellas, ha de luchar consigo mismo. No; claramente vi que lo que Aristóteles entiende por alma es nada más que la misma vida. Y fue así como, en la mañana de mis años, adopté una forma de creencia que no era opuesta ni a la ciencia ni a las catedrales.

Esa creencia mía entrañaba el culto a la vida, a la vida que nos ofrece en su diario esplendor la Naturaleza. Admiré la tela que teje la araña y que adorna de aljófar la mañana; el pinar umbrío, oloroso, en cuyo seno parece retumbar el océano; los trinos del gorrión pechiblanco cuando en un nublado día de primavera los desgrana al par

de las oblicuas gotas de lluvia. Objeto de mi admiración fueron la flor cuyo fin es dar la semilla; y la semilla, que al tenerla en la palma de mi mano ocultaba a mi vista, mas no a mi pensamiento, la minúscula almendra cuyo fin es dar la flor.

Ese bullir de vida, esa vida predestinada por su naturaleza misma a la muerte, es victoriosa pregonera de la gloria que resplandece en la variedad y en el orden del universo. Formamos nosotros parte de este orden. Estamos hechos de igual materia que los árboles: en ellos, como en nuestra carne, hay protoplasma. De igual materia, también, que los astros: el átomo de hierro del núcleo de las moléculas de la sangre humana es del mismo hierro que hay en los meteoritos férricos que desde el espacio se precipitan a la Tierra. Aún más: la estructura del átomo, con su núcleo central, es análoga a la del sistema planetario que tiene al Sol por centro; la disposición y la energía del átomo se asemejan a las revoluciones de nuestro sistema solar. Y en este planeta en que habitamos es la vida manifestación de prolongada, lenta voluntad de victoria que en ascendente aspiración mira al cielo y a los astros.

Armado de esta ideal visión del mundo me despedí, al concluir la carrera, de mis condiscípulos, que tomaron por las sendas de la investigación científica, en la cual alcanzaron todos ellos renombre. Yo trabajé a cielo descubierto. Provisto de un estuche de botánico y de una guía

ornitológica, viajé a los montes Apalaches cuando la primavera tocaba a su término. El verano me halló en Indiana coleccionando ejemplares de la flora en la región de las dunas, donde silba el viento entre los montículos de arena movediza e inscriben las hierbas amplios círculos en la arenosa alfombra del suelo. Hacia el otoño estaba yo en el monte Washington. Había dado por fin con el campo a que me correspondía dedicar mi actividad: el de la historia natural; y de ello me congratulaba a mí mismo.

Poco tiempo después contraí matrimonio. Vi nacer mi primogénita. A ella siguieron otros hijos. Me sentía ahora sujeto al acontecer de la vida. Veía más claramente que el hombre es parte de la Naturaleza, y que en este hecho debe fundar sus creencias, sean las que fueren. La sangre del hombre es agua de mar, y sus lágrimas son sal. Poco difiere la simiente del hombre de las células de esa especie de las algas marinas. Quien vaya por la existencia sin hacer caudal de estas verdades será hombre errátil, iluso, sin fundamento, desarraigado de la realidad. La divinidad en que yo creía era la que se presentaba a mi mente como la que Tomás Jefferson llamó "el Dios de la Naturaleza".

Este culto a la Naturaleza divinizada me confortó y sostuvo siempre, aun en horas de trágica tribulación. Repentina dolencia nos arrebató a nuestra primogénita, nuestra única hija. Sentía yo, sin embargo, que no pudo arrebatárnosla del to-

do. En cuanto cosa p rvara, alegre, inocente veían mis ojos, la veía a ella; en la lluvia adivinaba el paso de sus piececillos; en el murmullo del arroyuelo, su risa; en la azulada corola de la genciana, sus ojos. La vida, pensaba yo, no olvida su eterno juego: huir, cambiar, transmutar en otra forma, también encantadora, lo que es elemento imperecedero.

Mas llegó en esto el día en que, súbitamente, a los cinco meses de haber ingresado en un hospital, pareció que era llegada para mí también la última hora. Entr  en el cuarto un cirujano. Estábamos hablando de las alondras de los campos que, al viajar él desde su casa en las primeras horas de la mañana, había oído cantar a lo largo de la carretera. De pronto, con una rápida punzada de la aguja hipodérmica, me dejaron sin conocimiento.

Todo desapareció para mí. Ya no podía adorar como a dioses surgidos de la tierra las secoyas gigantescas; ni me diría al oír al tordo que es el mejor cantor que entona las alabanzas del cielo.  D nde estaba mi ser en esos momentos? Lo ignoro. Nadie sabría decirlo. Pero acaso no estaba todo mi ser tan pasivo como el cuerpo que yacía en la mesa de operaciones.

En tanto seguía privado de conocimiento y con la vida pendiente de un hilo, mi esposa, al hablar con el cirujano que por cuatro horas había estado haciendo esfuerzos por salvarme, le dijo cuánto amaba yo la vida y con cuánta fruición la vivía. No sonrió el cirujano al oír es-

to; asintió con movimientos de cabeza. Luego dijo: " Y cuánto ayuda ese amor!"

En mi humilde opinión, el cirujano estuvo en lo cierto. No s  por qué razón. Me doy cuenta ahora de que ignoro la razón de muchas cosas. Durante la larga convalecencia en un cuarto del último piso del hospital, desde cuya ventana se veía el pino al que un búho llegaba por las noches a hacerme compañía, fui dándome cuenta de la salvadora eficacia de las plegarias que inspiradas por el agradecimiento suben del corazón sin pasar por los labios. A más del sastre y de la camarera, les estaba agradecido a muchas otras personas amigas. Y mi agradecimiento miraba también a algo más alto.

Meses después, hall ndome de nuevo en mi hogar, vino a visitarme el cirujano. Haberme salvado de la muerte era, tal vez, una especie de consuelo para él, que lloraba la reciente pérdida del ser a quien quería más que la vida misma: su esposa. Ocasiones hay en que ni la plegaria más ardiente y pura, ni todos los recursos de la ciencia, alcanzan a lograr lo que anhelamos. El rostro de mi visitante reflejaba, sin embargo, resignación, unida a la confianza que seguía teniendo este cirujano en el Gran Aliado con cuya ayuda quedamos los dos victoriosos en nuestro combate contra la muerte. No mencionamos, ni era preciso que lo hiciésemos, a ese Gran Aliado, a Aquel cuyo nombre pronuncian mejor nuestros la-

bios cuando estamos a solas en su presencia. Sabíamos, con todo, que Él es más que la vida, más que la muerte. Que no contraría Él ninguna verdad de orden natural o científico. Que habrá cesado de alumbrar el Sol, que serán astros muertos las estrellas hoy resplandecientes, y que Él seguirá existiendo. En el amor a Él caben todas las creencias, aun esta creencia mía que basta a mi contento, hecha de devoción, de asombro ante Él.

Hace más de un siglo, una joven que moría de tuberculosis en la región de los páramos de Yorkshire,

una joven llamada Emily Brontë, se aventuró a expresar así su idea de Él:

Si la Tierra y la Luna nos faltasen,
si hallasen soles y universos fin,
si sólo Tú existieses,
cuanto ha existido aún existiera
en Ti.

Con esta seguridad, teniendo esta seguridad por compañera, fácil será para el hombre avanzar con tranquilo paso por la última jornada del camino.



De la vista nace el amor

DEL *Globe and Mail*, de Toronto: El señor Fred Douglas y su señora cumplieron 72 años de casados: "Al conocer a Mariana", cuenta él, "la invité a pasear conmigo y ella aceptó. No habíamos andado mucho cuando se resbaló, cayó en un matorral de afiladas espinas, y se le desgarró el vestido. Fue amor a primera vista".

Pensamientos progresistas

LOS EDITORES de la Enciclopedia Británica encargaron al físico Lord Rayleigh, ganador del premio Nobel, que escribiera sobre la luz. No entregó el original a tiempo, pero, como la enciclopedia se estaba editando tomo por tomo, en orden alfabético, se resolvió aprovechar el artículo bajo el epígrafe "Óptica". Luego hubo que postergarlo nuevamente, por incumplimiento del autor, para "Teoría ondulatoria de la luz", y finalmente apareció en la "W", con el título "Wave Theory of Light" (teoría de las ondas de luz). — *Time*

UN ANTICUARIO de París exhibía en el escaparate cinco estatuas talladas en madera, llamadas "Los cinco sentidos". Un cliente le compró una y el comerciante tranquilamente cambió el rótulo por "Las cuatro estaciones". Al vender otra, el grupo quedó convertido en "Las tres gracias". Luego se trasformó en "El día y la noche". Cuando hubo vendido cuatro, a la última le puso el título de "Soledad".

— S. J. H.

Retrato del nuevo Presidente de los Estados Unidos



POR STEWART ALSOP

Condensado de "The Saturday Evening Post"

MUCHO TIEMPO antes de que el finado John Kennedy hubiera anunciado oficialmente su candidatura a la presidencia de los Estados Unidos, examinaba desapasionadamente, durante un almuerzo, las cualidades de sus posibles rivales. "Conozco perfectamente a todos los demás candidatos", decía, "y francamente me considero tan capaz como cualquiera de ellos para ocupar la presidencia, o acaso más... con excepción de Johnson, pero éste no tiene probabilidad alguna de salir electo".

Lyndon Baines Johnson es un hombre extraordinario en muchos y muy diversos sentidos: orgulloso, astuto, complejo, dominante... y acostumbrado a lograr lo que se propone.

John Kennedy tenía excelente conocimiento de los hombres, y su observación revela la grande estima que le merecían las aptitudes de aquel que ahora le ha sucedido en la presidencia de su país. Lyndon Baines Johnson es un ser humano extraordinariamente complejo y sin-

gularmente interesante. Es hombre orgulloso, vanidoso en exceso y, a la vez, curiosamente humilde; tan duro como el acero y, sin embargo, sentimental hasta pecar de sensible. Es también sagaz, astuto, zorro incluso, y aun así, en ciertos aspectos, inopinadamente ingenuo. Es político ya curtido, forjado por los años, y con todo conserva algo de muchacho.

Para comprender al verdadero Lyndon Johnson es necesario pasar sobre los tres ingratos años durante los cuales desempeñó las funciones de vicepresidente (ingratos debido a que el cargo mismo carece de autoridad), para remontarse a los días en que Johnson, como jefe de la mayoría en el Senado, era en realidad el hombre más poderoso del país después del Presidente. (No es ofensa para él decir que gusta del poder. También a Kennedy le gustaba. Ya en aquella misma ocasión en que hizo su incidental elogio del que había de sucederle, Kennedy declaró que aspiraba a la presidencia "porque en ella reside el verdadero poder".)

Tan pronto como Johnson alcanzó la posición de jefe de la mayoría senatorial en 1955, procuró, con certero instinto, hacerse de las principales fuentes del poder en el seno del partido político a que pertenecía: la Comisión Política, la Comisión de Orientación, la Comisión Democrática de Propaganda y la secretaría del partido. Fue presidente de las dos primeras, y como tal en su mano quedaban a un tiempo

las decisiones sobre la política que se iba a seguir y los importantes asuntos encomendados a las comisiones. Hizo instalar una mayoría de sus adictos en la Comisión Democrática de Propaganda y de este modo llegó a controlar los fondos destinados a las campañas electorales. Y la secretaría del partido, por entero, desde el más alto al más modesto de sus miembros, era profundamente leal a Lyndon Johnson.

La rama ejecutiva, desde luego, es enteramente diferente de la legislativa y resulta mucho más difícil aún de manejar que el Senado. Sin embargo, quienquiera que haya visto actuar a Lyndon Johnson como jefe de la mayoría senatorial podrá estar absolutamente cierto de una cosa: de que Johnson habrá de dominar por completo su propia rama de gobierno. Para bien o para mal será un presidente enérgico, señor de su casa.

La anterior predicción, no obstante, deja sin aclarar otros puntos no menos vitales. Por ejemplo, ¿cuál es realmente la posición de Lyndon Johnson en lo que va de la izquierda a la derecha en el prisma político? ¿Y qué clase de ser humano es este hombre que hoy tiene la historia en la palma de su mano?

Cuando Johnson llegó al Congreso en 1937, era lo que en Tejas, su Estado natal, se miraba como rara avis: un decidido partidario del *New Deal* o Nuevo Trato promulgado por el entonces presidente Franklin Roosevelt, quien, por tanto, hizo de Johnson un favorito

entre sus favoritos. ("Fue para mí como un padre", suele decir Johnson refiriéndose a Roosevelt.) Desde aquella época del *New Deal*, la mayoría de los que han analizado la carrera de Lyndon Johnson juzgan que ha virado decididamente hacia la derecha. En cierta ocasión en que le hice una prolongada entrevista, Johnson me explicó su posición en forma característica en él: "Entre las cosas que nos enseña la experiencia", me dijo, "está que la política toca estrechamente al pueblo: busca el máximo bienestar para el máximo número de personas. Por mi parte, creo firmemente en nuestro sistema de equilibrio y contrapeso de fuerzas; de no ser así, una mayoría simplemente numérica podría desmandarse. Pero siempre me he sentido animado de una conciencia social, y sé una cosa: que no hay que estarse cruzado de brazos, que es preciso continuar avanzando sin cesar. Si es necesario llevar a cabo algo nuevo, a los del partido republicano nunca les falta alguna razón para alegar que es imposible hacerlo en ese momento".

Lo anterior dista mucho de ser una prolija exposición de la ideología política de Johnson, mas sí resume ciertas actitudes suyas. Como ya lo da a entender su pulla contra los republicanos, Johnson es firme partidario del partido demócrata a la vez que es hombre de acción, un hombre que cree en la necesidad de un gobierno federal fuerte que mantenga al país "en continuo avance". En términos generales, aunque

se apartó momentáneamente de la política de su partido al votar por cierta ley que restringía los derechos obreros, su "conciencia social" lo llevó a apoyar siempre el programa liberal de los demócratas durante los años que sirvió en el Senado.

Sin embargo, como ya lo indica su defensa de las medidas restrictivas que debían emplearse en las Cámaras (implícita en la frase: "una mayoría simplemente numérica podría desmandarse"), Johnson no deja de ser también un sureño. En verdad, el "accidente" geográfico de su nacimiento constituye, en cierto modo, el hecho político más importante en lo que toca a Lyndon Johnson. Es muy probable que tal circunstancia le hubiera impedido llegar a la presidencia de no haber concurrido otro accidente: el representado por la bala que un asesino disparó. Ahora que Johnson es presidente, cabe formularse cierta importantísima pregunta acerca de él: ¿Cómo procederá, él, nativo del Sur, en la persistente crisis provocada por la rebelión de los negros?

Para tratar de contestar a esta pregunta es necesario comprender primeramente qué clase de sureño es Johnson. En tal sentido resulta revelador imaginarlo en el marco de su suelo nativo, en el Rancho LBJ, situado en los alrededores de Johnson City, en el sur del corazón de Texas. La casa habitación de la granja, que se alza en una tierra rocosa, ondulante y semi-árida, es una espaciosa construcción en su mayor parte de madera, con el estilo rús-

tico propio del Oeste norteamericano y del género que los ganaderos acaudalados se hacían edificar hacia las postrimerías del siglo pasado y comienzos del presente. Lo cierto es que Johnson City, población fundada por el bisabuelo de Lyndon Johnson, no es realmente una ciudad propia del Sur. Es, en realidad, del Oeste de ganados y vaqueros. Allí nunca han existido los negros en número considerable, y la típica actitud sureña hacia la cuestión racial no ha hallado cabida en la sangre de Johnson.

Siendo Johnson jefe de la mayoría del Senado, se aprobó la primera ley de importancia sobre derechos civiles desde la terminación de la guerra civil. Y en su papel de vicepresidente, adoptó siempre una posición favorable a los derechos civiles. Sin duda esto se debió, en parte, a razones políticas. Johnson se proponía luchar decididamente para lograr que se le eligiera candidato a la presidencia en 1968, y tenía muy presente que los sectores obreros, los intelectuales liberales y en general los partidarios de la ley de derechos civiles gozan de gran poder en las convenciones del partido demócrata. Y era seguro que todos ellos tratarían de vetar la candidatura de cualquier sureño que abrigara sureñas opiniones en cuanto a la cuestión racial. Pero es siempre un error achacar a bajos motivos la conducta de cualquier político, especialmente si se trata de un político que es, como ocurre hoy con Johnson, un Presidente

ardientemente deseoso de pasar a la historia como un gran Presidente.

La frase que Johnson tiene por su predilecta es una cita del profeta Isaías: "Vamos, razonemos juntos", y el salvar abismos al parecer insalvables entre varios puntos de vista aparentemente irreconciliables fue su especialidad en su actuación como jefe de la mayoría senatorial. Johnson no habrá de ser quien "resuelva" el problema racial, porque es un problema para el que no hay "solución" alguna, pero a él se le brinda una oportunidad de reprimir la crisis racial, de hallar, para bien de la nación, la forma de convivir con lo insoluble, mejor que la que se le brindaba a su talentoso predecesor.

En cuanto a otras cuestiones, sin duda que Johnson seguirá, durante los meses que faltan hasta las próximas elecciones, el camino trazado por Kennedy. La verdadera diferencia entre el gobierno de Johnson y el gobierno de Kennedy probablemente estribará más en su forma que en su ideología. El gobierno de Kennedy mostró un sello de elegancia e intelectualidad de que carecerá el gobierno de Johnson. Éste, sin embargo, es muy probable que ponga de manifiesto otras cualidades.

También en esto el Rancho LBJ constituye la clave para comprender el muy especial estilo de Lyndon Johnson. Tal estilo se deriva en parte de sus fortines, en parte de su piscina de natación.

Johnson se complace en mostrar los fuertes a sus visitantes. Son dos

pequeños, contruidos en forma de colmena con gruesos muros de piedra y provistos de aspilleras para disparar un rifle por ellas. Estos fortines fueron edificados, hace unos 100 años, por Samuel Ealy Johnson, el bisabuelo del Presidente, como protección para los colonos de Johnson City contra las incursiones de los indios. Johnson se goza en relatar cómo su abuela (su *abuela*, no algún remoto antepasado) salvó la vida, en un ataque de los indios, ocultándose en un tonel de harina.

Lo reciente de este pasado de violencia revela muchas cosas acerca de Lyndon Johnson. Es un hombre dado a vestir con elegancia y gasta largos y amplios trajes de corte recto. Bajo este gallardo exterior, alienta un carácter capaz de mostrarse brusco y agresivo cuando se le provoca. Mas lo que distingue a Johnson como verdadero hijo del viejo Oeste norteamericano es su inquieto optimismo, lo indómito de su carácter.

La piscina forma también parte del estilo de Johnson. Vasta, lujosa, se mantiene permanentemente caliente a fin de que Johnson y la interminable cadena de visitantes del Rancho LBJ puedan zambullirse en ella incluso en mitad del invierno. Está, además, equipada con incontables conexiones para el teléfono, lo que le permite a Johnson, que recurre a él continuamente, telefonar aun estando en el agua. Un sistema fonográfico lleva música hasta allí para calmar los nervios de los bañistas, entre los cuales se

cuentan de ordinario dos o tres atractivas damitas. Más allá de la piscina está un garaje con espacio suficiente para acomodar hasta 11 automóviles.

La piscina es, en resumen, representativa del moderno Estado de Tejas, del Tejas petrolero y archimillonario. La sociedad de Tejas entre la que Johnson ha vivido y respirado, y entre la cual se formó, es una sociedad vigorosa, dinámica, para la cual la prosperidad constituye el fin mismo de la vida, una prosperidad cuya medida es el dinero. Tal ambiente forma parte tan esencial de la personalidad de Johnson como el bravío Oeste de antaño. Es posible que Johnson haya de provocar a sus compatriotas tejanos por su posición en lo tocante a la ley de derechos civiles, pero es improbable que pueda disgustarles su punto de vista sobre los impuestos a la industria petrolera.

En realidad, la gente a quien es más probable que Johnson haya de irritar son los intelectuales liberales, que nunca lo han visto con buenos ojos, a pesar de que, las más de las veces, Johnson ha dado su apoyo a la política liberal. La razón fundamental de la antipatía que aquéllos le profesan es, también en este caso, una cuestión de estilo. Johnson, aunque hombre inteligente, no es en modo alguno un intelectual como lo era Kennedy. La diferencia entre la formación intelectual de Kennedy y la de Johnson es la diferencia que hay entre la Universidad de Harvard y la

Escuela Normal del Sudoeste de Tejas, en la que Johnson se graduó. De ordinario, los intelectuales y académicos se sienten incómodos en compañía de Johnson, e igual cosa le ocurre a éste cuando se halla entre aquéllos.

Tratándose de estilo, en verdad, Lyndon Johnson tiene más en común con otro presidente no intelectual, Harry Truman, que con su antecesor inmediato. Como Truman, Johnson se expresa en giros corrientes y tiene la tendencia a reducir las más complejas cuestiones a sus términos más sencillos, esenciales, humanos. He aquí, por ejemplo, lo que Johnson dice sobre el tema de la política exterior.

"El verdadero peligro estriba en que la otra parte acabará por subestimarnos... como ya ha sucedido antes. El peligro está en que pensarán que ya pasamos de los 50 y hemos engordado; que andamos a la greña entre nosotros en lo que se refiere a la libre empresa, el socialismo y todo eso. Podría suceder que nos juzguen equivocadamente y lleguen a creerse que los norteamericanos somos simples tipos indolentes. Ya antes nuestros enemigos han cometido el mismo error.

"Recuerdo que en la escuela de Johnson City había uno de esos muchachos bravucones que se ven en todas las escuelas. La había tomado contra un chico en especial y lo seguía hasta su casa al salir de la escuela, y le daba de bofetadas y puntapiés, a veces a la puerta misma de su casa. La mamá de este

chico le había dicho que era muy feo andar en riñas, y todos lo teníamos por uno de esos muchachos arrimados a las faldas de su madre. Pero un día el chico pensó que ya había aguantado bastante. Se revolvió contra el bravucón, lo derribó al suelo y se puso a golpearle la cabeza contra el pavimento, hasta que poco faltó para que le reventara los sesos. Después de eso, el valentón cambió por completo. Pero lo más probable es que no hubiera fastidiado nunca al pacífico muchachito si desde un principio hubiese sabido lo que iba a pasar".

Mientras sea Presidente, es seguro que Lyndon Johnson no permitirá que nadie abuse de los Estados Unidos. Desde que en 1937 su "papá" político, Franklin Roosevelt, valiéndose de argucias, obtuvo un sitio para él en la Comisión de Asuntos Navales del Congreso, en el cual Roosevelt acababa de ingresar, la cuestión de la defensa del país ha sido especialidad de Johnson, quien siempre se ha manifestado en favor de una poderosa maquinaria defensiva. Y aunque uno de los más eficaces argumentos esgrimidos en 1960 en contra de su candidatura a la presidencia fue que Johnson era, en esencia, un "político provinciano", según dijo Walter Lippman, durante los tres últimos años ha venido tomando un curso intensivo de política exterior. Ha hecho varios viajes al extranjero y, como miembro del Consejo Nacional de Seguridad, ha tomado parte en todas las decisiones de

importancia que se han formulado acerca de asuntos internacionales, entre ellas aquella de 1962 en que se resolvió enfrentarse a Kruschef en lo tocante a Cuba.

Habrá de resultar interesante observar el estilo personal de Lyndon Johnson, en su carácter de Presidente, aplicado a la política exterior. Una entrevista del presidente Johnson con el primer ministro Kruschef, por ejemplo, sería un suceso singularmente fascinante, sobre todo si Johnson pusiera en juego lo que por los días en que era miembro del Senado se conocía por el "Tratamiento Lyndon No. 1".

El Tratamiento No. 1 era el arma secreta de que el jefe de la mayoría

senatorial echaba mano contra un senador recalcitrante, y la empleaba también, en ocasiones, en contra de los periodistas, el autor de estas líneas entre ellos. Había yo escrito dos o tres frases de censura para Johnson en algún artículo, y posteriormente coment  así lo sucedido en su oficina:

"El jefe de la mayoría senatorial parecía encontrarse de un humor llano, amistoso e inclinado a la reminiscencia. Poco a poco, sin embargo, tal humor cedió el sitio a un sentimiento semejante a un huracán humano. Johnson iba y venía por la oficina, hablando sin cesar, y a veces se inclinaba hacia este reportero hasta casi tocarle la nariz con la

LYNDON BAINES JOHNSON, cuando estaba en el apogeo de su ascendencia como jefe de la mayoría en el Senado de los Estados Unidos, concedió una extensa entrevista a Stewart Alsop, corresponsal en Washington de la revista *The Saturday Evening Post* y autor del presente artículo. Los extractos de esa entrevista que reproducimos a continuación son reveladores del pensamiento del trigésimo sexto Presidente de aquel país.

SA: En opinión de algunas personas, es usted una mezcla de las personalidades de los miembros de la familia de su señora madre, que fueron maestros y predicadores en su mayor parte, y de los de su familia paterna, colonizadores del Oeste norteamericano, políticos y hombres de acción.  Es así?

LBJ: En efecto, algo hay de eso. Pero mi padre fue también maestro.

SA:  C mo era él?

LBJ: Se parecía a mí, aunque era mucho más apuesto. Era hombre cordial, le encantaba la compañía de la gente, en tanto que mi madre era reservada. La familia de mi madre se componía de predicadores y maestros. En lo personal, ella salió a sus parientes. Era escritora, escribió muchos artículos para los periódicos, y supongo que yo salí parecido a ella: en la universidad fui director de la revista estudiantil. Mi madre enseñaba dicción y yo hice otro tanto.

SA:  No fue usted dado a la polémica?

LBJ: S , señor, y mis condiscípulos y yo ganamos hasta 65 o 66 debates; el único que perdimos fue el último. Conquistamos el campeonato de la ciudad y del distrito, pero perdimos el del Estado, en que la votación de los jueces fue de 3 a 2. Me enferm  del disgusto.

SA: Su señora madre contaba en un artículo que después de terminar sus estudios en la secundaria, pas  usted por una época ( poca de indecisión la llama ella) que llegó a preocuparla verdaderamente.

suya o para sacudirle por el hombro o apoyarse en su rodilla. Hizo venir a varias secretarias y sacó a relucir papeles y documentos, a más de cartas, artículos de periódicos y pedazos de papel imposibles de clasificar, todos los cuales exhibía en rápida sucesión para retirarlos en seguida. Invocó al Todopoderoso, a los espíritus de ilustres desaparecidos; apeló a los mejores sentimientos y a lo que tuviera de más noble quien esto escribe, en tanto que este reportero, en la imposibilidad de hacerse oír siquiera, estaba sobre un sofá de cuero, abrumado, con los ojos vidriosos y la boca entreabierta. El Tratamiento No. 1 llegó a su fin casi dos horas después, cuando

el jefe de la mayoría senatorial, echando un brazo al hombro del aturdido periodista en amigable ademán, lo llevó hasta la antesala".

Como ya se ve por el Tratamiento No. 1, el nuevo Presidente de los Estados Unidos es un hombre extraordinario, en el sentido literal de la expresión. Es de una energía tremenda. Todo político que alcanza la cima en su campo de acción es hombre poseedor de gran dinamismo, pero, al menos en otro tiempo, la energía desplegada por Johnson para alcanzar el poder tenía no sé qué de frenético. ("Siempre me falta el tiempo", ha dicho alguna vez. "Toda mi vida me ha ocurrido lo mismo: o llego una hora tarde o

LBJ: Ciertamente. Me fui a California en 1924. Allí viví a duras penas, lavando automóviles, haciendo cualquier trabajo que se me presentaba. Luego volví a casa y durante algún tiempo trabajé como peón caminero. Pero mi madre me apremiaba constantemente para que entrara en la universidad, y acabé por acceder a ello. Tuve que estudiar durante seis semanas para preparar los exámenes de ingreso... y al final obtuve las más altas calificaciones en todas las materias, salvo en geometría plana. Luego hice mis estudios universitarios en menos de tres años. Mientras estuve allí, no permití nunca que el día me sorprendiera en la cama. Desempeñaba yo unos cinco trabajos diferentes: de portero, de mozo del rector, de vendedor de calcetines y otros por el estilo, y cuando me gradué tenía 200 dólares guardados en el banco.

SA: ¿De dónde saca usted su extraordinaria energía?

LBJ: Bueno, será de lo que llamaría yo orgullo. Algunas personas son orgullosas hasta un grado poco común. Por mi parte, he encontrado mayores satisfacciones en la política que en ninguna otra actividad. Siempre he deseado que mi mujer y yo hubiéramos tenido un hijo varón; si lo tuviéramos, me gustaría que se dedicara a la política, a la magistratura o al púlpito. O tal vez a escribir, o a editar un periódico. En fin, que fuera alguien que se hiciera sentir entre la gente, que influyera en el curso de los acontecimientos. Yo encuentro más satisfacción en servir a los demás que en cualquier otra cosa.

SA: En opinión de los liberales es usted demasiado conservador, y demasiado liberal según los conservadores. ¿Cómo definiría usted mismo su posición política?

LBJ: Le diré que me gusta crearme un liberal sin ser radical. Para decirlo de otro modo, siempre me ha gustado estar activo... pero no con los dos pies en el aire al mismo tiempo.

me falta un dólar".) Ya desde la adolescencia lo ha empujado la necesidad de triunfar. "Mi padre solía despertarme al alba", cuenta; "me tiraba de la pierna y me decía: *Lyndon, todos los chicos del pueblo te llevan ya una hora de ventaja*".

Desde entonces Johnson ha estado empeñado en recuperar esa ventaja. El esfuerzo puesto en ello sin duda contribuyó a provocarle el gravísimo ataque al corazón que sufrió en 1955 ("tan serio como haya podido sufrirlo nadie que sobreviva para contarlo", según él mismo dice). A partir de aquel ataque, del que se ha recobrado completamente, Johnson ha procurado moderar el paso. El esfuerzo que hace para conseguirlo es a veces evidente: Johnson interrumpe repentinamente el torrente de su oratoria, se reclina en el asiento y alza la mirada al techo con aire contemplativo. Tales momentos de consciente descanso, sin embargo, es raro que se prolonguen, y no tarda Johnson en volver a pasear nerviosamente por la sala, abriendo cuan ancha es la compuerta de su charla.

Lyndon Johnson resulta extraordinario en otros aspectos. Es hombre sumamente orgulloso. En ocasiones su orgullo llega a degenerar en simple vanidad, como lo demuestra la multiplicada repetición de las iniciales de su nombre, que acompañan a los de su encantadora esposa, Lady Bird Johnson, sus dos hijas Linda Bird de 19 años, y Lucy Baines de 16, y al de su rancho. En esencia, sin embargo, el orgullo

de Johnson es cosa admirable, pues es un orgullo fundado en la propia obra, asentado en el amor a la excelencia.

Johnson es también extraordinariamente simpático. No exageraba mucho el senador Earle Clements, de Kentucky, al rendirle este homenaje a raíz del ataque al corazón que aquél sufrió: "Dudo que haya un solo miembro del Senado, en uno u otro partido, que no considere a Johnson como uno de sus amigos".

Por último, Lyndon Johnson, como ya lo da a entender el comentario de John Kennedy, es hombre de una habilidad extraordinaria. Cuando era jefe de la mayoría en el Senado, su manera de proceder tenía algo de prodigioso; nadie pudo nunca explicarse la forma como obraba sus milagros legislativos. Parte de la explicación de ellos la hallamos en un cuerpo de colaboradores que le son profundamente leales y en un excelente sistema de información... y es seguro que en la Casa Blanca Johnson continuará insistiendo en contar con uno y otro. Una cierta implacabilidad es parte, asimismo, de esa explicación. Pero existía además algún otro elemento: cierta cualidad desconocida, algo indefinible.

"No sé muy bien a qué se debe", ha dicho un viejo amigo de Johnson, "pero cuanto Lyndon desea *de corazón*, a la larga lo consigue". Y la aptitud para lograr lo que quiera constituye una valiosa cualidad para un Presidente.

¡Mucho ojo con las drogas "inofensivas"!

POR JOE PHIPPS Y ROBERT ROBINSON
Condensado de "Good Housekeeping"

EL HÁBITO de tomar tabletas de barbitúricos "para dormir" o, por el contrario, tabletas "estimulantes" de anfetamina, ha causado la muerte a miles de personas. Según calculan los médicos, hay otros miles más que padecen enfermedades mentales debido a tales drogas. En la actualidad, centenares de millares de personas habituadas a ellas están expuestas a desastres análogos.

Alguna vez se definió la toxicomanía en función de lo que ocurre al consumidor de drogas cuando no puede adquirirlas. El verdadero toxicómano sufre intensas reacciones fisiológicas: náuseas, escalofríos, diarrea, contracciones musculares violentas. Incluso puede caer en estado de coma. Pero si alguien acude en su ayuda y le proporciona la dro-

Buen número de personas, que jamás pensarían en tomar estupefacientes, se exponen a la toxicomanía, al desastre y a la muerte prescribiéndose drogas consideradas "inofensivas".

ga, se recupera, al parecer en forma milagrosa.

Actualmente, los efectos que ha llegado a producir el abuso de los barbitúricos y las anfetaminas a falta de una reglamentación suficiente de su empleo, han obligado a dar una nueva definición de la toxicomanía que abarca la esclavización de la mente o el cuerpo del hombre a *cualquier* tipo de droga.

Hoy sabemos que una persona es toxicómana cuando es tal su necesi-

dad de consumir alguna droga que llega al punto en que puede hacerse daño a sí misma, a la sociedad, o a ambas. Desde este punto de vista, los barbitúricos y las anfetaminas son drogas evidentemente capaces de producir toxicomanía.

Los barbitúricos se presentan en muy diversas formas, tamaños y colores, en cápsulas o en tabletas. Llamados popularmente "tranquilizantes", todos son del mismo tipo general de acción depresora del sistema nervioso central.

Bajo vigilancia médica adecuada, esos sedantes han producido grandes beneficios a decenas de millares de personas. Sirven como anticonvulsivos, y por su acción contribuyen a hacer de muchos epilépticos miembros útiles de la sociedad. Son inapreciables para reducir la ansiedad causada por una alta tensión arterial. Alivian a los que padecen úlceras pépticas. Prescritos para aquellas ocasiones de gran tensión emocional, producen el descanso requerido. Tomados imprudentemente, sin embargo, esos medicamentos pueden causar trastornos, según consta en los registros de los hospitales.

En Washington (distrito de Columbia) una joven a la que unos desconocidos abandonaron en estado inconsciente en el vestíbulo de un hospital, fue conducida rápidamente a la sala de urgencia. Sus síntomas respiratorios indicaban que estaba en las últimas fases de la neumonía. Se le aplicó el tratamiento inmediatamente y cuatro

horas después moría bajo una tienda de oxígeno.

La policía comprobó que en las 24 horas anteriores la joven había ingerido más de 30 cápsulas de barbitúricos. El oficial que practicó la investigación comentó: "Continuamente tenemos casos como éste. La víctima de una intoxicación por barbitúricos, en estado inconsciente, puede presentar todos los síntomas del que padece neumonía".

El uso inmoderado de los sedantes puede producir sorprendentes cambios de carácter. El individuo llega a volverse sumamente inquieto, hostil y pendenciero, o a cometer delitos sexuales. Al parecer, el consumo excesivo de barbitúricos produce efectos más nocivos al normal funcionamiento químico del organismo que el uso de las drogas opiáceas. Una repentina abstinencia de ellos puede provocar convulsiones graves y un estado semejante al delirium tremens.

El Dr. Dale Cameron, presidente de la Comisión de Estupefacientes y Drogas Peligrosas, de la Asociación Médica Norteamericana, declara: "La aplicación del tratamiento médico para liberar de los barbitúricos a la persona adicta a ellos suele ser más difícil que la empleada en el caso de un cocainómano. Debe retirársele la droga en dosis cuidadosamente reducidas, con el fin de disminuir al mínimo el peligro de convulsiones". Tras el período de abstinencia material, ambas clases de toxicómanos pueden necesitar varias semanas y aun meses

de tratamiento en el hospital para su rehabilitación siquiátrica.

En cuanto a las anfetaminas (tabletas estimulantes), la producción de ellas ha aumentado en un 500 por ciento. Como las anfetaminas estimulan eficazmente el sistema nervioso central, se emplean para combatir la depresión en enfermos siquiátricos y también se utilizan en determinados casos de alcoholismo o de epilepsia. Dado que reducen el apetito, son útiles para ayudar a bajar de peso.

Si bien las anfetaminas no producen hábito en quien las consume, sí es esencial, en caso de emplearlas, la asistencia del médico. Debe vigilarse la reacción inicial que producen en las distintas personas. Un profesor de la Universidad de Oklahoma que tenía necesidad de reducir de peso unos 18 kilos, tomó a las nueve de la noche una cápsula de anfetamina que le habían recetado. Su esposa, al despertar al día siguiente, lo encontró frente a su máquina de escribir, tecleando tenazmente. El profesor tenía el rostro cubierto de lágrimas; se hallaba en un estado de histerismo y postración nerviosa. Una sola cápsula había resultado excesiva para la particular química de su organismo, que no pudo asimilarla.

George Larrick, comisionado de la Administración Federal de Drogas de los Estados Unidos (AFD), dice: "El uso excesivo, y sin vigilancia médica, de anfetaminas estorba la acción normal de los protectores síntomas de la somno-

lencia y la fatiga. La sensación de agotamiento se ve interrumpida. Se consumen reservas de energía del organismo hasta llegar en ocasiones a un repentino colapso total".

En los barrios bajos y entre los maleantes sólo se utilizan los barbitúricos y las anfetaminas cuando no pueden obtenerse estupefacientes fuertes. Sin embargo, dice el comisionado Larrick, "en toda la escala social hay adictos a los barbitúricos y anfetaminas: en los suburbios, en las poblaciones pequeñas, en los recintos universitarios, en las viviendas más lujosas de las ciudades".

La toxicomanía suele ser síntoma de inadaptación personal. Y parece que las diferencias de personalidad determinan la clase de droga que escoge el individuo propenso a la toxicomanía.

Los estudios llevados a cabo recientemente revelan que el individuo pasivo prefiere la morfina o la heroína porque producen "indiferencia". En cambio, es más probable que la persona fundamentalmente activa, pero que sufre de un sentimiento de inseguridad y frustración profundamente arraigado, recurra a los barbitúricos o a las anfetaminas. Invariablemente, quien consume unas u otros acaba por ser un sujeto socialmente más destructor que el adicto a la heroína.

¿Cómo se forma el hábito? Los barbitúricos y las anfetaminas se cuentan entre los medicamentos más útiles y seguros que existen, *en tanto se tomen en la cantidad y forma prescritas por el médico*. Los

médicos son muy cautelosos cuando se trata de recetar barbitúricos a los alcohólicos, porque con serlo han manifestado ya su propensión a la toxicomanía, o de prescribir anfetaminas a enfermos que presenten rasgos de hipocondría o algún otro desarreglo neurótico. Si los médicos descubren signos de que los enfermos están excediéndose de la dosis normal, los someten a dosis restringidas.

Sin embargo, un individuo propenso a la toxicomanía puede comenzar a experimentar por cuenta propia. Si no le basta una tableta, toma dos, tres, cuatro, ocho. Frecuentemente la víctima comienza a tomar las tabletas inducida por algún amigo que le ofrece un frasco ya medio vacío, "para que pueda dormir bien" o "para bajar de peso", o bien para que "pueda sos-

tenerse durante los exámenes".

Aunque importantes, las leyes que se promulgan con el fin de evitar la venta y distribución clandestinas de estos "inofensivos" medicamentos no bastarían a resolver íntegramente el problema. La clase médica habrá de ser cada vez más prudente en recetar esas drogas, y tendrá que cuidar de que no caigan, por negligencia o por otra causa, en manos de aquellos que pueden abusar de ellas. Los enfermos deben abstenerse de compartir con los amigos sus propios sedantes o estimulantes prescritos por el médico: sería tanto como invitarlos a consumir heroína. Los padres de familia, por su parte, deben cuidar que los barbitúricos o las anfetaminas que legítimamente tengan en casa, se hallen a salvo de la curiosidad de los adolescentes.



Señas claras

PASABA yo en automóvil por el Estado de Vermont y no daba con cierto viejo camino de montaña. Le pregunté a un anciano vecino del lugar, quien me dio señas muy detalladas para llegar allí. Ya para despedirme recordé que los naturales de la región son poco amigos de dar consejo que no se les ha pedido, así que le pregunté: "¿Y está abierto el camino?" Una expresión de alivio se dibujó en su arrugada cara al contestarme: "No, señor".

— D. L.

Relaciones obreras

DURANTE las negociaciones obrero-patronales entre los gobernantes de la ciudad de Vancouver (Canadá) y los bomberos, se suscitó la cuestión de la semana de 48 horas. Los representantes del municipio alegaban que dentro de ese tiempo se contaban turnos de noche de 14 horas, que "por lo general los bomberos pasaban acostados".

Los bomberos consideraron por un rato esta objeción, hasta que uno de sus voceros repuso: "Sí... pero solos".

— J. W.

La historia de esta reina es más dramática que la leyenda con que la han falseado durante 2000 años

¿Quién fue Cleopatra?



Supuesto retrato de la reina Cleopatra esculpido en piedra caliza y contemporáneo de la modelo, según se ha creído durante años. El busto fue excavado de las ruinas romanas 18 siglos después de muerta Cleopatra y hoy se encuentra en el Museo Británico.

POR DON WHARTON

Condensado de "U. S. Lady"

FUE Cleopatra, si hemos de creer lo que de ella piensa la mayoría de las personas, una egipcia tan hechicera como peligrosa; mujer interesada y liviana, a la cual llevaron por fin al suicidio sus amores con el general romano Marco Antonio. Escasa verdad hay en todo esto. Ni una sola gota de sangre egipcia corría por sus ve-

nas. Era griega macedónica; ciudad griega fue la antigua Alejandría de Egipto, capital de su reino, y griego el idioma de su corte. Perteneció a la dinastía fundada por Tolomeo, general macedonio lugarteniente de Alejandro Magno que se adueñó de Egipto y tomó el título de rey a la muerte de su jefe.

Por lo que hace a su supuesta li-

viandad, no hay la menor prueba de que hubiese habido en su existencia más hombres que Julio César y, a los tres años de muerto éste, Marco Antonio. En uno y otro caso no se trató de aventuras al margen de la ley, sino de uniones aprobadas por los sacerdotes egipcios, esto es, de matrimonios válidos en Egipto. Absurda, por otra parte, es la leyenda de que empleó sus artes de seductora para hacer caer en la red, primero a Julio César y luego a Marco Antonio. César era unos 30 años mayor que ella, había tenido cuatro esposas e incontables amantes. Por algo sería que sus legionarios lo llamaban "el calvo adúltero" y corría entre la tropa una canción en que se advertía a los maridos que guardasen bien a sus esposas cuando él estuviese a la vista. En cuanto a Marco Antonio, 14 años mayor que la joven Reina, también gozaba fama de mujeriego. Finalmente, no se mató Cleopatra por él, sino temerosa de verse humillada por otro romano vencedor.

Nada de esto ha impedido que subsistan desde hace 2000 años las leyendas que desfiguran la verdad histórica, debido principalmente a que poetas y dramaturgos, Shakespeare entre ellos, han puesto de relieve los encantos físicos que la adornaron y las pasiones que experimentó, y han hecho poco caudal del claro talento y del resuelto ánimo que brillaron en ella. Sus actos demuestran que fue una mujer de gran inteligencia y no menor fertilidad de recursos, cualidades ambas

que empleó para luchar, como lo hizo toda la vida, por impedir que su patria cayese bajo el dominio de Roma.

Nació Cleopatra hacia los años 68 o 69 a. de J. C. en una corte en que reinaban la violencia y la intriga. Su padre Tolomeo XIII, llamado el tañedor de flauta, era dado a la bebida y las orgías. Al fallecer cuando Cleopatra contaba 18 años, entró ella a reinar conjuntamente con su hermano Tolomeo XIV, niño de 10 años. A los dos de esto, Tolomeo, cediendo a las maquinaciones de tres cortesanos, obliga a su hermana a refugiarse en Siria. Demostrando el valeroso ánimo que fue siempre una de sus características, reúne ella un ejército y emprende la marcha a través del desierto a fin de reivindicar sus derechos al trono.

Esa Cleopatra es la que conoce Julio César en el otoño del año 48 a. de J. C. cuando ha ido a Egipto en persecución de Pompeyo, el derrotado general romano que le disputó el poder político (género éste de conflictos que habrían de turbar por casi un siglo la paz del mundo romano).

¿Cómo era Cleopatra físicamente considerada? Los únicos indicios que de ello han llegado hasta nosotros son unas pocas monedas que la presentan de perfil y un busto descubierto en unas ruinas romanas 1800 años después de su muerte. Nos ofrece esta escasa iconografía la figura de una mujer de nariz aguileña y bien formada boca de la-

bios con delicado trazo. Varios historiadores antiguos mencionan "la arrebatadora belleza" de Cleopatra; pero lo hacen de oídas, no por conocimiento directo. La descripción más fidedigna es acaso la que debemos a Plutarco, que se guió al hacerla por lo que un abuelo de este historiador había sabido de labios de un médico que conoció a un cocinero del real palacio de Cleopatra. Según Plutarco, "no era su belleza tan notable que ninguna otra pudiera comparársela".

Los historiadores más cercanos a aquella época hablan, con todo, de la "fascinadora conversación" de Cleopatra; de la dulzura de su voz; de "la sutileza y agilidad de su palabra". Se expresaba con igual facilidad en seis idiomas; era versada en la historia, la literatura y la filosofía de Grecia; demostró en diversas ocasiones ser hábil negociadora; apareció, en otras, dotada de talento estratégico de primer orden. Poseedora de un fino instinto dramático, lo aprovechó al colocarse en situaciones teatrales. Al llamamiento de Julio César para que, dejando atrás sus tropas, compareciese ante él en el palacio que el romano ocupaba en Alejandría, respondió introduciéndose en la ciudad al amparo del anochecer y haciéndose conducir a las habitaciones de César oculta dentro de un lío de ropas que llevaba cargado un sirviente.

Si al valerse de este arbitrio quiso precaverse de los asesinos a sueldo de su hermano Tolomeo, o si fue su propósito impresionar a César,

lo cierto es que su llegada a presencia del romano cuenta entre los episodios más dramáticos de que hay memoria. El valor que había demostrado la joven Reina, así como sus naturales encantos, indujeron a César a restablecerla en el trono. Poco después de aquella primera entrevista concibió Cleopatra de César.

En la primavera siguiente —tal vez con el intento de deslumbrar a César con el espectáculo de la fertilidad y la riqueza de Egipto— organizó la Reina una expedición a lo largo del Nilo. Por espacio de semanas, en la espléndida galera real a la que acompañaban 400 embarcaciones con tropas y abastecimientos, navegan los dos por aguas de ese río. En junio da a luz Cleopatra un niño que se apellidará Cesarión —diminutivo de César en griego—. Con este niño, el único varón que ha tenido Julio César, nacieron también, al parecer, los ambiciosos proyectos de sus padres para unir a Roma y Egipto en un solo y dilatado imperio regido por ellos y sus descendientes. Poco después del nacimiento parte César de Alejandría y emprende en el Asia Menor y el norte de África las operaciones militares que acaban con los últimos restos de la oposición a su poder. En el término de un año está de vuelta en Roma, triunfante e indiscutido dictador. En Roma se hallan asimismo Cesarión y Cleopatra, a la que ha alojado con real magnificencia.

Como soberana y rodeada de su

corte empieza Cleopatra a influir en la vida de Roma. Trae de Egipto acuñadores que mejoran la fabricación de la moneda romana y hacendistas que organizan el programa fiscal de César. Los astrónomos egipcios elaboran el calendario romano reformado que aún hoy sirve de base al nuestro. Por mandato de César la estatua de Cleopatra queda al lado de la de Venus en el templo recién erigido en honor de esta diosa; se acuña una pieza en que la figura de Venus con Eros en los brazos es trasunto de la de Cleopatra con Cesarión. Nada limita, por lo visto, su poder. Mas de súbito, a los 20 meses de llegada Cleopatra a Roma, Julio César cae asesinado en los idus de marzo bajo el puñal de los conjurados.

¿Queda Cleopatra sumida en la pena? Nadie lo sabe. Pasado un mes se vuelve a Egipto. Lo único que acerca de ella dice la historia en los tres años siguientes a esto es que, en las contiendas que muerto César desgarran al mundo romano, los que se disputan el poder buscan el apoyo de Cleopatra. Todo indica que su actitud es la de una prudente espera hasta ver quién será probablemente el sucesor de Julio César.

Al llegar Marco Antonio triunfante a Oriente intima a Cleopatra que se presente ante él en Tarso. Desoye ella por un tiempo la intimación; zarpa luego a Tarso al frente de espléndida flota en que lleva oro, joyas, esclavos, caballos. Una vez en puerto, no salta a tie-

rra en actitud suplicante; permanece a bordo de la galera real y consigue que Marco Antonio acceda a ser su invitado. Deslumbrador es el espectáculo que se ofrece a la vista del romano. Remos guarnecidos de plata que bogan al compás de los sonos de flautas y arpas; hermosas esclavas disfrazadas de gracias y ninfas que manejan los aparejos; pebeteros que exhalan exóticos perfumes; y sobre cubierta de la galera, bajo un áureo pabellón, ataviada de Venus en medio de niños disfrazados de amorcillos que agitan abanicos para refrescarla, sonríe Cleopatra. Al concluir el banquete le regala a Marco Antonio los platos y vasos de oro, los suntuosos lechos, y los adornos que se han utilizado para el servicio de la mesa. A la noche siguiente son también invitados Marco Antonio y sus oficiales, que reciben regalos igualmente espléndidos. No se proponía Cleopatra al proceder así enamorar al romano, sino impresionarle con lo inagotable de las riquezas de Egipto, para que entendiese cuánto le valdría tener a esta nación por aliada.

Tres meses después llegó Marco Antonio a Alejandría. Pasó allí el invierno y partió en la primavera, seis meses antes que diese Cleopatra a luz los mellizos fruto de su unión. No volvió él a verla en casi cuatro años, lapso en el cual atendió ella a reforzar las defensas de su reino, a aumentar el poderío de la escuadra y a allegar reservas de oro y de abastecimientos. Cuando Marco

Antonio, deseoso de extender su poderío en Oriente, pide a Cleopatra que se reúna con él en Siria, así lo hace ella, pero resuelta a imponer condiciones. Hábil negociadora, logra el acuerdo mediante el cual vuelven al dominio de Egipto las provincias romanas que 1400 años antes fueron de los faraones. Conviene, además, Marco Antonio en legitimar su unión con Cleopatra, acontecimiento entre cuyos festejos cuenta la acuñación de moneda con la efigie de los esposos, y con el cual hizo Cleopatra que empezara una nueva era de su reinado.

Cuenta ella a la sazón 33 años de edad. Sale a campaña con Marco Antonio, que ha declarado la guerra a los partos. Tiene que desistir de continuar acompañándolo cuando llegan al Éufrates, obligada por su estado de salud (se halla de nuevo encinta). Su hijo nace en el otoño, y en el invierno recibe los mensajes en que Marco Antonio pide urgentemente socorro. Su ejército ha experimentado gravísimos descalabros; sólo salvando grandes obstáculos ha conseguido retirarse a las costas de Siria con lo que aún le queda de sus fuerzas. Cleopatra acude en su auxilio con dinero, armas y provisiones.

Al año siguiente, el 35 a. de J. C., ha de emplear todos los recursos de su seducción para que Marco Antonio —cuyo entendimiento está nublado por el continuo abuso de la bebida— desista de una segunda expedición contra los partos. Siente Cleopatra que el verdadero enemi-

go es Octavio, el sobrino y legítimo heredero de Julio César, que desde Roma domina en todo Occidente. A derrocarlo debe, pues, encaminar Marco Antonio todos sus esfuerzos. Trascurren tres años, y en el 32 a. de J. C. persuade Cleopatra a Marco Antonio a que dé dos pasos que llevarán a la guerra. Es uno el repudio de su otra esposa, la bella romana Octavia, hermana de Octavio; otro es el envío de fuerzas que cruzan el mar Egeo y entran en Grecia. Está Cleopatra en los días estelares de su carrera. Los reyes del Oriente Medio le rinden vasallaje; la colman de honores los atenienses, para los cuales es la nueva Afrodita a la que erigen una estatua en la Acrópolis.

Pero llega el día en que todo se derrumba. En la costa occidental de Grecia, la tarde del 2 de setiembre del año 31 a. de J. C., empuñan las fuerzas de Marco Antonio y las de Octavio la batalla de Accio. Hay disconformidad en los juicios de los historiadores acerca de las circunstancias y el desarrollo de este decisivo encuentro. No se explica por qué Marco Antonio, con fuerzas de tierra superiores, consintió que fuese en el mar donde se combatiera; ni por qué Cleopatra, cuando el resultado era aún indeciso, izó velas y huyó a Egipto con sus 60 galeras; ni tampoco se entiende qué moviese a Marco Antonio a abandonar su poderoso ejército de tierra y embarcarse para huir con Cleopatra.

Al difundirse en su reino la noticia del desastre, Cleopatra reprimió

con mano dura todo intento de desafección. Procuró robustecer la amistad con las naciones vecinas. Empezó a trasladar las galeras del Mediterráneo al mar Rojo, gigantesca empresa que obligaba a transportar las pesadas naves por tierra, a través de kilómetros de desierto.

Cuando las fortificaciones de la frontera egipcia fueron incapaces de contener el victorioso avance de las tropas de Octavio, Cleopatra permaneció en Alejandría, dispuesta a negociar con el vencedor o a combatir en su contra. Pero, al aproximarse el triunfante ejército invasor, las fuerzas de mar y la caballería de la Reina desertaron. Marco Antonio se quitó la vida. Cleopatra cayó prisionera, la vigilaron muy de cerca y le advirtieron que, de suicidarse ella también, condenarían a muerte a sus hijos.

Aunque Octavio le había prometido clemencia, sospechó que su suerte, como la de tantos otros personajes reales tomados prisioneros, sería que la llevasen encadenada por las calles de Roma formando parte del cortejo del vencedor y que le diesen luego muerte. Intrépida hasta el fin, aparentó que desechaba toda idea de suicidio, consiguió de este modo que le consintiesen visi-

tar la tumba de Marco Antonio, y durante el trayecto que para ello hubo de recorrer se puso en comunicación, a lo que se colige, con algunos súbditos leales que se acercaron a la litera en que viajaba. De vuelta en sus habitaciones, se bañó, estuvo a la mesa como de costumbre e hizo después que la ataviasen de Venus. De lo que ocurrió luego sólo se sabe que, al penetrar los oficiales romanos en el aposento de Cleopatra, la hallaron muerta. Según la leyenda, se había hecho morder por un áspid que logró que le enviasen oculto en un cesto de higos.

Al celebrarse en Roma el triunfo de Octavio llevaban arrastrando por el suelo una estatua de Cleopatra de uno de cuyos brazos pendía un áspid. A los tres hijos de ella y Marco Antonio —a Cesarión le habían dado muerte anteriormente— se les impuso la degradante humillación de marchar en el cortejo del triunfador. Fue después de esto cuando los poetas romanos, ganosos de congraciarse con el vencedor, crearon el mito de esa reina de Egipto licenciosa, calculadora y cruel, mito con que ha continuado falseándose hasta nuestros días la auténtica historia de Cleopatra.



Mitad y mitad. Algunas señoras austriacas que habían comprado sábanas estampadas con pájaros y flores, se quejaron de que sus maridos se resistían a dormir rodeados de "tan delicado ambiente femenino". En vista de eso, los comerciantes venden ahora sábanas que tienen en una mitad adornos florales y aves, y en la otra temas de la selva y de animales salvajes.

— Women's News Service

Así es la vida

UNA TARDE ventosa y nevada completaba mis quehaceres campesinos, cuando vi aproximarse la figura cubierta de nieve de un cazador. A la puerta del granero dejó caer sobre la nieve, con un golpe sordo, un venado que traía a cuestas.

—¡Buena recompensa por resistir este tiempo inclemente! —grité.

—¡No sabe cuánto me alegro de haber visto la luz de su casa! —me contestó una voz de mujer—. Ya me creía perdida en la tormenta.

Reconocí a mi vecina que vivía a cinco kilómetros de allí.

—¡Señora Clark! Pero ¿qué hace usted? —le dije alarmado—; yo creí que estaba usted internada en el hospital.

—Ya no. El médico me dio de alta ayer. Pero me advirtió que debía comer más carne. —E. O. K.

HABÍA ocupado mi asiento temprano en el tren como solía hacerlo todas las mañanas, y al ir llegando los viajeros veteranos me sorprendió no oír la conversación usual sobre béisbol y golf. A cambio de ella, casi todos hablaban de números: "Diecinueve", "Doce", "Catorce", etcétera. Picado por la curiosidad, me puse a escuchar con más detenimiento y descubrí que el tema del día era una hoja de afeitar importa-

da, de acero inoxidable. Los números que comparaban los viajeros en su conversación eran de la cantidad de afeitados que habían logrado con cada una. — R. F. T.

UN EMPLEADO de una línea aérea de Atlanta (Georgia), que tenía que quedarse cuidando de sus tres hijos un sábado en la noche, resolvió el problema en forma hartamente satisfactoria. Usando la franquicia que le daba la compañía, los llevó a todos hasta Chicago en el vuelo



que coincidía con la hora de comer, y regresó en el mismo avión. Así les proporcionó diversión, pues a los niños les encantaba volar, y al mismo tiempo pudo atender a la necesidad de la comida con el mínimo esfuerzo y sin gasto alguno. Al lle-

gar la hora del regreso a casa, los muchachos estaban deseando caer en la cama. — N. D.

ACOSTUMBRADOS a la propaganda comercial rimbombante de la radio, la televisión y la prensa, nos sorprendió agradablemente el modesto aviso impreso en los recipientes de cartón encerado que usa para envasar su producto una lechería del Estado de Nueva York. Decía así: "La leche Brown es tan buena como cualquiera y mejor que algunas". — R. E. H.

EL VERANO pasado estaban haciendo reformas de gran envergadura en uno de los edificios de la Universidad de Harvard. Uno de los obreros encargados de la demolición me decía: "Yo ayudé a construir esta edificación en 1929". Luego agregaba con cierto dejo de admiración: "Me pagaban a razón de 60 centavos la hora por construirlo. Hoy me pagan tres dólares la hora por derribarlo". — C. S. B.

LLEGUÉ al aeropuerto en medio de un gran chubasco. No llevaba paraguas ni impermeable, ni sabía dónde dejar el automóvil, pues el patio estaba lleno. ¿Cómo llegar al edificio terminal a tiempo para tomar el avión sin mojarme de pies a cabeza? Entonces se me ocurrió una idea. Me acerqué a la entrada del edificio. Allí le dirigí la palabra a un señor que parecía estar a punto de echar a correr hacia el patio de aparcamiento.

—¿Puedo llevarlo en el auto? —le ofrecí—. Lo transportaría hasta su coche en el mío si usted me trae aquí en el suyo.

Con una expresión de sorpresa y agradecimiento el caballero montó sin perder tiempo. Quedaron así resueltos tres problemas: conseguí el lugar para estacionar el auto, él no se mojó y yo tampoco. — F. A. B.

DESALENTADO después de muchas semanas de buscar inútilmente trabajo, supe de un puesto vacante en un aserradero, hice la solicitud y me aceptaron. Pasé casi un día llenando distintos formularios, sometiéndome al reconocimiento médico y enterándome del tipo de trabajo que me correspondería. Volví a casa agotado, pero muy contento de saber que a la noche siguiente empezaría a trabajar... hasta que sintonicé la radio para escuchar las noticias locales, y me enteré de que me había declarado en huelga. — E. D. W.

MI MARIDO y yo somos uno de los muchos matrimonios que hay en los Estados Unidos entre jóvenes menores de 20 años. No nos dábamos cuenta, sin embargo, de lo precario que puede parecerle a algunas personas un enlace como el nuestro, hasta un día en que mi cuñada nos presentó a cierta dama de edad. La buena señora no pudo menos de exclamar: "¡Dios mío! pero ¡qué jóvenes!" No bien pronunciadas esas palabras quiso arreglarlas y dijo: "Claro que será muy divertido criarse juntos". — D. B.

POR VANCE PACKARD

Autor de *The Hidden Persuaders*, *The Status-Seekers*, *The Pyramid Climbers*

Libertad de acción, fórmula para superarse

Nada como el estímulo de la responsabilidad para que surja lo mejor del hombre. Un experto observador informa sobre un nuevo hallazgo en el campo de las relaciones humanas.

UNA SERIE de ligeros edificios de un piso, cerca de San Diego (California), es la sede de una de las empresas más revolucionarias de los Estados Unidos, la Non-Linear Systems, Inc., fabricante de instrumentos electrónicos. No es revolucionaria por la naturaleza de sus productos, sino por las realizaciones de su gente. En 1960 esta empresa prescindió de su línea de montaje y, con ella, de un montón de supuestos que los hombres de negocios han tenido por válidos desde hace 50 años con respecto a la condición del empleado.

El gerente de la compañía, Andrew Kay, se jugó el futuro de la empresa a una sola carta: su creen-

cia de que las personas comunes y corrientes poseen inmensas potencialidades de progreso y rendirán mucho más si se les confían responsabilidades importantes. Hoy acuden de muchas partes del mundo hombres de negocios y sicólogos para observar los asombrosos resultados de esta filosofía.

Cuando la Non-Linear acabó con su línea de montaje, retuvo sin embargo a todo su personal, aunque algunos de los obreros apenas tenían una cultura de primeras letras, pero los dividió en pequeños grupos de menos de doce personas. Cada grupo maneja su propio negocio en pequeño; tiene su alojamiento especial, que adorna a su

gusto; y tiene también su puerta privada para salir al exterior. No hay relojes para marcar la hora de entrada y de salida. Todos reciben un salario semanal, sin deducciones por enfermedad o por llegar tarde. No hay hora fija de descanso, pero cualquiera puede salir a tomar una taza de café cuando lo apetezca.

Paseando por los edificios de la fábrica, tuve ocasión de observar un grupo extraordinario de montaje. La compañía fabrica voltímetros "dígitos", cuyo precio varía entre 1000 y 6000 dólares. Todas las piezas componentes de uno de estos complicados instrumentos llegan en una caja de fibra de vidrio, y una sola persona arma todo el voltímetro, del principio al fin. Puede tardar en ello tres semanas, pero, si se necesita entregarlo con urgencia, otras dos o tres personas del grupo de siete la ayudan, aunque esta ayuda no releva al constructor original de su responsabilidad por el buen funcionamiento del aparato.

Cerca de mí estaba una mujer de cabello canoso que fumaba mientras arreglaba diligentemente unos circuitos de alambres. (Los ingenieros especialistas en eficiencia le habrían prohibido fumar en el trabajo.) La obrera tenía ante sí varias páginas de diagramas y de notas. "Esta mujer", me dijo mi guía, "ha planeado y ha programado ella misma su trabajo. A medida que avanza en la tarea, va probando cada pieza y, cuando termine el instrumento, lo firmará con su nombre y apellido. Si el comprador lo

encuentra defectuoso, el aparato volverá a esta misma obrera para que lo corrija".

Cualquier administrador de un proyecto técnico puede gastar hasta 2500 dólares para comprar el equipo que necesite, sin más autorización que su propia firma. Los vendedores de la compañía no perciben viáticos, sino que a cada uno se le asigna una partida lo suficientemente grande para que de ella pague todos los gastos justificados de viaje, costos de automóvil, hoteles, atenciones que deba tener, y para que pueda además cambiar su coche cada dos años por uno nuevo. Si no gasta toda su asignación, tiene derecho de quedarse con lo que le sobre. Lo único que se investiga son los resultados.

¿Y cuáles han sido estos resultados? Que las ventas se duplicaron en los tres años en que el plan ha estado en vigor, y el número de horas dedicadas por cada hombre a la fabricación de cada instrumento se ha reducido a la mitad, de suerte que la Non-Linear ha podido convertirse en la empresa que mejor paga a sus empleados en la ciudad. "La eficiencia ha subido muchísimo", dice el vicepresidente Arthur Kuriloff. "El espíritu de los trabajadores es excelente y los cambios de personal en nuestra fábrica han bajado a la cuarta parte de lo que constituye el término medio nacional. Por lo demás, las quejas de los clientes han disminuido en un 90 por ciento en dos años". Aunque la Non-Linear tiene hoy 30 competi-

dores, domina más de la mitad del mercado total del país, lo cual es prueba de la alta calidad de sus productos.

Los prodigios que se operan cuando a los trabajadores comunes y corrientes se les da súbitamente libertad de acción se han visto comprobados también en una serie de experimentos realizados por otra gran compañía con millares de sus trabajadores. Por estar dichos experimentos aún inconclusos, no se puede dar el nombre de la empresa, pero sí se puede decir que el iniciador de muchos de ellos ha sido el Dr. Chris Argyris, especialista en la ciencia de la conducta en el Departamento de Administración Industrial de la Universidad de Yale.

El presidente de la aludida compañía, intrigado por la aseveración del Dr. Argyris de que los obreros por lo general no trabajan sino a una tercera parte de su capacidad productiva, desafió al profesor a que le mostrara un medio mejor de infundir alicientes a sus operarios. Fueron los dos a una fábrica donde se estaba armando un artículo comparable a un radioreceptor. Ante un banco de trabajo había 12 muchachas, y cada una de ellas, al ejecutar la pequeña parte que le correspondía en el montaje del aparato, realizaba una serie de actos de acuerdo con las instrucciones detalladas que señaló un ingeniero industrial. En el grupo había también un capataz, un inspector y un empacador.

El Dr. Argyris propuso un experimento de un año, durante el cual cada muchacha tendría la obligación de armar todo el aparato, y *podría armarlo en la forma que a ella le pareciera más ventajosa*. Debía hacer ella misma toda la inspección, firmar el producto, empacarlo y dictar la correspondencia a que diera lugar cualquier reclamación de los clientes. Se les prometió a las obreras que no se les disminuiría su salario si la producción bajaba, pero que, en cambio, se les aumentaría la paga si producían más.

Comenzó el experimento. Al terminar el primer mes, el rendimiento de este grupo se había reducido al 30 por ciento de lo que era antes. A las seis semanas fue peor aún. Las muchachas estaban descorazonadas y algunas visiblemente intranquilas. La situación continuó así hasta terminar ocho semanas, y de ahí en adelante la producción empezó a mejorar otra vez. Al cabo de 15 semanas, había llegado a un nivel superior a todos los anteriores... ¡sin ayuda de inspectores, capataces, empacadores ni ingenieros industriales! Durante todo el año la producción continuó alta, los costos por errores y desperdicios disminuyeron 94 por ciento, y las cartas de quejas bajaron de 75 al año a sólo tres.

Terminado el año, las muchachas volvieron a su antiguo oficio en la línea de montaje. De las 12, tres se sintieron aliviadas porque ya no tenían que preocuparse por la cali-

dad de su trabajo, pero las nueve restantes se consideraron muy mortificadas de que se les hubieran quitado facultades.

Una vez que hayan concluido otros experimentos que está haciendo la compañía, todos encaminados a asignar mayor potestad discrecional para cada tarea, se espera combinar los resultados e incorporarlos en la organización de una fábrica nueva y muy interesante. El Dr. Argyris predice que será una fábrica sin capataces.

Varias compañías más están también experimentando el sistema de ampliar la iniciativa individual. En la sede de la Union Carbide, en Nueva York, se ha creado un grupo de hombres activos a las órdenes de un jefe vigoroso y simpático llamado John Paul Jones. Una de sus metas es modificar la tradicional relación de superior a inferior que ha existido en la vasta empresa (73.000 empleados), y se espera poder aprovechar el afán de hallar soluciones nuevas que puede producirse cuando la gente tenga verdaderos estímulos.

Este grupo es en sí mismo un buen ejemplo de la práctica que predica. Jones y cada uno de sus compañeros tienen un campo de su especial competencia, dentro del cual pueden decidir a su albedrío, inclusive la manera de gastar la parte del presupuesto que a cada uno corresponde.

Sin duda, contiene ciertos elementos de riesgo el sistema de hacer a cada individuo responsable,

pero Jones dice: "El riesgo es buena cosa. La actuación de algunos será deficiente quizá; pero, si se establece un sistema dentro del cual sea difícil que la gente fracase, será demasiado estrecho para permitir a los buenos progresar tan rápidamente como pueden hacerlo".

Con estos y otros experimentos e innovaciones en materia de práctica administrativa se quiere poner fin a una tendencia de la industria moderna: la de regular cada vez más estrechamente la actividad de las personas conforme aumenta la mecanización y el tamaño de las empresas.

Algunos empleados, e incluso administradores, se rebelan contra un sistema que les da la sensación de que su vida se ha empobrecido, y se dedican a holgazanear, o resuelven tranquilamente entre ellos mismos qué es lo que constituye "el rendimiento equitativo" de una jornada. (La restricción voluntaria de la producción se practica en enorme escala en toda la industria.) Otros se acostumbran a hacerse indiferentes, a ganarse el salario en el menor tiempo posible. En todo caso, son millones las personas a quienes han amargado los años de vivir bajo prescripciones administrativas, y que se han habituado a no esperar gran cosa en materia de iniciativa personal, o a evitar responsabilidades, y a no pensar en sus ambiciones, sino sólo en su seguridad.

La verdadera naturaleza del hombre se refleja más exactamente en

un reciente análisis de las actitudes de 200 contadores e ingenieros que trabajan para algunas empresas en Pittsburgh y sus alrededores. Realizó este estudio un grupo de sicólogos encabezados por el Dr. Frederick Herzberg, de la Universidad Western Reserve. Se pidió a los 200 individuos que describieran hechos críticos de su carrera que los hicieron sentirse excepcionalmente contentos o decepcionados de su empleo.

Se descubrió que, de todos los factores favorables, el que les produjo a la larga la mayor satisfacción fue el sentir que se les daba libertad de acción. Hablaron con orgullo de que se les hubiera permitido trabajar sin vigilancia y se les hubiera hecho responsables de sus propios actos. En su informe final, los sicólogos propusieron que se modificaran las tareas de manera que se aumentara "al máximo" la capacidad de cada empleado para hacer efectiva alguna de sus aptitudes personales, para ensanchar el campo de su iniciativa.

Desde luego, existen numerosas situaciones en que es difícil dar mucha libertad de acción al empleado; y sin embargo, siempre hay manera de estimularlo mejor, tanto en beneficio suyo como de la empresa.

La United States Steel Corp. quiso reducir los accidentes graves en sus fábricas, y los funcionarios hicieron grandes esfuerzos para imponer obligatoriamente todos los sistemas clásicos de seguridad sin obtener grandes resultados.

Los funcionarios resolvieron cambiar de táctica y preguntar a los mismos trabajadores qué debía hacerse. En la fábrica de South Chicago, que tenía el más alto porcentaje de accidentes, empezaron por reunir a los obreros en pequeños grupos para conferenciar con ellos. El coordinador de sistemas de seguridad invitó a cada uno a analizar su trabajo en detalle y a recomendar cómo se podría reducir el peligro de accidentes. Yo asistí a una de estas conferencias y me impresionó la variedad y sensatez de sus ideas.

Las conclusiones a que llegaron los hombres en estas conferencias se pasaron a una junta de revisión de seguridad, que las adoptó casi todas. Dos años después de iniciado este sistema, la fábrica de South Chicago había alcanzado la más alta marca de seguridad entre todas las siderúrgicas norteamericanas hasta esa fecha. El sistema de conferencias con los obreros se ha llevado posteriormente a algunas otras fábricas de la U. S. Steel y, lo que es más notable, se ha comprobado que, siempre que se consulta a los empleados, mejora perceptiblemente su espíritu de trabajo y aumenta la producción.

La sensación que deja la experiencia de permitir más iniciativa en el trabajo ha sido muy acertadamente descrita por el grupo de sicólogos del Dr. Herzberg, que han dicho: "Disfrutar de la oportunidad de progresar sigue siendo lo más emocionante que le puede ocurrir a una persona en nuestra sociedad".

Instantáneas de un espía soviético

Una de las mejores armas en el arsenal de la Oficina Federal de Investigaciones (FBI) de los Estados Unidos es una cámara con teleobjetivo. Aquí se cuenta la historia de unas fotografías que denunciaron las maniobras de un agente enemigo.

POR KARL DETZER

AQUELLA tarde de noviembre un corpulento sujeto de abrigo azul oscuro y sombrero gris estaba apoyado perezosamente contra la pared en la esquina nordeste de la avenida Madison y la calle 86 de Nueva York. Ningún transeúnte le prestaba atención; pero él, al amparo del ala de su sombrero, doblada hacia abajo, observaba a toda persona que pasaba.

Era uno de los miembros del grupo soviético en el Comité de Estado Mayor de las Naciones Unidas llamado Maksim Martynov. Se hallaba en espera de cierto coronel del ejército norteamericano que tendría, así lo creía, algo que venderle. Martynov echó una mirada al reloj. El coronel tardaba en llegar.

La gente que pasaba no repa-



El espía ruso Martynov en la esquina de la avenida Madison y la calle 86 de Nueva York

raba en el ruso, pero no por ello faltaba quien lo vigilase. Agentes de la FBI provistos de gemelos de campaña seguían sus menores movimientos desde secretos puntos de observación y, a pesar de la penumbra del atardecer, lo retrataban con teleobjetivos desde 30 metros.

El episodio comenzó un día de agosto de 1954, en el cuartel general del ejército norteamericano en Berlín Occidental, cuando el coronel John Hasty* recibió una llamada telefónica de un militar ruso con quien había comido 15 días antes y que ahora lo felicitaba por su inminente regreso a los Estados Unidos. El ruso lo invitó a que almorzara con él en Berlín Oriental antes de su partida, y le insinuó también que volvieran a reunirse en Nueva York posteriormente.

El coronel dio cuenta de la invitación al Servicio Secreto y los directores de éste le aconsejaron que la aceptase. Hasty se encontró con

taba también un ruso civil que hablaba inglés con acento norteamericano y quien explicó que había prestado servicio en Washington.

La comida fue agradable y cordial. A los postres, el anfitrión se dio cuenta de que no tenía café y, diciendo que iría a buscarlo, salió de la casa. En seguida el comensal civil hizo a Hasty algunas discretas pero inconfundibles insinuaciones en el sentido de que acaso fuera provechoso para éste continuar la conversación más tarde. Al no rechazar el coronel tales insinuaciones, el ruso habló más concretamente y propuso:

—Si puedo ir a Nueva York, le



Una nerviosa mirada al reloj



El "coronel" Peck llega a la cita en taxi

el ruso en la tumba del Soldado Desconocido en el Sector Soviético, desde donde se trasladaron ambos en automóvil a una casa particular. El almuerzo ya estaba listo. Allí es-

esperaré a las cuatro de la tarde del 15 de octubre en la esquina noreste de la avenida Madison y la calle 86. Si ese día no le conviene, nos veremos el 25.

Todavía le dio otras seis fechas alternativas. Indicó que Hasty debía vestir de paisano y acudir solo

*Por razones de seguridad, no se dan aquí los nombres verdaderos de los personajes norteamericanos.

a la cita y enseguida le advirtió:

—Si no voy yo mismo, alguna otra persona irá a encontrarse con usted. Deténgase unos minutos y mire su reloj. Una persona le preguntará: “¿No nos hemos conocido en la Spechstrasse, en Berlín?” Usted debe contestar: “Sí; yo vivía en el número 19”. Después de eso ya podrá usted hablar con toda libertad. Le pagaremos sus gastos y, desde luego, por cualquier información que nos facilite.

Aquella noche Hasty comunicó esta conversación a los oficiales del Servicio Secreto. Tan pronto como el coronel llegó a los Estados Unidos, los agentes de la FBI le interro-

La FBI encontró un buen parecido con Hasty en el agente Fred Peck. Tenía éste la misma estatura e igual peso que aquél, idéntico color de cabello y ojos, igual tez rubicunda, nariz larga y barbilla recogida. Era algunos años más joven y no tenía el bigotillo militar que gastaba el coronel. Pero un perito en maquillaje lo proveyó de la edad y el bigote necesarios, y Fred Peck compró una chaqueta de paño como la que usaba Hasty.

El 15 de octubre, fecha de la primera cita, Peck no compareció; estaba todavía poniéndose en carácter, aprendiendo a andar y hablar como Hasty. Pero otros agentes vi-



El espía Martynov observa a Peck, receloso...



Peck da la vuelta y pasa otra vez ante Martynov; no se hablan.

garon extensamente acerca de su infancia, su familia, amigos, pasatiempos...

—No necesitará quedarse en Nueva York —le dijeron—. Uno de nosotros se hará pasar por usted. Por eso es que hemos estado estudiándole tan minuciosamente.

gilaban el sitio indicado para la reunión. Ningún extraño acudió a la esquina nordeste. Sin embargo, varios hombres, conocidos por la FBI como funcionarios de la delegación soviética ante las Naciones Unidas, paseaban por allí, al parecer estudiando la situación.

Para el 25 de octubre, fecha de la segunda cita, ya Peck estaba listo. Acudió al lugar designado, esperó, miró su reloj y continuó la espera. Nadie se le aproximó. Pero nuevamente dos rusos recorrieron la calle de arriba abajo, pausadamente, y cada vez que pasaban, se volvían a mirar de reojo a Peck.

El 15 de noviembre, la tercera fecha, el ruso del abrigo azul oscuro llegó a la esquina a las tres y 56 minutos, se reclinó en la pared y esperó. Los agentes que vigilaban el lugar reconocieron en el ruso a uno de los miembros de la delegación soviética ante la ONU. Uno de los agentes dijo: "Llegó el día.

Martynov le observaba con atención. Cuando Peck dio la vuelta y pasó otra vez a su lado, el comunista estuvo a punto de hablarle, pero recapacitó y se contuvo.

Entonces Peck se detuvo a unos tres metros de Martynov y permaneció allí unos minutos. Luego dio un paso adelante y miró su reloj. Llevaba en la mano un paquete que podría contener documentos. Martynov lo miró y decidió arriesgarse. Aproximándose a Peck inquirió:

—Coronel, ¿no nos hemos conocido en la Spechstrasse, en Berlín?

—Sí, yo vivía en el número 19.

Entonces Martynov, sonriendo,



Martynov observa a Peck, que está contra la pared.



El contacto queda establecido cuando Martynov dice: "Me llamo Schultz".

Ese hombre es Maksim Martynov".

El que esperaba estaba nervioso y miraba repetidamente el reloj.

A las cuatro y cinco llegó un taxi y Martynov se irguió. Peck salió del vehículo, cuadró los hombros con aire militar, caminó en dirección al ruso... y pasó de largo.

le tendió la mano diciéndole:

—Me llamo Schultz.

Le propuso un paseo en automóvil, mas Peck, para evitar que los perdieran de vista sus compañeros de la FBI encargados de vigilarlos, replicó que un paseo por el vecino parque Central sería mejor.

Martynov le hizo innumerables preguntas sobre cuestiones militares. Peck se había preparado cuidadosamente aprendiendo centenas de respuestas, unas falsas y otras verdaderas. El ruso pareció quedar satisfecho, aunque quería informes más precisos, y Peck prometió traérselos en su próxima entrevista.

—Seguramente tiene usted muchos gastos —dijo el comunista, pasándole furtivamente un fajo de 25 billetes de diez dólares, tras de lo cual quedaron en volver a encontrarse a la misma hora y en el mismo sitio el 15 de enero.

Peck llegó puntualmente, con una cartera de mano. Volvió a proponer un paseo por el parque Central, pero esta vez Martynov no aceptó la idea. En vez de ello, fueron al tranquilo bar de un hotel, y se sentaron a una mesa apartada. Entraron otros clientes, que se acomodaron en otras mesas distantes y ante el mostrador del bar.

—Hable en voz baja —recomendó el ruso—. ¿Consiguió lo que yo quería?

—Sí; aquí lo tengo —contestó su interlocutor, señalando la cartera.

—Bueno, dímelo.

Pero Peck no parecía tener prisa. Entraban más clientes. Martynov los miró y dijo de pronto:

—Este sitio no me gusta. ¡Vámonos ahora mismo!

—Le traigo esto —dijo Peck, poniendo la cartera sobre la mesa.

Era una señal. Dos de los pre-

sentes se adelantaron y encarándose a Martynov se identificaron como agentes de la FBI y detuvieron al ruso. El espía protestó:

—¡Soy diplomático! ¡Tengo inmunidad!

Cuando Martynov presentó sus credenciales diplomáticas, no hubo otro recurso que dejarlo en libertad. Los agentes, a regañadientes, lo vieron tomar un autobús con rumbo a las oficinas de la delegación soviética. El 21 de febrero, la Secretaría de Estado lo declaró *persona non grata*, y el espía abandonó el país a los cinco días.

La cámara fotográfica de lente telescópico es un arma eficaz en el arsenal de la FBI, y muchos agentes tienen tan excelente puntería con ella como con la pistola. En los últimos 10 años más de 30 funcionarios soviéticos que disfrutaban de inmunidad diplomática y de la hospitalidad de los Estados Unidos han sido sorprendidos mientras cometían actos de espionaje u otros análogos, que nada tenían que ver con sus funciones oficiales. El teleobjetivo ayudó a atrapar a varios de ellos.

La galería fotográfica de delincentes y malhechores reunida por la FBI cuenta con millares de retratos. No sólo son de espías, sino también de saboteadores y facinerosos de todas las especies. La mayor parte de las fotografías fueron tomadas sin conocimiento de los retratados, que rara vez sonríen en este tipo de instantáneas.



POR DONALD Y LOUISE PEATTIE

CAMUFLAJE en el reino animal

Condensado de "National Wildlife"



En su verde escondite, bajo techo de anchas
hojas, acecha la rana.

Lomeo/Nancy Palmer

GRAN PARTE de la abundante y variada riqueza de colores que ofrece el mundo parece carecer, a ojos de los hombres, de finalidad práctica alguna. Ven en ello un hermoso derroche de la superabundante vitalidad de la Naturaleza. Ocurre, sin embargo, que para millares de especies animales es el color un arma principal en la gran lucha por sobrevivir. Nunca ha ideado el ingenio humano nada que iguale al disfraz que, mediante la coloración, presta la Naturaleza a los animales. Cuando el color de éstos se asemeja al medio en que habitan, les sirve, a la vez, para pasar inadvertidos a la vista de sus enemigos o para mantenerse ocultos y prontos a caer sobre su presa. Así



Esta perdiz blanca irá volviéndose parda a medida que se derrita la nieve

por ejemplo, maese Sapo se confunde por su color pardo con el del terrón en que está encogido. La ágil "señá" Rana, por lo verde del lomo, se iguala con el color de la superficie de la charca en que flota; y por lo blanco del vientre, vista desde el fondo de la charca, es indistinguible a la luz del día. El oso blanco y la lechuza blanca pasan poco menos que inadvertidos entre las nieves polares. Los peces tropicales encuentran seguro escondite en el arrecife de coral cuyo encendido rojo casa a maravilla con los brillantes colores de esos animales.

La hembra del chorlito de las costas pone playa adentro, un poco más acá de la línea de la pleamar, los huevos cuyo tinte hace que se les tome por parte de la guijosa arena de la orilla. Al permanecer echado e inmóvil en el bosque, el cervato de manchado pelaje armoniza perfectamente con el color del terreno. Las tan comunes mariposas nocturnas llamadas catocalas, y también aneas, son virtualmente invisibles por el color pardusco de las alas anteriores que se funde con el del tronco del árbol en que están posadas. Bastará, sin embargo, espantarlas para que, al revolotear, ostenten los vívidos matices de las alas posteriores.

Algunos animales utilizan para disfrazarse elementos tomados del medio en que habitan. Ciertas larvas emplearán a tal fin los líquenes; otras se valdrán de hormigas muertas. El cangrejo de las algas sujeta sobre su espinosa caparazón algas o esponjas. Otro de esos crustáceos, el cangrejo esponja, recorta un pedazo de ella con el cual se cubre a manera de manto que sujeta con dos de sus patas, adecuadas a este propósito. Los calamares llevan consigo su material de enmascaramiento: la conocida tinta de calamar, líquido negro que expelen para formar una mancha más o menos del tamaño de su propio cuerpo, al amparo de la cual burlan a su atacante.

Notables, por lo curiosos, son los medios que emplean algunos animales para pasar inadvertidos. Ciertas especies de mántidos del trópico



Enemigo invisible es esta víbora "cabeza de cobre" a la que sirven de disfraz las hojas caídas

toman el color de las flores de los árboles sobre los que viven habitualmente. Una mariposa sudamericana, la *Hétera piera*, es de alas tan transparentes que vemos por entre ellas como por un cristal, sin ver, desde luego, a la mariposa misma. La mariposa hoja, así llamada no tan sólo por su color, sino por su apariencia que remeda la de una hoja seca, hasta en la delicada venación y el rugoso contorno, contribuye a aumentar ese parecido por la semejanza que al volar adquieren sus movimientos con los de la hoja que cae del árbol.

El insecto o bicho palo se asemeja de tal modo por el color, el contorno, y aun por el ángulo que forma con ésta, a la rama en que está posado, que cualquiera lo cree parte de ella. Si lo tocamos, no dará la más leve señal de vida. Únicamente al continuar nosotros molestándolo estirará las patas que tuvo plegadas contra el cuerpo y se alejará como si le indignase la impertinencia con que no supimos respetar el cuidadoso disfraz que lo resguardaba de la curiosidad de otros seres como nosotros.

Ejemplo casi perfecto de mime-

tismo del color es el que ofrece el ave toro de los pantanos. Esta zancuda de cuerpo recogido y plumaje a rayas logra hacerse indistinguible al quedar completamente inmóvil, en alto el pico y el cuello, poco más o menos en línea recta con el resto del cuerpo, a fin de que toda ella iguale por su color y su figura con la vegetación que la rodea. Más aún, cuando ésta ondula al soplo del viento, el ave toro se mueve a la par de la vegetación.

Las mariposas y polillas con apariencia de hoja seca cuidan de que sus rayas y manchas de color coincidan con las de la hoja en que se posan. Ciertos insectos tropicales se agrupan de manera que, por hallarse todos mirando hacia afuera, presenten a la vista un conjunto semejante al de las flores del árbol en que se hallan.

En las aves, los colores del plumaje del macho, si por una parte lo ayudan a enamorar a la hembra,

cuyo manto suele ser menos vistoso, contribuyen, por otra, a librarla a ella de posibles enemigos, gracias a lo menos llamativo de su plumaje. Sirve, además, la vistosidad del color del macho para intimidar a rivales de su misma especie. Así ocurre con el faisán común de collar, originario de la China. Tienen los machos de estas aves a cada lado del cuello unas carnosidades eréctiles de color rojo muy subido, de las cuales se valen para atemorizar al rival con que van a enfrentarse. Y no sólo lo atemorizan: veces habrá en que consigan que les ceda el campo sin haberse atrevido a reñir. Pero si reducimos con unas capas de pintura a la aguada negra el tamaño aparente de las carnosidades, el faisán que antes se había acobardado se adelanta ahora a pelear con tan resueltos bríos que, vueltas las tornas, es el otro faisán el que rehúye el combate.

Al considerar la prontitud con

Alerta, pero tranquila, está en su nido la codorniz, que pocos descubrirán a primera vista.



que ciertos animales cambian de color pensamos casi siempre en el camaleón, que trasforma lentamente su coloración, acomodándola a la del medio en que se encuentre. Más sorprendentes todavía son los fenómenos de esta clase que se observan en peces, ranas, calamares, cangrejos y camarones. La quisquilla de cría muda por completo de color en cuestión de minutos. Posee para ello un variado surtido. Se tiñe de verde entre las plantas de este color; de morado, castaño, rojo o azul verdoso, entre las algas; de un azul translúcido, durante la noche. Aunque el lenguado vive echado en el fondo del agua y mirando hacia la superficie con ambos ojos, situados los dos en un mismo lado de la cabeza, advierte cualquier cambio de color que haya en el lecho del mar y acomoda prontamente el suyo a esa mudanza. Si colocamos este pez encima de un linóleo a cuadros, lo veremos variar de color para acomodarlo al del linóleo, sin perjuicio de estar, al mismo tiempo, alerta y al acecho de cualquier presa que pase a su alcance.

Otro significado del color en el concierto de la Naturaleza es la fantástica relación que establece entre ciertas aves e insectos y las flores que aquéllas y éstos prefieren. El pétalo inferior de ciertas orquídeas presenta una mancha amarilla asombrosamente parecida a la avispa hembra. Hasta tal punto lo es, que la avispa macho acude a posarse en ella ávidamente. Antes que, al saberse engañado, alce el vuelo, la

orquídea ha adherido a la cabeza del insecto dos porcioncillas de polen conectadas entre sí por una hebra que actúa a manera de muelle. Al volver a posarse la avispa en alguna orquídea, ésta desprende el polen de que es portador el insecto y se efectúa la polinización.

Algunas especies animales, por ser naturalmente ciegas para el color, lo ven todo en tonos grises, blancos y negros, tal y como vemos nosotros una fotografía. Esto no obstante, hasta a un enemigo que carezca de la sensación del color puede burlársele mediante una coloración protectora o críptica que consiste en el conjunto de las rayas o manchas de la capa o pelaje del animal que rompen su continuidad individual cuando se halla en un medio favorable. Así por ejemplo, la culebra que permanece inmóvil entre la hierba pasa frecuentemente inadvertida gracias al dibujo de su lomo. El pelaje manchado de la jirafa o el listado de la cebra, dificultarán mucho al cazador distinguir a estos animales, aun cuando esté a poca distancia de ellos. La perdiz o la codorniz echadas en el suelo del bosque serán punto menos que invisibles debido a las pintas de su plumaje.

Nada tan difícil de esconder a la vista como un círculo; y de ahí que, en más de una ocasión, hayan sido los mismos ojos de un animal los que delataron su presencia a su presa o a su perseguidor. Al encuentro de esta dificultad sale el astuto mapache con las manchas negras que,

al formarle una especie de careta, desvían de sus ojos las miradas ajenas. A igual fin tienden las listas blancas o negras que muchas aves tienen a uno y otro lado de los ojos, o en torno de ellos, y restan atractivo al brillo de su mirada. En no pocos peces se da el caso, que bien pudiera llamarse un colmo, de que tengan en la cola un "ojo falso", a

la vista del cual no atina a saber quien los mira, si es que van o vienen, ni cuál es la cabeza y cuál la cola.

Todos estos recursos del mundo animal, y miles más que pudieran traerse a cuento, no son obra del acaso: forman parte irremplazable de la gran estrategia de la Naturaleza en la lucha por la existencia.



Cuestión de afinidad

YURI GAGARIN, el cosmonauta soviético, llegó a la India en su gira triunfal. Después de una recepción, debía exhibirse al Consejo de Ministros y algunos miembros del Parlamento, la película del vuelo de Yuri por el espacio. Tan pronto se hubieron acomodado todos se inició la función, pero casi al momento se interrumpió. El operador del proyector hacía lo imposible por volver a poner en marcha el aparato, mientras la señora Lakshmi Menon, vice-ministro de relaciones exteriores, lo amonestaba por hacerles perder tiempo. Entonces el operador tuvo una salida que provocó la risa general:

—Señora —replicó—: la película es rusa y el proyector, norteamericano, y parece ser que no congenian.

— D. S. (Nueva Delhi, India)



Lo que trae el aire

UN REPORTERO de la radio informaba que la víctima de un accidente de automóvil había sufrido la fractura de dos piernas "por lo menos".

— *Tribune* de Minneapolis

EN CHARLOTTE (Carolina del Norte), al tiempo que en la pantalla de la televisión, al comenzar una serie de vaqueros, aparecía una pistola apuntando a los televidentes, el locutor preguntaba: "¿Qué recomiendan los médicos para el dolor de cabeza?"

— T. V. Guide

EN LA estación radiodifusora KABL, de Oakland (California): "Al terminar el siguiente anuncio reanudaremos nuestro programa de música ininterrumpida".

— H. C.

Nueva arma en la lucha contra el hambre

POR HARLAND MANCHESTER

Condensado de "Latin American Report"

POR EL otoño de 1956 ingresaron en una clínica de la ciudad de Guatemala dos niños en estado desesperado de inanición. Eladio Palencia Luna, de ocho años, un patético espantajo que sólo era piel y huesos, y Luis, su hermanito de cinco años, tenían las piernas hinchadas y la piel cubierta de rojas manchas y postillas. Estaban perdiendo el pelo, quebradizo y sin brillo, su expresión era de tristeza y desaliento, y ambos gemían constantemente. Eran víctimas de la pelagra, enfermedad producida por la desnutrición, que mata a muchas criaturas en las regiones tropicales y subtropicales de todo el mundo, y considerada por los expertos como el problema más importante con que la medicina infantil se enfrenta en nuestros días.

"Incaparina", la proteína centroamericana de bajo costo, constituye una esperanza para millones de hambrientos en el mundo.

Recientemente vi a esos mismos chicos en su villorrio rural de Río Plátano, en el sudeste de Guatemala. Nadie los reconocería. En la actualidad son niños sanos, vivaces y sonrientes que ayudan a su padre en las labores de su pequeña granja. Lo que los salvó de una muerte probable fue un nuevo alimento, una mezcla de cereales llamada incaparina. Es ésta un polvo de color café claro que, mezclado con agua, tiene un contenido proteínico igual al de la leche y cuesta sólo el equivalente de un centavo de dólar por

vaso. Los seis países centroamericanos, así como México, están ya adoptando la incaparina, que parece destinada a salvar a millones de personas privadas de proteínas.

La pelagra está haciendo grandes estragos en la América Central entre gente que vive precariamente en aldehuelas y granjas. La causa inmediata del mal es la falta de proteínas en el régimen alimenticio. Causas accesorias son la miseria, la superstición, la ignorancia dietética, el exceso de población... y la negativa de las minorías acomodadas a cumplir sus obligaciones sociales.

Tales condiciones dieron pie a la creación, en 1949, del Instituto de Nutrición de Centroamérica y Panamá (INCAP), que inventó el nuevo alimento. El INCAP es un esfuerzo cooperativo de Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Panamá. Inspirador ejemplo de cooperación internacional, está administrado por la Oficina Sanitaria Panamericana y a su sostenimiento contribuyen también diversas instituciones estadounidenses. Su base de operaciones es un espléndido y moderno laboratorio-clínica establecido en la ciudad de Guatemala. La mayoría de los 40 hombres de ciencia que integran su personal son iberoamericanos.

La vivificadora incaparina es el resultado de ocho años de paciente investigación y experimentación.

Primero, con ayuda de médicos, sacerdotes y trabajadores sociales de

las diversas localidades, escogiose a varios niños víctimas de distintas enfermedades de la nutrición, a quienes luego se llevó a la clínica para someterlos a reconocimiento. En breve se puso en claro que un adecuado régimen de proteínas podría salvar a la mayoría de ellos.

Pero esto no fue más que el planteamiento del problema. Antes de poder variar las costumbres alimentarias de un pueblo hay que pesar factores económicos y sociales, hábitos y supersticiones. Los antropólogos del INCAP pasaron muchos meses en aldeas guatemaltecas haciendo acopio de datos sobre el régimen alimentario, los ingresos, las costumbres y creencias de centenares de familias, muchas de ellas indígenas que apenas hablan español.

La investigación del INCAP reveló un impresionante índice de mortalidad entre los niños pequeños: 50 de cada mil mueren entre las edades de uno y cuatro años. Unos 20 mueren a consecuencia de la pelagra.

Pronto se vio claramente la causa: las madres destetan a las criaturas entre el año y los 18 meses de edad, en preparación para el alumbramiento que va a venir. Entonces, cuando los niños de pecho están transformándose en párvulos y tienen más necesidad de proteínas para la formación de los músculos, no se les da más que una papilla de almidón y unas cuantas legumbres. Las madres no los creen todavía en condiciones de asimilar "alimentos propios del adulto". La carne y los

huevos que no se mandan al mercado se le dan al padre o a los hijos que estén ya en edad de trabajar. Pronto el pelo negro de los niños más pequeños empieza a clarear en las raíces, cosa a la que se llama "signo de depauperación". Dejan de sonreír, huyen de la luz y comienzan a deslizarse por la siniestra pendiente que desemboca en la muerte.

Consistió el problema en crear un alimento rico en proteínas, que pudiera obtenerse de la combinación de productos de cultivo local, que estuviese al alcance del bolsillo de los habitantes y se pudiera preparar en forma tal que éstos lo aceptasen. Los centroamericanos no cultivan la soja, buena fuente de proteínas, y disponen de poco pescado y escasos huevos. Se tardarían muchos años y haría falta una cuantiosa inversión para crear una industria lechera y, además, en muchas zonas el ingreso personal medio es demasiado bajo para sostenerla. Se hubiera podido introducir leche desnatada y deshidratada, pero eso no habría pasado de ser un remedio provisional. En consecuencia, los investigadores procedieron a analizar el valor nutritivo de todos los cereales y semillas comunes de la región.

Dos hombres de ciencia guatemaltecos, los doctores Moisés Béhar,

que fue nombrado director del INCAP, y Ricardo Bressani, probaron con diversas mezclas de cereales. El Dr. Béhar dice: "Ningún alimento vegetal, por sí solo, puede compararse con la carne como fuente de proteínas, porque la carne contiene en sí los diez aminoácidos esenciales para la formación del tejido muscular. Pero, combinando científicamente varios alimentos vegetales, es posible producir lo que pudiéramos llamar un *bistec vegetal*. Hay que obtener todos los aminoácidos en la proporción justa, pues obran conjuntamente como un tronco de caballos bien equilibrado: si uno de los caballos se retrasa, limita la acción de todos los demás".

La novena fórmula lograda por los investigadores, perfeccionada en 1959, satisfizo todos los requisitos de valor proteínico, disponibilidad de ingredientes y bajo costo. Con ella medraron más de 1600 anima-



les de experimentación y muchos voluntarios humanos. El polvo, que tiene un sabor neutro, contiene harina de maíz, sorgo, harina de alto contenido proteínico, hecha con semillas de algodón de las que se ha extraído el aceite, levadura de tórrula, vitamina A y carbonato de calcio. (En lugar del carbonato de calcio de calidad farmacéutica, el INCAP usa la cal apagada obtenida de las fábricas de cemento, a una pequeña parte del costo). Todos los ingredientes se encuentran en Guatemala, salvo la levadura y la vitamina A, que se importan. La levadura, que resulta muy barata, se extrae de los desperdicios de las fábricas de papel, y la vitamina A sintética va haciéndose cada vez más económica.

Problema importante fue el de persuadir a los indios guatemaltecos, la mayoría de los cuales viven en forma muy parecida a la de sus antepasados mayas, a aceptar la radical innovación. Cierta bebida nacional, el atole, que es una ligera papilla de elaboración casera (para obtener la cual se hierva maíz molido), tiene un bajo valor nutritivo, pero es barata y popular. Los investigadores del INCAP propusieron que se preparase el nuevo alimento en la misma forma y se hiciera su propaganda presentándolo como un "atole mejor". Además, había que darle un nombre atractivo. Así pues, uniendo las siglas INCAP, que habían llegado a hacerse sinónimas del concepto de mejor salud, con la palabra harina, crearon el

eufónico y atractivo nombre de "incaparina".

Las pruebas prácticas del nuevo alimento se efectuaron en cuatro aldeas de climas y características culturales diferentes, representativas de la mayor parte de la América Central y de otras muchas zonas poco desarrolladas del mundo. Los especialistas del INCAP temían haber pasado por alto alguna característica de la incaparina que suscitara reacción desfavorable. Pero no tenían por qué haberse preocupado. Las amplias sonrisas de centenares de morenas criaturas daban al "atole mejor" un entusiasta espaldarazo.

La incaparina estaba, pues, lista para su manufactura y venta, con ganancia módica, por empresas privadas. En Guatemala el costo de la vida es alto y los ingresos bajos, razón por la cual el INCAP tuvo que afilar bien el lápiz para hacer sus cálculos. Estos estuvieron a cargo de un destacado economista enviado por las Naciones Unidas, quien llevó a cabo un estudio completo del problema. Así se llegó a una decisión sobre precios, distribución, envase y control de calidad, y un cervecero de Guatemala instaló maquinaria especial y comenzó a fabricar la nueva proteína.

En Guatemala, la incaparina se vende en un sobre de plástico que contiene 75 gramos por una suma equivalente a cuatro centavos de dólar. Esa cantidad del alimento da cuatro vasos de la bebida, ración suficiente para satisfacer las necesidades diarias de proteínas de un niño.

Además se facilitan instrucciones para usar la harina en sopas, budines y galletas. Como muchos de los compradores no saben leer, las instrucciones impresas se completan con otras gráficas. Actualmente, se distribuyen todos los meses en Guatemala más de 15 toneladas de incaparina.

Un trasunto moderno del antiguo curandero o charlatán ambulante, que andaba de pueblo en pueblo vendiendo supuestos medicamentos, difunde hoy el evangelio de la nutrición por las aldeas. Cierta noche encontré a centenares de indígenas apiñados en una plaza, viendo un programa de cintas cinematográficas de noticias y deportes proyectadas sobre una pared desde una camioneta. La función fue seguida de una animada charla acerca de la incaparina, al terminar la cual jóvenes y viejos se apretujaron alrededor del vehículo para trocar su calderilla por la harina para hacer el nuevo atole.

Criaturas que han llegado a un avanzado estado de pelagra, se reponen con prontitud sorprendente cuando obtienen las proteínas adecuadas. En un hogar de convalecientes de Guatemala he visto pequeños que daban señales de restablecimiento apenas a las tres semanas de seguir un régimen alimenticio a base de incaparina. A las seis u ocho semanas ya estaban totalmente repuestos y listos para volver a casa. Su cabello, que ya crecía oscuro nuevamente, tenía una franja gris, indicadora de los tor-

mentos que habían sufrido antes.

Aunque los estragos de la pelagra, fácilmente identificables, son ya por sí solos bastante trágicos, los médicos han descubierto que las muertes causadas por otras enfermedades, incluso la tuberculosis y la pulmonía, están íntimamente relacionadas con la falta de proteínas, hecho que no consta en las estadísticas demográficas oficiales. El elevado índice de defunciones causadas por el sarampión y otras enfermedades contagiosas se ha visto considerablemente reducido en las aldeas guatemaltecas donde se ha introducido el uso de esta harina.

La incaparina habrá de contribuir también al aumento de los ingresos familiares al elevar la capacidad de producción del trabajador adulto. La Organización para la Alimentación y la Agricultura de las Naciones Unidas (FAO) informó en un estudio reciente que los trabajadores de las regiones subdesarrolladas se adaptan al régimen de bajo valor proteínico evitando hacer grandes esfuerzos, lo que explica sus indolentes hábitos de trabajo. Millones de estas personas, pese a la ausencia de señales externas de enfermedad, están vivas sólo a medias. Las proteínas de bajo costo pueden aumentar su productividad, lo cual les dará cierta prosperidad al mismo tiempo que buena salud.

Se calcula que, hacia el invierno de 1962-1963, unos 10.000 niños guatemaltecos estaban recibiendo por primera vez, gracias al nuevo alimento, una dieta proteínica adecua-

da. Juntamente con sus tradicionales tortillas, legumbres y frutas, éste les suministra el régimen alimenticio propio para desarrollarse. La distribución de la incaparina está ya en marcha en El Salvador, y van muy adelantados los planes para lanzarla al mercado en Honduras, Costa Rica y Panamá.

Fuera de los dominios del INCAP, la compañía Quaker Oats ha introducido la harina en Colombia, y espera ofrecerla pronto en Venezuela (en ambos casos, sin reservarse ganancia alguna). También se está ensayando un alimento semejante en la Argentina. En marzo del año pasado, una empresa oficial del gobierno de México empezó a distribuir una primera partida de 12 toneladas de incaparina para aliviar la escasez de víveres causada

en cierta región por la sequía. Para asegurar la uniforme calidad de la preparación, en cada país elaboran la harina empresas que trabajan con licencia del INCAP.

Los creadores de este tipo de alimento explican que puede adaptarse a las necesidades de cualquier pueblo del mundo, pues la fórmula es susceptible de variación. El principio básico es que se haga con las cosechas disponibles en cada lugar. Actualmente se están probando ya muchas mezclas vegetales de costo económico. En Indonesia se ha obtenido algún éxito con una fórmula llamada "saridele", y en África está encontrando buena acogida un alimento llamado "pro-nutro". Tales alimentos nuevos pueden salvar de la inanición a millones de seres humanos.



Oportunistas

EL SEÑOR Herman Grimhofer, de Wabash (Rhode Island), se quedó atrapado durante cuatro horas en un ascensor. Al salir, le había vendido al ascensorista un Cadillac, modelo 1963. — M. S.

AL RETIRARSE como presidente de la cadena de televisoras norteamericanas ABC, Ollie Treyz suprimió el programa "Intriga en Hawaii" de la temporada 1962-1963; era su último acto oficial en la empresa. Luego fue nombrado vicepresidente de la compañía Warner Brothers, a cargo del departamento de televisión. Ya allí uno de sus primeros actos oficiales fue vender a la ABC el programa "Intriga en Hawaii" para la temporada 1962-1963. — D. J.

PRENDIDO al parabrisas de su automóvil un londinense halló el siguiente recado, escrito en papel con membrete de una funeraria: "Está usted estacionado frente a la salida de nuestros autos. Nos agrada- ría mucho poder serle pronto de utilidad". — UPI

Receta para recobrar
la alegría de vivir

Renovarse es vivir

Condensado de un discurso de John Gardner
*Presidente de la Corporación Carnegie, de Nueva York, y
de la Fundación Carnegie para el Progreso de la Enseñanza*

No sólo es lo más difícil conocerse a sí mismo, sino también lo más inconveniente", dijo en alguna ocasión cierto gracioso filósofo. El hombre ha apelado siempre a una gran diversidad de trucos ingeniosos para huir de sí mismo. Hoy podemos mantenernos tan ocupados, llenar nuestra vida con tantas diversiones, atiborrarnos la cabeza de tantos conocimientos y complicarnos con tantas personas, que jamás nos queda tiempo para sondear nuestro terrible y prodigioso mundo interior. Es más: ni siquiera queremos intentarlo.

Sin embargo, la antigua máxima "Conócete a ti mismo", tan engañosamente sencilla, adquiere mayor significado a medida que vamos aprendiendo más acerca de la naturaleza humana. La investigación en los campos de la sicología y la

siquiatría nos ha revelado cuán íntimamente ligada está la salud mental con un concepto razonablemente objetivo del "yo", con la accesibilidad del yo a la conciencia, y con la aceptación del yo.

Hombres y mujeres que han llegado a convertirse en extraños para sí mismos, no pueden ya volverse en busca de apoyo a la fuente de su propio ser: han perdido la aptitud para la auto-renovación. Suele ocurrir a veces que alguna de las grandes mudanzas de la vida —el matrimonio, el traslado a otra ciudad, un cambio de empleo— rompe el acostumbrado ritmo de nuestro existir y nos revela súbitamente cuánto nos había aprisionado la cómoda red que habíamos tejido en torno a nosotros mismos. Fue experiencia característica durante la segunda guerra mundial que hom-

bres y mujeres, obligados a alterar su manera de vivir, descubrieran en sí mismos recursos y capacidades cuya existencia ni siquiera sospechaban. ¡Qué ironía que se necesitara de la guerra y el desastre para operar una auto-renovación!

Ahora bien, la propia renovación no se mide por el volumen de las experiencias nuevas, ni por el número de nuevos intereses, ni por ningún otro índice de mera actividad. No cometamos ese error. Ya es mucho lo que nos inclinamos a ahogar nuestras ansiedades en un torbellino de trabajo que acometemos sólo por mantenernos materialmente ocupados. En el ambiente normal de cada uno hay suficiente profundidad y variedad de experiencia humana, suficiente complejidad de humana interacción, para exigir más y más de nuestra mente y nuestro espíritu. Tal variedad y tal complejidad existen siempre que uno posea el don de investigar su propio universo individual con mirada clara y mente despierta.

¿Por qué algunos individuos son capaces de renovarse a sí mismos, mientras que otros no lo son? Nadie lo sabe; pero poseemos claves importantes sobre lo que podríamos hacer para fomentar este paso.

Mantengamos horizontes amplios. Los individuos que saben auto-renovarse poseen variadas aptitudes y la virtud de la adaptabilidad. No se dejan atrapar en los procedimientos y rutinas del momento ni esclavizar por hábitos y actitudes. Con el correr de los años, casi

todos vamos estrechando progresivamente nuestros horizontes y la variedad de nuestra vida. De todas las empresas que podríamos acometer, nos dedicamos tan sólo a unas pocas. De todas las personas con quienes podríamos mantener relaciones, escogemos un corto número. Nuestras opiniones se petrifican y nuestras ideas se congelan. Quizá todo esto sea parte inevitable del vivir, mas es también una especie de prisión. La limitación selectiva de hábitos y actitudes se extiende a todos los aspectos de nuestra vida. Las cosas familiares que nos rodean atraen nuestra atención cada vez menos. He ahí por qué el viajar suele causar tan vívida impresión. Nos saca de nuestra apatía, renueva nuestra pureza de percepción y recobramos en cierto modo la impoluta conciencia de las cosas propia de niños y artistas.

Gran parte de la educación actual es evidentemente ineficaz para enseñarnos el arte de la propia renovación. Con demasiada frecuencia no hacemos sino dar a los jóvenes flores cortadas, cuando deberíamos enseñarles a cultivar las plantas por sí mismos. Les llenamos la cabeza con los productos de pasadas innovaciones en vez de enseñarles a innovar.

Cultivemos nuestro potencial. La mayor parte de los seres humanos pasan por la vida sin darse cuenta sino a medias de la totalidad de las aptitudes que poseen.

El cultivo de estas aptitudes constituye, por lo menos en parte, un

diálogo entre el individuo y el ambiente que le rodea. Cualquier chiquillo que tenga verdadera aptitud para manejar los puños probablemente lo descubrirá bien pronto; y la niñita que posea la facultad de encantar a los mayores no tardará en darse cuenta de ese don. La mayoría de nuestras habilidades, sin embargo, no se manifiestan de manera tan espontánea, y casi todos estamos dotados de potencialidades que nunca se han desarrollado por la sencilla razón de que las circunstancias comunes de nuestra vida no lo han exigido.

Con todo, la exploración de nuestras potencialidades no es cosa que haya por qué dejar a los azares de la vida. Se puede emprender sistemáticamente, o por lo menos con ahínco, hasta el fin de nuestros días.

Arriesguémonos a fracasar. Aprender tiene sus riesgos. En la infancia, cuando el niño está aprendiendo con rapidez verdaderamente fenomenal, está sufriendo al mismo tiempo un número devastador de reveses. Obsérvense las cosas innumerables que emprende y qué poco lo descorazonan los descabros; mas con el paso de los años irá disminuyendo su despreocupación ante el fracaso. Al llegar a la madurez de la edad llevamos en la cabeza un copioso catálogo de las cosas que no tenemos intención alguna de ensayar de nuevo porque ya una vez las intentamos sin éxito. Además, tendemos, cada vez con más frecuencia, a evitar hacer aque-

llo que nunca hemos ensayado.

Este temor del fracaso impide la exploración y la experimentación, y asegura la progresiva limitación de nuestra personalidad. Para seguir aprendiendo y madurando, tenemos que seguir exponiéndonos al fracaso... toda la vida.

Obremos según nuestras convicciones. Los muros que nos van encerrando a medida que envejecemos son en realidad como los muros de un canal. A fin de escapar de estos canales de menor resistencia se requiere un impulso adicional, un entusiasmo suplementario, una nueva energía. ¿Es posible fomentar deliberadamente las propias energías y móviles? *Tal vez.*

Son del conocimiento general las sorprendentes fuentes de energía que parecen estar a la disposición de aquellos que se gozan en su trabajo o encuentran de trascendencia lo que están haciendo. Desde luego que no todos podemos dedicar todo nuestro tiempo al objeto de nuestras más caras convicciones; pero todos, ya sea en el ejercicio de la profesión, o en la vida del hogar, o en las actividades que ocupan parte de nuestro tiempo, deberíamos hacer algo que nos interese profundamente, alguna cosa, por pequeña que sea, a la cual podamos aplicarnos con ardiente fe. Y si es que deseamos escapar de la prisión del yo, ha de ser algo de naturaleza no esencialmente egocéntrica.

Si queremos volver a la fuente de nuestra propia vitalidad, vivificarnos y renovarnos, atravesemos los

falsos frentes de la vida y tratemos de comprender cuáles son las cosas que verdaderamente nos interesan y a las cuales podemos dedicarnos con entusiasmo.

Vale la pena recordar al mitológico gigante Anteo, que en la lucha era invencible mientras permaneciera en contacto con la tierra. El hombre moderno, en nuestra civilización intrincadamente organizada y recargada de palabrería, va tejiendo una red de abstracciones verbales y numéricas que acaba por aprisionarlo. Cuerdo es abrirse paso por entre tales abstracciones y artificialidades y volver periódicamente al suelo firme de la experiencia directa: al contacto directo con la naturaleza, a las relaciones cara a cara con el prójimo, a hacer algu-

na cosa con nuestras propias manos.

El amor y la amistad. Es característica de las personas capaces de renovarse a sí mismas mantener con los demás relaciones mutuamente beneficiosas. Poseen la aptitud de prodigar amor y asimismo de aceptarlo, cosas ambas más difíciles de lo que comúnmente se cree. Las alegrías y sinsabores de los que amamos son parte de nuestra propia experiencia, y ello enriquece nuestra vida. Hay, con todo, una más dilatada consecuencia: el amor y la amistad disuelven las rigideces del yo aislado y abren por fuerza nuevas perspectivas. Mantienen en buen estado de funcionamiento el substrato emocional en que ha de basarse toda profunda comprensión de las cosas humanas.



Tenorios

NUESTRO hijo de quince años se acercó a una chica amiga suya con ademán de encerrar algo entre las manos.

—Si adivinas qué tengo aquí —le dijo— te invitaré al cine esta noche.

—¿Un elefante? —preguntó la chica.

—No —contestó el muchacho—; pero, en fin, por poco te quemas. Vendré a buscarte a las 7:30.

—E. A. T.

UN DÍA, durante la hora del almuerzo, comenté con el jefe de personal que en mi sección no trabajaba ninguna muchacha bonita. Esa tarde una chica muy guapa me trajo un sobre marcado: "Urgente". Adentro había un papel que decía: "¿Qué me dices de ésta?"

—R. G.

EN UNA cantina, cierto tipo calavera, gordo y calvo, cuya mole se alza por encima del mostrador, dice a la rubia cautivadora sentada a su lado: "En realidad no soy tan alto como parece... Es que estoy sentado sobre mi billetera"

—O. P. N.



En la región de la aurora boreal

POR BEN LUCIEN BURMAN

Condensado de "It's a Big Continent"

En los confines del círculo ártico, en una de las más inhóspitas regiones del mundo, habitan hombres cuya satisfacción estriba en hacer frente al rigor del medio en que viven.

SEMEJANTE a enormes rizos de algodón, la niebla iba subiendo desde los hielos árticos. A los pocos segundos nuestro pequeño avión volaba a ciegas por entre aquella humosa cortina. Mike, el piloto de atusados bigotes y mirada alegre, tiró de los mandos a tiempo que decía:

—Ni esperanza de llegar a Tuk

Tuk. Probaremos a quedarnos en la Factoría Ballenera de los esquimales. Debe estar aquí, debajo de nosotros. ¡Con tal que podamos verla en esta neblina...!

—En el Norte hay que tomar las cosas según vienen —apuntó Red, el trampero de jovial humor y barba reñida con la navaja—. Al fin y al cabo, ya en dos ocasiones he tenido que comerme a los perros de mi trineo para llegar a mi destino.

El avión empezó a dar vueltas en torno al invisible punto de aterrizaje.

—Los esquimales son estupendos —comentó Angus, el ingeniero del Estado, hombre cordial que tenía un no sé qué de amigable oso rubio—. Ya se darán ustedes cuenta, si vivimos. Conozco uno, dueño de una tiendecilla de por aquí, que no sabe leer ni escribir, pero tiene una máquina de escribir y ha aprendido a cotejar las letras de su máquina con las que aparecen en los rótulos de las cajas en que le mandan la mercancía. Así pues, cuando envía uno de sus pedidos a la Hudson Bay Co., irá escrito de esta manera: "2 cajas —Este lado arriba", "3 cajas —Hecho en Inglaterra", "1 caja —Frágil".

Seguía rodeando el avión cuando se abrió un pequeño claro entre la niebla, y alcancé a ver allá abajo una tabla de agua. Como alcastraz hacia el pez lanzó Mike el avión "perforando" la niebla, y a poco nos acercábamos a la ancha superficie de un río. Era el extremo del delta del Mackenzie, caudaloso río del

Canadá, en el punto en que desemboca en el océano Glacial Ártico, región de las más agrestes y desamparadas que hay en la Tierra.

El avión se posó en el agua rozándola apenas, se deslizó a lo largo de la orilla frente a la docena de tristes tiendas que allí se alzaban y luego tomó tierra. Nos hallábamos a unos 320 kilómetros al norte del círculo polar ártico. Tres o cuatro risueños esquimales que vestían *parkas* de vistosos colores acudieron presurosos a hacer firmes las amarras. En seguida comprendí por qué llaman a este lugar Factoría Ballenera. Arrimada a la orilla yacía lo que me pareció una ballena blanca de seis metros de largo, aunque en realidad era una enorme marsopa recién arponeada en la bahía vecina. Grupos de esquimales estaban cortando en trozos partes del cuerpo del colosal cetáceo y derritiendo la grasa en un caldero suspendido encima de una fogata. Aquí y allá había niños saboreando el *muktuk*, porción de la cola de los cetáceos que es para los esquimales bocado exquisito.

Dimos una vuelta por el pequeño poblado. Dondequiera, atados frente a las viviendas, había perros, animales que en esta región del Norte son indispensables como bestias de tiro; todo el transporte depende de ellos en los meses de invierno. En la época del año en que el mar, los ríos y los lagos están helados, el esquimal preferiría pasar hambre con su familia antes que privar de alimento a los perros,

sin los cuales no podría visitar sus trampas ni tampoco ir a caza del oso blanco o del caribú.

Entramos en una de las tiendas, cuyo único menaje consistía en unos pocos y viejos utensilios de cocina. Un esquimal ya entrado en años y su hijo, que estaban sentados en el suelo remendando una red, suspendieron al punto el trabajo para atendernos. La agraciada y sonriente esposa del hijo nos sirvió a todos el té.

A petición mía el padre se prestó a tejer algunas de las sorprendentes figuras de cordel que han hecho famosos a los esquimales. El origen de éstas se remonta al de los mismos esquimales: son tal vez una de las primeras representaciones de imágenes en movimiento que ha ideado el hombre. Yo observaba fascinado la manera como el esquimal iba disponiendo el hilo entre los pulgares y los otros dedos de ambas manos, como en el juego de la cuna. En el hilo entrecruzado hizo aparecer, en rápida sucesión, figuras de hombre o de animal a las que hacía

moverse mediante hábiles manipulaciones, en tanto anunciaba: "Esta es una vieja acarreando leña"; "Estos son dos muchachos a los que un oso blanco persigue hasta la entrada del *iglú*. El primero consigue escapar, pero al otro lo agarra el oso por el talón".

Otros esquimales se nos reunieron, y les oí contar sus leyendas de las regiones árticas. Hablaron del "blaqueón", ese curioso y hasta ahora no explicado fenómeno que hace que, aun a pleno sol, no pueda uno ver a un metro de distancia, en tanto que la tierra cubierta de hielos cobra el aspecto de una bóveda de blancura azulina que emite una luz azulada. Relataron episodios reveladores de increíbles penalidades; supe de esquimales que pasan días y días en témpanos de hielo arrasados a la deriva, o se ven precisados a quemar, por falta de otro combustible, sus mocasines, sus abrigo de piel de caribú y otras ropas.

—Son gente recia de verdad estos esquimales —dijo Mike cuando sa-



limos de la vivienda—. A uno de ellos se le gangrenó una pierna después de habersele congelado, y se la amputó él mismo. Logró al fin llegar a poblado y se fabricó una pierna de palo. Poco tiempo después, como se hallara perdido en la tundra sin modo de procurarse leña o musgo seco con que prender una fogata para no morir de frío, echó mano al cuchillo y de su pierna de palo hizo astillas para encender lumbre.

Angus, tan jovial de costumbre, observó seriamente:

—No hay vida más dura que la del esquimal. Con razón no hay en su lenguaje palabra que signifique comodidad. No tiene idea alguna de lo que eso es. Tampoco las hay que expresen voluntad o resolución. Lo más que el esquimal alcanza a decir es: "Haré cuanto pueda". Como el tiempo puede ser terrible, o bien imposible de prever, se abstienen de prometer cosa alguna. A pesar de todo, los esquimales viven felices.

Mike echó una ojeada al cielo, sacudió la cabeza y afirmó:

—Imposible seguir viaje a Tuk Tuk. Tendremos que volvernos a Inuvik—. Con extraordinario cuidado examinó la brújula, diciendo—: Importa mucho estar seguros del rumbo. Nos hallamos cerca del polo magnético y la aguja pudiera desviarse hasta 45 grados.

A poco avistamos frente a nosotros, en el delta del río, casas multicolores dispuestas en amplio círculo. Nos hallábamos de vuelta en

Inuvik, la nueva capital ártica, calificada de "milagro del ártico".

Allí el gobierno del Canadá levantaba una pequeña ciudad para fomentar el desarrollo de la inmensa riqueza mineral oculta bajo la superficie de las yermas extensiones árticas. En las recién construidas calles que se extienden en todas direcciones álzanse abigarradas casas de habitación y edificios de oficinas asentados sobre elevados pilotes. Es esta una ciudad en zancos. Aquí y allá largas cañerías lanzaban chorros de vapor para derretir el suelo perennemente helado y así poder hundir más pilotes que sostendrán otras nuevas edificaciones.

A lo largo de cada construcción, corre, semejante a gruesa serpiente de metal, el llamado *utilador*, del cual depende la existencia de la población durante el invierno. Dentro de la cubierta metálica de esta serpiente, procedentes de una central eléctrica, se hallan las cañerías de abastecimiento de agua; las del alcantarillado; y las del agua caliente para los caloríferos. Mediante esta triple e ingeniosa combinación, el calor de las tuberías de estos últimos evita que las del agua y el alcantarillado se congelen. El *utilador*, que circunda la ciudad, me trajo a las mentes esas estacadas con que los habitantes de algunas aldeas africanas las resguardan de los leones. En Inuvik los habitantes han de resguardarse de un enemigo más temible y fiero que el león: el frío ártico.

A la mañana siguiente, en tanto

que Mike hablaba por radio con Tuk Tuk para informarse del estado del tiempo, entablé conversación con dos guardias de la Real Policía Montada canadiense.

—Los más de los esquimales son extraordinariamente honrados —me dijo uno de ellos—. Hace pocos años una partida de 30 esquimales se vio sorprendida por una tempestad de nieve. Iba al frente de la partida un joven. Al cabo de dos días de luchar con la borrasca, una anciana, la suegra del joven, manifestó que no tenía alientos para dar un paso más y pidió que la abandonasen a su suerte. Hacerlo así en casos semejantes es lo que acostumbran los esquimales, ya que si los demás no siguieran su camino, perecerían todos. Pero el cariño que profesaba a la anciana hizo que el joven se opusiese a dejarla abandonada, hasta que vio que no habría otro recurso. Sólo entonces, conforme a la costumbre esquimal, a petición de ella misma, le dio muerte para que no quedase aún con vida a merced de los lobos.

Aspiró el guardia, pensativo, el humo de su pipa, y continuó:

—Como ante la ley ese joven era reo de homicidio, despachamos un guardia a prenderlo. Convino el joven desde luego en que había dado muerte a la anciana y emprendió el regreso con el guardia. Durante el viaje cayó éste enfermo de neumonía. El joven esquimal lo asistió solícitamente, logró salvarle la vida y después de varias semanas de viaje en trineo de perros, lo trajo a la

jefatura y allí se entregó para ser juzgado por homicidio. El juez sentenció que la ley esquimal era anterior a la ley del hombre blanco, y dejó en libertad al acusado.

En esto Mike asomó a la portezuela del avión.

—Parece que aclarará el tiempo —anunció—. Probemos suerte.

Por kilómetros y kilómetros voló el avión entre la humosa negrura de la bruma, y de pronto salimos al espacio inundado de sol. Divisamos a lo lejos a Tuk Tuk, la población más grande que hay en esta región de la costa ártica en muchos kilómetros a la redonda. Cuenta 12 habitantes de raza blanca y 250 esquimales.

Mike había llevado el avión hasta la pista en lento vuelo circular.

—Esto es el confín del mundo —nos dijo—. Les parecerá increíble, pero aquí se mezclan todas las razas humanas. Los buques balleneros, que han frecuentado estas costas desde hace tiempo, traían de todos los puertos, hasta de los del Pacífico Sur, tripulaciones embarcadas por engaño o a viva fuerza.

En la tienda de la Hudson Bay Co., atestada de esquimales, pude observar la influencia de las tripulaciones balleneras. A algunos de esos esquimales pelirrojos y de mejillas encarnadas se les habría tomado por ingleses o escoceses; en otros, la tez morena recordaba a los habitantes del Mediterráneo; otros más tenían el cabello lanudo y encrespado de los polinesios de las islas Fiji.

Llevando por guía a un joven es-

quimal me embarqué en una canoa a motor para ir a conocer el asentamiento veraniego de esquimales situado a lo largo de la orilla de la anchurosa bahía. En la tienda que visité había tres joviales abuelos con los cuales estuve cambiando opiniones acerca de su mundo y el mío, tan diversos el uno del otro que bien hubiera podido creerse que acababa yo de llegar de la Luna. Les pregunté si querían tejer en mi presencia algunas figuras. En poco tiempo uno de ellos hizo una figura que me dejó en suspenso, sin poder dar crédito a lo que veían mis ojos, hasta que el joven guía anunció: —Elefante viejo.

Era en realidad una magnífica representación de uno de los paquidermos de enormes colmillos que había yo visto en las selvas de África. Pero ¿cómo era posible que tuviese noticia de ellos un esquimal de estas regiones? El guía explicó:

—Dice el abuelo que él aprendió a hacer esa figura desde que era niño, que su padre la tejía también, como la tejía su abuelo y el padre de su abuelo, y así muchos más desde que existe el pueblo esquimal.

No fue menester más para que yo entendiese que tenía a la vista la representación de un mamut de esos que miles y miles de años atrás vagarían por la tundra boreal. No ignoraba yo que se han encontrado huesos de mamut en varios lugares de la región en que me hallaba; y que bajo los hielos de Siberia se han descubierto ejemplares enteros de mamut perfectamente conserva-

dos. Jamás sabré si la figura de mamut tejida por el anciano era resultado de la impresión que dejó siglos atrás en algún imaginativo esquimal la vista de uno de esos elefantes fósiles, o si me hallaba en presencia del prehistórico recuerdo de alguna tribu y así había penetrado yo por un momento el velo del período glacial.

Mike irrumpió en la tienda y me dijo:

—La niebla se nos viene encima. Hay que despegar cuanto antes.

Al arrancar el avión, una media docena de esquimales, entre hombres y mujeres, nos despedía con efusivos ademanes. Pensé en los rigores del frío, en las cortantes ráfagas del viento; en las diversas penalidades que han de sufrir los esquimales. ¡Cuán vario y extraño es el destino humano! Ahí, en lo que tal vez sea la región más inclemente de la tierra, habita uno de los pueblos más felices del mundo.

Había empezado a resplandecer en el cielo la aurora boreal. Sus flameantes rayos, avanzando y retrocediendo en cambiantes formas, semejaban una fantástica danza, obra de algún coreógrafo sin par. Y comprendí por qué los esquimales dicen que es esa la danza de los Grandes Espíritus. Difícilmente habrá hombre alguno que ante ese alucinador espectáculo deje de sentir el estremecimiento del Más Allá que nos asalta en estas comarcas, las más desiertas del planeta.

Es símbolo viviente del misterio de las regiones árticas. ❧ ❧

así las hace **LA NEGRA**



BUDIN DE CABALLA

Mezclar la salsa blanca con el contenido de la lata de caballa. Unir bien y añadir la salsa ketchup y los huevos. Exprimir las espinacas y picarlas pan rallado un molde alargado. Intercalar capas de la preparación de la caballa con la de espinacas, hasta llenarlo. Cocer a baño de María, con horno moderado durante 45 minutos. Desmoldar y presentar decorado con los triángulos de pan.



PARA 6 COMENSALES

INGREDIENTES: 1/2 l. salsa blanca espesa, bien condimentada - 1 lata caballa al natural LA NEGRA - 3 cucharadas salsa ketchup - 3 huevos batidos - pan rallado - manteca - 1 lata espinacas LA NEGRA - triángulos pan tostado.

CROQUETITAS DE CABALLA

Desmenuzar la caballa, agregar las papas, la mostaza, el perejil y la yema. Sazonar a gusto. Tomar pequeñas porciones, dándoles forma redonda, pasar por el huevo batido y por el pan rallado. Freír en aceite caliente.

SUGERENCIA PRACTICA:
La caballa puede sustituirse por sardinas al natural LA NEGRA.



PARA 6 COMENSALES

INGREDIENTES: 1 lata caballa al natural LA NEGRA - 3 papas hervidas y tamizadas - 1 cucharadita mostaza - 1 yema - 1 cucharadita perejil picado - 1 huevo - pan rallado - aceite para freír.

..Y 1000 PLATOS MAS, FRIOS Y CALIENTES

**CABALLA
SARDINAS
Y ATUN**

EN ACEITE, EN SALSA Y AL NATURAL



GRATIS PIDA EL RECETARIO DE
COCINA ARGENTINA **LA NEGRA**

CASILLA CORREO 1240 - CORREO CENTRAL

NOMBRE

DIRECCION

LOCALIDAD

SE1

Hemos marcado estelas de alegría durante 57 años...¿No le parece que ya es hora de reunirse con nosotros? El distribuidor Evinrude le dirá cómo empezar su diversión con nuestro

...poder de experiencia

Cada una de las 17 unidades de la línea Evinrude de potencia equilibrada para 1964 lleva una garantía de 2 años en repuestos y mano de obra.



EVINRUDE

OUTBOARD MARINE INTERNATIONAL · NASSAU, BAHAMAS · BRUGES, BELGIUM 

Citas citables

Lo más difícil de dominar es: el vino, la mujer y el canto . . . en el orden dicho.

— F. P. A.

EL OBJETO principal de la educación no es enseñarnos a ganar el pan, sino hacernos más agradable cada bocado.

— J. A.

CUANDO todo tiene que salir bien, algo anda mal.

— Stanislaw Lee, en *Unkempt Thoughts*

TAL VEZ no hay más que un pecado capital: la impaciencia. Por impaciente, el hombre fue arrojado del Paraíso, y por impacientes, nos es imposible volver a él.

— Franz Kafka

QUIZÁ el progreso haya sido cosa excelente en otro tiempo, pero ya se ha prolongado más de la cuenta.

— Ogden Nash, en *Everyone But Thee and Me*

LAS PERSONAS de gran carácter, como los planetas, llevan consigo su propia atmósfera dentro de su propia órbita.

— Tomás Hardy

Los NIÑOS empiezan por hacer preguntas a sus padres, sin atender a las contestaciones que reciben; y acaban por replicar a sus padres sin oír siquiera lo que se les pregunta.

— S. J. H.

Es PREFERIBLE silbar al pasar por un cementerio que cerrar los ojos y lanzar gritos de terror.

— O. P.

LA ESTUPIDEZ es la única defensa eficaz contra la conmoción de una nueva idea.

— Percy Bridgman, en *The Intelligent Individual and Society* (Editores: MacMillan)

Hoy se venden tantas máquinas para ahorrarnos trabajo que, si quisiéramos comprar de todas, trabajaríamos la vida entera para poder pagarlas.

— Reporter, de Silverton (Ohio)

PLEGARIA: "Señor que tanto nos has dado, sé misericordioso y concédenos algo más: un corazón agradecido".

— G. H.



Un mundo de intimidad perfecta... ¡junto a la más moderna dimensión de lo perfecto! El Nuevo Ford Falcon muestra su inconfundible perfil, exaltado por la audaz elegancia del nuevo ángulo del techo. La rica variedad tonal del tapizado enmarca su refinado clima íntimo, armonizando siempre con el color del coche. Ocho hermosos tonos y cuatro combinaciones de dos colores componen la gama en que se presenta el Nuevo Ford Falcon en sus dos modelos: Standard y De Luxe, respaldados también por la famosa garantía 12/20. La mullida alfombra cubre el piso de pared a pared. El nuevo tablero de instrumentos, de original diseño y fácil lectura, destaca su funcional concepto de belleza. Al percibir su sereno desplazamiento... la sensación de poderío que transmite su motor Falcon Special de 101 H.P. y 6 cilindros en línea Carrera Ultracorta... y la admiración que despierta la fina estilización de su línea... ¡usted comprende por qué el Nuevo Ford Falcon es la más expresiva representación de un estilo de vida!

NUEVO FORD FALCON

*un
estilo de vida...*



UN PRODUCTO DE CALIDAD DEL CENTRO DE CALIDAD





Mercaderes de sueños



POR BETH DAY

Adaptado de "Today's Living"

LOS CORREDORES de bienes inmuebles en Europa se mostraron muy dudosos cuando se ofreció a la venta un castillo del siglo XI, edificado en la cima de un monte en la isla de Capri, en el Mediterráneo. Demasiado pequeño para hotel, sólo se prestaba para residencia, y ¿quién podía darse el lujo de pagar 350.000 libras esterlinas por una casa, aunque estuviese alhajada con exquisitos objetos heredados de muchas generaciones? Se pidió ayuda a Previews, agencia internacional de fincas que se jacta de ser capaz de vender cualquier cosa en cualquier parte del mundo.

—Fuimos a Capri a ver el castillo —dice John Tysen, el presidente de la directiva de Previews, que es nacido en París y educado en la Universidad de Cambridge—. Era una verdadera maravilla, pero con un mercado muy limitado. Sin embargo, insistimos.

En pocas semanas se preparó un folleto descriptivo, con ilustraciones

De todo se encargan estos agentes internacionales de bienes raíces: desde una isla inundada de sol hasta una casa en el corazón de Londres; y encuentran que lo que es para éste un "elefante blanco" para aquél puede ser la casa de sus sueños.

del castillo, y se envió a todos los agentes de propiedades inmuebles y a posibles compradores en Norteamérica. Este folleto cayó en manos de un acaudalado hombre de negocios del Oeste Medio; y de ahí a pocos meses, éste y su esposa se hallaban felices instalados en el castillo. Toda la vida habían soñado con tener una residencia como esa.

—Ese matrimonio compró así un estilo de vivir, no simplemente una propiedad —comenta John Tysen—. Y eso es lo que nosotros vendemos con más gusto.

Previews, Inc., que tiene su casa matriz en Nueva York, es una especie de lonja; lleva un catálogo de las fincas que se ofrecen en venta, pero deja la venta misma en manos de agentes locales. Por medio de sus 12 oficinas y 20.000 agentes colaboradores, la compañía pone a los compradores en condiciones de buscar una propiedad en cualquier parte del mundo. Tal busca se efectúa principalmente mediante folletos descriptivos, fotografías, o el gran catálogo de la empresa. "Es el mismo viejo sistema de las ventas por correo", dice Tysen, "sólo que nosotros vendemos casas. En lugar de gastar horas enteras visitando propiedades que no le interesan, el posible comprador escoge en el catálogo y visita únicamente aquellas que puedan interesarle seriamente".

El comprador nada le paga a Previews. El vendedor paga dos por ciento del precio cotizado por adelantado, y cuatro por ciento más al cerrarse la venta. Si se agregan estas comisiones a la corriente que cobran las agencias locales, el costo de la venta resulta elevado, pero un creciente número de clientes aceptan el argumento de que resulta más ventajoso hacer esa inversión para desprenderse del inmueble, que seguir gastando en el mantenimiento de una propiedad que aparentemente nadie desea adquirir.

Aunque la mayor parte de los negocios de la compañía se hacen sobre casas de precio mediano, en realidad vende propiedades de toda clase: desde una diminuta cabaña

de recreo en Francia hasta el palacio de Lorenzo de Médicis; desde un pequeño negocio en el norte de Italia hasta un solar industrial en el Congo. El catálogo incluye islas, castillos en España, casas en el sector aristocrático de Londres, chalets suizos, castillos franceses, y empresas mercantiles tan extrañas como turberas, criaderos de peces y pueblos mineros abandonados.

Para un francés que sentía nostalgia de su tierra nativa, Previews descubrió una alquería normanda en los Estados Unidos, y encontró una legítima casa de Northumberland en el Estado de Nueva Jersey para un anglófilo que estaba pensando en trasplantar una desde Inglaterra, piedra por piedra. También ha hallado residencias para tres reyes: Humberto de Italia, Leopoldo de Bélgica y Faruk de Egipto.

Aunque en Europa la propiedad suele resultar más costosa que en los Estados Unidos, los norteamericanos de ascendencia europea piden a la compañía que les busque para su retiro casas cercanas a sus lugares de origen. Recientemente se puso a la venta el castillo Dromoland, solar de la antiquísima familia irlandesa de O'Brien. Los O'Brien de Carolina del Norte formaron un sindicato para comprarlo . . . pero les ganó por la mano un McDonough de la Virginia Occidental.

La compañía parte del principio de que escoger la casa donde uno va a vivir es una de las decisiones más personales y emotivas de la vida. Sus vendedores se enorgullecen de



El brillante del anillo de compromiso

lleva en sí un mensaje de amor

Los resplandores del brillante del anillo de compromiso traen un mensaje del corazón y hablan de nuestra felicidad y nuestros sueños. Esta bella y perdurable joya, simboliza el amor y se ofrece para conmemorar la promesa matrimonial. Al hablar del comienzo de nuestro amor y de su tierno significado durante todos los años venideros, anuncia a todo el mundo nuestro afecto y devoción.

COMO SE COMPRA UN BRILLANTE. Lo primero y más importante es consultar a un joyero digno de confianza y pedirle consejo en cuanto a color, diafanidad y talla —porque éstos determinan la calidad de los diamantes y contribuyen a su belleza y valor. Elija una piedra fina y siempre sentirá orgullo de poseerla, sea cual fuere su tamaño. Y, como es bien sabido, todo diamante tiene valor perdurable. El tamaño de los diamantes se mide por su peso en puntos y quilates. Un quilate tiene 100 puntos.



25 puntos ($\frac{1}{4}$ de quilate)



50 puntos ($\frac{1}{2}$ quilate)



1 quilate (100 puntos)



Un brillante es para siempre

su habilidad para escogerle a cada uno exactamente lo que le conviene, y en 30 años de experiencia han aprendido que lo que para uno es un "elefante blanco", puede ser para otro la casa de sus sueños. Jean Petit, gerente de la oficina de Previews en la Riviera, no sabía qué hacer con una encantadora villa en la playa de Eze-Bord-de-Mer, entre Niza y Montecarlo, detrás de la cual, desgraciadamente, corría una vía férrea. En eso una dama vino a pedirle ayuda: había comprado una casa en Cap d'Antibes, pero no la dejaban en paz los veraneantes que iban a tomar el almuerzo campesino y a divertirse en su playa. Petit le vendió inmediatamente la quinta de Eze, donde la línea del ferrocarril protegería a la señora contra los turistas; y para la casa de Cap d'Antibes encontró en seguida un propietario más sociable.

A lo largo de los años, Previews ha adquirido un valiosísimo conocimiento de lo que son los gustos y caprichos de los compradores. Cuando están buscando casa nueva suelen mostrarse desconfiados y volubles, y a menudo piden precisamente todo lo contrario de lo que en realidad desean. Los vendedores de Previews tienen su propio modo de ir llevando suavemente al cliente hacia la casa en que en realidad estará más contento. Le muestran docenas de fotos y descripciones de casas en una región determinada y observan los gestos faciales para sacar de ellos alguna clave. Cuando el comprador se enamora de una

propiedad, generalmente telegrafía sus sentimientos mediante un súbito fulgor de la mirada.

—Cuando uno ve que se les ilumina el rostro —dice Tysen— no importa nada lo que le hayan acabado de decir acerca de la propiedad que buscaban. Y hay personas que compran impulsivamente aunque no tenían la intención de buscar casa.

Una señora entró en la oficina de Previews en París llevando en la mano un anuncio de un castillo del Loira, con 14 habitaciones, capilla y naranjal. No había pensado comprar casa, pero acertó a ver el anuncio en una revista que hojeaba mientras le secaban el pelo en el salón de peinados del trasatlántico *France*. "Me dijo que quería ir a comprar el castillo inmediatamente", cuenta Tysen, "y así lo hizo".

Hay otros que venden también impulsivamente. El gerente de Previews en Londres, John Salkeld, compró en 25.000 libras esterlinas una casa en cierto elegante barrio londinense para un cliente a quien la finca empezó a disgustarle aun antes de ocuparla. La tomó otro comprador y gastó 20.000 libras en modernizarla. Terminado el trabajo, resolvió que a él tampoco le gustaba la casa, y Salkeld consiguió un tercer cliente que pagó por ella 32.500 libras. Este nuevo propietario también cambió de opinión antes de mudarse. Salkeld consiguió un cuarto comprador, que pagó 29.500 libras... y está viviendo en la casa.

La calidad del aparato elaborado a mano hace del Zenith el televisor de más venta en E. U. y en Argentina—y la mejor compra para usted!

Nuevo! Exclusivo! Formato valija en un televisor portátil livianito de 19" elaborado a mano. Nunca jamás tanto valor sólido, tanta elegancia en el diseño en un televisor portátil. El chasis elaborado a mano Zenith le ofrece más seguridad en la operación, menos problemas de servicio año tras año. No hay circuitos impresos, ni economías en la fabricación. Todas las conexiones son cuidadosamente alambradas a mano. Y el sintonizador Zenith "Guardián de Oro" le ofrece más larga vida en su televisor y más estabilidad de imagen — aún en áreas marginales y de señal débil. No es de sorprenderse que más y más personas compren Zenith que cualquier otro televisor. Véalos pronto en el local de su agente Zenith!



MODELO L2155
PARA EL 1964

ZENITH®

Fabricados, Distribuidos y Garantizados por **TELESUD, S. A.**

Av. Montes de Oca 2195, Buenos Aires, Argentina. Tel: 21-2139—28-2601

Zenith Radio Corporation, Chicago, U.S.A. Fabricantes de televisores, instrumentos de alta fidelidad estereofónica, tocadiscos y audífonos para sordera. Respaldado por 45 años a la vanguardia en la radiónica exclusivamente.



Omega Constellation, florón de la precisión suiza

Actualmente, Omega produce más cronómetros
que las otras 90 manufacturas
que presentan piezas en las Oficinas Oficiales.

Dotado de una alta precisión. El afán de la perfección técnica preside la creación del Constellation. En primer lugar una perfección técnica maduramente reflexionada y auscultado después por medio de potentes microscopios biniculares, para llegar a las 153 piezas esenciales de la máquina, manipuladas con un tacto de cirujano.

Los hombres que manufacturan el Constellation saben que un error de más de la vigésima parte del espesor de un cabello, sería fatal para la precisión y longevidad de la máquina.

Creado para una larga existencia. Las partes movibles del reloj están pulidas hasta brillar como un espejo y provistas de soportes de rubíes. Todas las piezas de la máquina se limpian mediante inmersiones repetidas en baños ultrasónicos.

Sometido a pruebas. El Constellation tiene que demostrar su alta precisión durante 360 horas de pruebas impuestas por las «Oficinas suizas de control oficial de cronómetros», las cuales aprueba brillantemente ya que su certificado lleva la mención «Resultados sobresalientes», la más alta distinción que pueda obtener un cronómetro.

Entregado a hombres de confianza.

La venta de los Constellation es un privilegio que sólo es otorgado a relojeros especialmente calificados, es decir, a personas que pueden comprender y apreciar el valor de un cronómetro: los relojeros-joyeros Omega.

Rodeado de una atención constante. El servicio mundial Omega se extiende por 129 países. La garantía Omega es honrada internacionalmente en todas partes, durante un año, independientemente del lugar de compra.

Protegido por una memoria infalible. En la máquina del Omega Constellation hay un número grabado; esta cifra constituye el lazo que le une a Vd. y a su reloj con la fábrica Omega en Suiza; un lazo que nada puede romper. Los cuidados infinitos que han presidido la manufactura de su Constellation no conocen fronteras. Nada puede poner obstáculos a la marcha de su Constellation.

También Vd., llevará algún día un Omega.

Todos los cronómetros Omega Constellation son automáticos, impermeables, a prueba de golpes y antimagnéticos. De oro 18 quilates, goldcap (oro y acero) o de acero inoxidable.


OMEGA

El Omega Constellation no necesita que se le dé cuerda. Puede llevarse tanto nadando como jugando al golf. Su calendario es de gran utilidad para fechar cartas y cheques.

"De todas las propiedades que vendemos", dice Tysen, "las islas son las que más llaman la atención, aunque al parecer nadie se acuerda de que en una isla se necesita un bote hasta para ir a buscar el periódico". Esta locura por las islas no reconoce niveles económicos y Previews las ha vendido de todo tamaño y condición, desde "meras jibas de tierra que sobresalen del agua", de un precio de 250 libras, hasta imperios privados de 500.000 libras.

Entre las islas que figuran en la actual lista de la compañía se encuentra el cayo de la bahía de los Niños, un paraíso de 69 hectáreas en el grupo Exuma de las Bahamas, propiedad de los actores Jessica Tandy y Hume Cronyn, que se ofrece por 160.000 libras esterlinas. Aprovechando el interés por las islas, un grupo de hombres de negocios encabezado por el Aga Kan está realizando obras de mejoramiento en la de Cerdeña, y ya otros proyectos análogos se inician en Córcega, Ibiza, las Canarias, las islas griegas y la de Gran Bahama.

El proyecto de construir un túnel o puente a través del canal de la Mancha, tiene a Tysen lleno de entusiasmo. Predice que esa obra traerá un activo comercio en propiedades francesas, italianas y españolas, ya sea como inversión o como lugares de recreo o retiro. "Los ingleses se irán en bandadas a pasar sus fines de semana en sus

propias villas en la Europa continental".

Sostiene que a Europa se le ofrece una gran oportunidad de planear la explotación de lugares apropiados de recreo. "Los Estados Unidos arruinaron los suyos porque permitieron que se explotasen desfavorablemente", dice; "en cambio, en Europa existen inmensas posibilidades para planearlos y organizarlos inteligentemente y con buen gusto". Cree que la próxima región de importancia para veranear será el monte Argentario, hermosa y casi desconocida península que se extiende a 150 kilómetros al norte de Roma y que a la vuelta de pocos años podría convertirse en una nueva Riviera. También le ha puesto el ojo a la bellísima costa del norte de África, no aprovechada aún, desde Marruecos hasta Libia. De esta costa Tysen dice: "Si yo quisiera arriesgar medio millón de libras esterlinas, allí es donde invertiría el dinero".

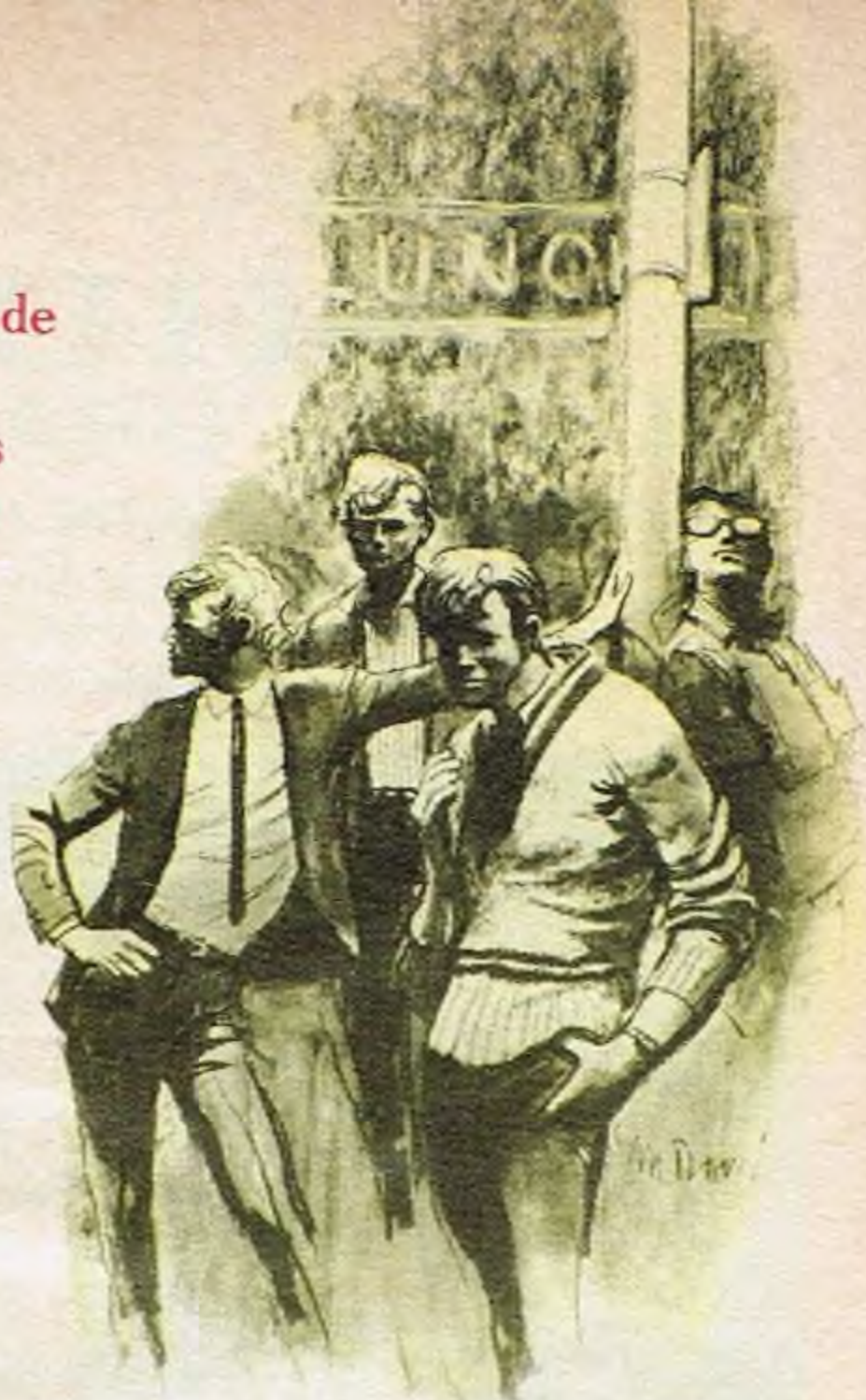
Basándose en la teoría de que no existe propiedad invendible (siempre que uno tenga suficiente imaginación para saber cómo y dónde ofrecerla) Previews vendió hasta la residencia que inspiró a Eric Hodgins su obra *Mr. Blandings construye la casa de sus sueños*. Hodgins estaba tan harto de la casa cuando terminó al fin de hacerla, que pidió a la compañía que le consiguiera un nuevo propietario . . . y otra casa para él.

¿Habremos creado una clase de jóvenes socialmente inmaduros, que viven encolerizados y violentos, convencidos de que nadie los quiere ni los necesita?

La tensa generación de hoy

POR SAMUEL GRAFTON

Condensado de "Look"



EN LA vida del pueblo norteamericano ha surgido recientemente un singular tono de tensión nerviosa, y aun de peligro, como si algún nuevo factor demográfico se hubiera filtrado en los barrios residenciales, que chocara con sus antiguos habitantes y estuviese implacablemente resuelto a demostrar su perversidad. Los padres de familia que vivan en cualquiera de los suburbios habrán advertido que su hijo adolescente deja traslucir cierta vacilación, y hasta temor, cuando se trata de salir solo de noche. Cualquiera mañana se enteran de que a todos los

automóviles dejados fuera la noche anterior en determinada manzana les destrozaron los vidrios de las ventanillas con ayuda de palos de béisbol, o bien que la escuela del distrito ha sido invadida durante el fin de semana y sus aulas han sido anegadas, destrozados sus muebles. Es evidente que algo extraño sucede.

Ya es tiempo de relacionar tales hechos entre sí. En ellos se manifiesta una fuerza nueva, una hostil infra-cultura que viene en aumento y que es imprescindible comprender y combatir antes que sea demasiado tarde. En algunas zonas, sus

BUENO ES EL BRANDY... CUANDO EL BRANDY ES BUENO

SHUMIR BRANDY

AROMA Y SABOR DE SINGULAR PERSONALIDAD

que dicen de la auténtica calidad de este excelente BRANDY SHUMIR, destilado de vinos elaborados con uvas de selección en el propio establecimiento de S.A. Bodegas y Viñedos SANTIAGO GRAFFIGNA LTDA.
FUNDADA EN 1870 - SAN JUAN • En Buenos Aires: Warnes 2218 - Tel. 59-0099



manifestaciones pueden ser relativamente inofensivas: los tapacubos de las ruedas arrancados de los coches aparcados, rotas las antenas de los radiorreceptores de los mismos. En otras, como por ejemplo en algunos de los distritos portuarios al sur de Los Ángeles, al detenerse un automovilista ante la luz roja del semáforo, puede suceder que se abra la puerta y que una mano penetre y arrebate el paquete o la bolsa que está en el asiento. Pero cualquiera que sea la forma que esos hechos adopten, siempre se caracterizan por su hostilidad, por su audacia, por un afán de inútil destrucción.

Pandillas callejeras. Para referirse a los muchachos que se dedican a tales actividades, no hay más remedio que partir de una terrible conclusión: a los 16 años esos muchachos constituyen otros tantos fracasos de la vida estadounidense. Sus bases de operaciones son las esquinas y las aceras, frente a ciertos restaurantes, boleras y droguerías en que se sirven refrescos. En cualquier pueblo o ciudad puede vérselos por la noche en grupos de seis, ocho y hasta veinte chicos y jovenzuelos. Se están allí parados, con la vista clavada en el vacío. Por lo general visten todos de igual manera, muchas veces con chaquetas, pantalones ajustados estrechamente y calcetines blancos. Muchos de ellos usan peinados de alto copete y complicados rizos a contrapelo. Es como si quisieran hacerse fácilmente identificables y se plantaran delante de la gente para lla-

mar su atención y aun escandalizarla.

Cierto es que los muchachos vienen plantándose en las esquinas desde que muchachos y esquinas existen, pero hoy tales reuniones no son casuales. De esas filas de jovenzuelos que canturrean, recostados contra los edificios, la ira y la maldad brotan y se manifiestan en violentos estallidos de característica actividad.

Están a la busca de víctimas. Dos chicos caminan tranquilamente por la calle (esto sucedió hace poco en New Rochelle, Nueva York) y de pronto reciben una paliza terrible sin causa alguna. En una reunión de adolescentes se presentan hasta un centenar de esos jovenzuelos, sin que nadie los haya invitado, entran a la fuerza en la casa, se apoderan de cuanto haya de comer o beber y tal vez golpean a los invitados.

En Miami, otros muchachos semejantes levantan los redondos "hongos" de hormigón usados para señalar las vías del tráfico y los arrojan desde sus automóviles contra los buzones. En St. Louis y sus alrededores, la guerra que esos jovenzuelos libran contra la sociedad toma a veces la forma de salir a la carrera del aparcamiento de algún restaurante y lanzarse por el bulevar Lindbergh a 110 o 120 kilómetros por hora, para sembrar el pánico entre otros automovilistas.

El origen de estas hazañas no está en el buen humor ni en la alegría. El sacerdote Lorence Long, de Rockville Center, en Nueva York,

que tiene larga experiencia en el trato de estos muchachos inadaptados, opina que la soledad y la tensión nerviosa son los rasgos dominantes del clima en que viven.

"Su caso es patético", dice. "Lo que buscan es hacer algo. Por ejemplo, un automóvil llega a algún lugar en que se congregan estos muchachos y el que lo conduce pregunta: *¿Dónde está Fulano?* Se aleja, y a los cinco minutos aparece Fulano, que se marcha en seguida. Y así ambos se persiguen uno al otro por las carreteras durante toda la noche".

Y esas noches no terminan siempre tranquilamente. No hace mucho tiempo varios de esos adolescentes fueron detenidos en la estación ferroviaria de Ossining, en el Estado de Nueva York. Provistos de un buen surtido de armas, entre ellas un hacha y varios revólveres, se habían impuesto la misión de "castigar" a un jovencito de esa ciudad que los había ofendido.

Automovilmanía. Nicolas Suntzeff, director ejecutivo de la Oficina de Servicios Familiares del distrito de Marin, en California, declara: "En nuestra carretera principal pasan muchas cosas que las más de las personas mayores no sospechan siquiera. Es todo un mundo aparte en constante movimiento. El chico que ha provisto a su automóvil de un nuevo escape, va y viene para darse pisto con su artefacto; disminuye la marcha, y en seguida la reanuda a toda velocidad para desafiar a los demás. Entre todos persiguen



Joyas para la dama

Floralia

Admira

Joyas para el caballero

Su joyero tiene un extenso surtido de encantadoras joyas FLORALIA y ADMIRA, de oro macizo, y también de excelente y duradero oro laminado. Joyas distinguidas creadas por RoWi y que, gracias a su artístico estilo, nunca perderán su encanto y atractivo. Cuando vaya a comprarlas,

asegúrese de que lleven nuestra marca de calidad en dorado sobre fondo azul, ¡la marca del contraste, que indica fe en artesanía de alta calidad al precio justo!



Estas joyas son un producto de las fábricas que hacen las mundialmente famosas pulseras de reloj RoWi, marca ELASTO-FIXO y FIXO-FLEX.

luego a un automóvil convertible en que viajan varias jovencitas y tratan de arrastrarlas a participar en la carrera. Hay una especie de vía de información secreta a lo largo del camino, y a menudo los muchachos se enteran de que algo está ocurriendo a veintitantos kilómetros de allí y se lanzan al lugar como centellas.

"Para el muchacho adolescente ya más crecido", añade, "un automóvil tiene gran importancia, sobre todo si ha fracasado en la escuela o en la busca de un empleo. El auto representa dominio, velocidad, poder. Significa que él puede correr más rápidamente que quienes se creen mejores que él. Un arma le proporciona la misma sensación. Así ocurre que la policía detiene a veces a un chico que va a excesiva velocidad y descubre que lleva un revólver".

Bebidas y chicas. El beber parece ser casi obligatorio para tales muchachos. Se comprenderán mejor muchos de los actos de esta tensa generación si se observa que son obra de jovencitos ebrios. Para comprar bebidas alcohólicas, muchos chicos recurren a tarjetas de identidad falsificadas, en que se les asigna una mayor edad, o bien las compran por conducto de personas mayores, o de muchachas vestidas de forma que parezcan tener más edad. El ansia de proveerse de bebidas es el principal motivo de esa nueva costumbre de "colarse" en las fiestas.

Los impulsos sexuales desempe-



**Saludablemente
hermosos...
SIN CASPA!**

CLINIC, el más moderno y efectivo champú anticapa —con TCC—, ahora también en TAMAÑO FAMILIAR! Un envase ideal y realmente económico. CHAMPU CLINIC brinda al cabello de toda la familia una perfecta limpieza, eliminando y previniendo la caspa, permitiéndole lucir dócil, hermoso, fácil de peinar y agradablemente perfumado.

Para Ud. y toda su familia... CLINIC TAMAÑO FAMILIAR!



da una
limpieza única

libre de caspa!

ñan, desde luego, un papel considerable en esta infra-cultura. Como dicen los especialistas en cuestiones sociales: "Buscad a los muchachos y no lejos encontraréis a las chicas". A veces los investigadores encuentran un grupo de jovencitos con una sola muchacha que los acompaña e incluso los incita a hacer algo. "En un grupo así, una chica puede ser reina", dice un experto de Los Ángeles, "y esta forma de prestigio social es lo que la impulsa."

La proporción de chicas que se malean en la adolescencia es menor que la de varones (una muchacha por cada cuatro de éstos, según se calcula), pero mientras los jóvenes pueden elegir entre muy variadas actividades antisociales (conducir el coche a toda velocidad, darse a la bebida, a las drogas, a pelear, al robo), las muchachas casi siempre dan a su actitud de rebeldía una forma sexual. "Por eso", manifiesta Yvonne Giroux, directora ejecutiva de la Oficina de Servicios Familiares de la zona de Los Ángeles, "las consecuencias son, a la larga, mucho más perjudiciales para la chica que para el muchacho. A aquélla le resulta más difícil escapar de ese ambiente".

"Exceso de equipaje". ¿Quiénes son los jóvenes que se dedican a esta extraña existencia? El juez Albert Woldman, presidente del Tribunal de Menores del distrito de Cuyahoga en Cleveland, Ohio, nos da una alarmante contestación. "Esos jóvenes constituyen el exceso de equipaje de la sociedad", dice.

No se trata de los delincuentes juveniles ya bien definidos, sino de un grupo completamente nuevo, en el cual muchos son hijos de familias pudientes. La aplicación, en los últimos años, de más severos requisitos para el ingreso en los institutos y las universidades, ha hecho intolerable el estudio a quienes se sienten incapaces de alcanzar el éxito en ellos. Éstos abandonan las aulas y descubren que tampoco tienen cabida en el mundo de los negocios... ni siquiera como ascensoristas o encargados de empujar los bolos en las boleras, pues la automatización ha suprimido esos puestos. "Es una enfermedad social ocasionada por el progreso", agrega el magistrado.

"Muy superficial es la ayuda psicológica que muchos de esos jóvenes, sobre todo en los suburbios de gente acomodada, pueden brindarse unos a otros", dice Gareth Hill, investigador social de la Asociación de Servicios Familiares de Palo Alto y Los Altos, en California. "No pueden dar expresión a sus más profundas preocupaciones, tales como la de pertenecer al núcleo más eminente de la ciudad en que viven, conscientes como están de que nunca van a realizar su deseo".

Algunos de esos muchachos se encierran en sí mismos. Para un joven así, una motocicleta puede llegar a constituir lo único que vale la pena en la vida. Otros permanecerán en el hogar, entregados a una vida de ocio, o tal vez a los estupefacientes o los narcóticos. "Se juzgan heridos

en su propia estimación", añade Hill. "Sienten profunda aversión de sí mismos".

Visto a distancia, el "guapo" de esquina o de colegio, con su caprichoso peinado y su estudiado gesto de desdén, es una figura repulsiva, pero de cerca, y en cuanto se le conoce un poco, causa pena y compasión.

Trabajo para los jóvenes. La situación reclama a gritos que se encuentre trabajo para ellos. Más de un millón de jóvenes norteamericanos menores de 20 años que han abandonado los estudios no tienen literalmente nada que hacer. Una cuarta parte de los desocupados de los Estados Unidos son muchachos, aunque éstos sólo representan una octava parte del total de personas en condiciones de trabajar, y el problema empeora ahora que los llamados "hijos de la guerra" alcanzan ya aquella edad. Cerca de la mitad de los desocupados jóvenes abandonaron la escuela para trabajar. Según Willard Wirtz, secretario del Trabajo de los Estados Unidos, el desempleo entre los adolescentes "podría convertirse en uno de los problemas sociales más explosivos en la historia de la nación".

Es muy duro necesitar empleo y no hallarlo. Sin embargo, el joven que ha sido criado conforme a buenos principios morales, no por aquella razón da en golpear a otras personas, tomar estupefacientes, derribar losas funerarias, ni seducir jovencitas. Las circunstancias indican que a menudo existen empleos disponibles, pero que muchos de

esos jóvenes que decoran las esquinas no tienen suficientes deseos de ocuparlos como para molestarse en hacerse cortar el cabello, llevar corbata y aprender a escribir correctamente 200 palabras de uso común. De manera que la solución no reside solamente en el trabajo.

Entran en ello graves problemas de estímulo. Al parecer, la clase media norteamericana ha llegado a la conclusión de que la única existencia feliz que se puede concebir para los hijos es la actividad intelectual, precedida de una distinguida carrera universitaria, y de que en todo trabajo manual hay algo de humillante. Un profesional cuyo hijo se había visto envuelto en dificultades y estaba sometido a un tratamiento siquiátrico quedó horrorizado al decirsele que el muchacho quería ser mecánico. Por fin se decidió a comprar un coche viejo para su hijo; el jovencito pasó varios meses dedicado gozosamente a reparar el vehículo después de las horas de clase y desde entonces no se metió en más líos.

Relaciones con los padres. En este complicado mundo de hoy, lleno de tensiones, lo que más necesitan los niños y los adolescentes es poder entenderse constantemente con sus padres, y es aquí donde los norteamericanos vienen sufriendo uno de sus más grandes fracasos.

Nunca ha habido otra época en que pareciese más difícil el lograr un verdadero entendimiento entre padres e hijos. Los padres estadounidenses quieren que éstos vivan

atareados y sean "simpáticos", y los padres mismos, por su parte, andan afanados y preocupados. Al parecer hay muy poco tiempo para estar juntos, sin prisas, sencillamente, para cultivar la conversación tranquila que tanto contribuye a consolidar las relaciones humanas. Con todo, si los hijos van a tener que hacer frente a un mundo en que la competencia y la lucha son arduas, y si aquéllos adolecen de defectos, particularmente en el terreno de los estudios, estos son problemas que la familia, ciertamente, debe abordar cuanto antes, sobre la base de un hondo y afectuoso conocimiento mutuo. Puede ser demasiado tarde si el padre aguarda a que el hijo haya sido suspendido en los exámenes, a que haya chocado con su automóvil o se haya descarriado.

Tal vez lo peor que pueda hacer un padre es renunciar a sus propios principios. El padre se encoge de hombros, confesando su impotencia, y autoriza que se sirva cerveza en la fiesta que el hijo da a sus amigos adolescentes... porque desea que el chico se divierta, que conquiste la simpatía de todos, y sobre todo porque él mismo está demasiado ocupado para enfrentarse a la situación de manera resuelta y positiva. Pero cuando un padre cede en cuanto a alguna cuestión de principios, los hijos lo advierten.

"Los hijos necesitan que se les marque un límite; necesitan de alguien que tenga autoridad y buscan esa autoridad en sus padres", dice Freda Mohr, directora ejecutiva del

Servicio Familiar Judío de Los Ángeles.

Según afirman los sicólogos, la adolescencia es una edad en que el ser humano necesita tener una autoridad contra la cual luchar, para someter a prueba su naciente madurez. Si no hay tal autoridad, todo su mundo se hace confuso e inseguro.

En busca de soluciones. Muchas ciudades norteamericanas, conscientes del problema, han emprendido ya un franco aunque doloroso análisis de la situación. Hace un año la población de Darien, en Connecticut, se enteró con alarma de que los comerciantes se habían dirigido al Consejo de Padres de Estudiantes para pedirle ayuda a fin de combatir los robos cometidos en las tiendas por menores de edad. El Consejo designó una comisión investigadora que descubrió una serie de hechos increíbles en aquella ciudad habitada por familias de situación económica desahogada.

Cierta sociedad de alumnos del instituto de segunda enseñanza exigía, para poder ingresar en ella, que cometieran algún hurto; irse de un restaurante sin pagar era costumbre establecida entre los adolescentes; los actos de vandalismo en las escuelas causaban daños por valor de 10.000 dólares anuales; los estudiantes de 15 años llevaban bebidas alcohólicas a las fiestas. "Probablemente un 85 por ciento de los chicos beben", declaró un alumno de los cursos superiores. Se supo que muchachos y chicas de 11 y 12 años se besuqueaban en el cine, y una niña



deslizantes
afeitadas
eléctricas...

aún en días de calor

con

williams

***Lectric
Shave***

loción para antes
de afeitarse



de 14 declaro que "aceptar una cita para ir a un cine al aire libre equivale a aceptar una cita para entablar relaciones sexuales".

La investigación, desde luego, no constituyó una total condenación de los jóvenes de Darien. Un grupo de adolescentes dio un informe sobre la situación, según el cual sólo "algunos" jovencitos estaban complicados en las malas prácticas denunciadas, aunque reconocía, sin embargo, que "existe un problema y es preciso hacer algo para resolverlo". Estos muchachos agregaban que se necesitaba imponer normas de conducta, apoyadas en "el ejemplo de los mayores", y proponían que los padres

procurasen interesarse más por la vida social de los jóvenes y que éstos, a su vez, "participaran de modo más activo en la vida familiar establecida por los padres".

Centenares de ciudades estadounidenses tienen en vías de ejecución diversos planes para dar trabajo a los jóvenes. Estos programas deben multiplicarse. Tales esfuerzos, sumados a un examen de conciencia de los propios padres (con asesoramiento de expertos cuando sea necesario) ofrecen la única salida. El tiempo apremia, porque en esta materia el número de vidas humanas destruidas aumenta con ritmo acelerado.



Los grandes maestros

EL POETA Robert Frost, en la primera clase que daba a un grupo de profesores, les asignó la tarea de leer el cuento de Mark Twain titulado: *La célebre rana saltadora del distrito de Calaveras*, donde se trata de un batracio que falló en un concurso de salto porque lo habían llenado de perdigones. Al reunirse la clase la próxima vez, todos estaban perplejos: no entendían qué tenía que ver dicho cuento con la enseñanza.

Frost dijo que el cuento se refería a los profesores.

—Los maestros se dividen en dos clases —explicó—: los hay que llenan a sus alumnos de tanta munición que no se pueden mover; y los hay que dan al estudiante apenas un levísimo empujón, que lo hace saltar hasta el firmamento.

— M. P.

EN LAS clases de mi profesor universitario favorito reinaba siempre una especie de inquietud intelectual. Profesores, estudiantes y a veces antiguos alumnos concurrían a sus conferencias. Después de una de éstas un amigo le reconvino:

—¡Fue brillante! Pero ¿no crees que les has estado hablando en un plano intelectual demasiado elevado?

—Me dirigí a ellos —repuso el profesor— en el plano en que debieran estar.

—Leonora Cohen Rosenfield, en *Portrait of a Philosopher: Morris R. Cohen in Life and Letters*

Un pez llamado Ulises

Relato de un oceanógrafo mundialmente famoso
acerca de un simpático compañero que gustaba de jugar con
los buzos en las profundidades del océano Índico.

POR JACQUES-YVES COUSTEAU,
CON JAMES DUGAN

Condensado de "The Living Sea"



HABIÉNDONOS llevado nuestra expedición submarina al océano Índico, un día echamos el ancla de nuestro *Calipso* en las cristalinas aguas inmediatas a Asunción, diminuto islote de coral en forma de cimitarra, situado cerca del ecuador. Corrí la voz de que permaneceríamos allí tres o cuatro horas para echar una mirada.

Jean Delmas, miembro de nuestro grupo de investigación, fue el primero en zambullirse. Lanzose cabeza

abajo por la claraboya y se encontró ante el paisaje más grandioso que había contemplado jamás en el mundo submarino. La transparencia del mar permitía ver hasta 60 metros de distancia en todas direcciones. Jamás había visto corales más espléndidos, ni mayor abundancia de peces. Éstos no mostraban temor alguno y acudían en multitudes, luciendo todos los colores imaginables. De regreso, Jean saltó sobre cubierta con su pesado equipo y me dijo:

—Quedémonos aquí algún tiempo. Este es el lugar ideal para hacer amistad con los peces.

Antes de que pudiera yo replicar, Luis Marden volvió con el segundo grupo de buzos. Estaba igualmente entusiasmado.

—Lo que se ve allá abajo es increíble —exclamó—. Cuando traté de fotografiar de cerca a los peces, se aproximaron demasiado para poder enfocarlos. Traté de echarme atrás y me siguieron.

Entonces se sumergieron otros dos buzos, hombres serenos, veteranos del oficio: Frédéric Dumas y Albert Falco, y ambos reaparecieron hablando excitadamente. No pude obtener de ninguno de los dos un informe ordenado. Me coloqué un *aqualung* a la espalda.

Bajo el agua, todavía asido a la escala con una mano, también yo quedé cautivado por el arrecife de Asunción. Trepé de nuevo y anuncié que nos quedaríamos en aquel sitio tanto como durase nuestra dotación de agua fresca.

La estructura de la isla era clásica: era un arrecife de bordes bajos, reluciente de luz y danzantes colores, que se extendía unos 90 metros desde la blanca playa y se convertía bruscamente en un caos de eriguídos corales y grutas a lo largo de unos 60 metros más hasta donde una gris llanura sedimentaria se desvanecía en el océano. La ladera hallábase atestada en toda su extensión de corales incomparables en exuberancia y belleza. A lo largo de la orilla, mezclándose en amistosa anarquía, se hallaba la mayoría de las especies de peces que habíamos encontrado en mil sitios diferentes y algunas nuevas que nunca antes habíamos visto, así como otras que nadie había visto jamás. Un increíble pececillo ostentaba en el cuerpo un diseño de perfectos cuadros rojos y blancos: un verdadero tablero de ajedrez acuático. Prevalecía entre los animales un espíritu de interés y confianza mutuos. Dijérase que la lucha por la vida estaba allí suspensa y el reino de la paz había sido trasladado al seno de las aguas.

Nos quedamos en el lugar 40 días y ninguno de nosotros perdió su entusiasmo por el atolón de Asunción. Una de las razones de ello fue un extraordinario pez que encontró Luis Marden: un mero de 27 kilos aproximadamente, de piel oscura y con un pálido diseño jaspeado que variaba de cuando en cuando. El enorme pez nadó hasta Marden y éste se dispuso a fotografiarlo, pero el animal empezó a ju-

guetear con la bolsa de bombillas de magnesio, a la que daba golpecitos con la nariz: Luis se hizo atrás para enfocarlo y el pez lo siguió. Después de una serie de retiradas, Marden logró al fin fotografiarlo y se alejó a nado en busca de otros peces. El mero nadó en pos de él y daba con la nariz contra el buzo y sus refulgentes artefactos. Al disponerse Luis a fotografiar otro ejemplar, su acompañante se interpuso delante de la cámara, y aquél tuvo que esquivarlo para tomar la fotografía.

Cuando Marden nos habló de su nuevo conocido, descendimos al territorio del mero con una bolsa de lona llena de carne picada. El enorme pez vino hacia nosotros sin vacilar. Cuando echamos algo de comida en el agua, el mero abrió la cavernosa boca y, como una bandada de pájaros que irrumpiera en un túnel, los trozos de carne desaparecieron. Al ensayar cautelosamente a darle de comer con la mano, el animal tomó la carne de la punta de nuestros dedos sin hacernos daño alguno. Dimos a la inteligente bestia el nombre de Ulises.

Ulises se convirtió en nuestro amigo inseparable. Nos seguía a todas partes, rozando a veces nuestras aletas de caucho. Cuando, tras de unas profundas zambullidas, aflojábamos la presión a nueve metros bajo el agua, con ayuda de un cable lastrado y medido, el mero disipaba nuestro aburrimiento jugueteando con nosotros hasta que ascendíamos por la escala. Después

permanecía cerca, nadando apenas bajo la superficie, cual un niño que contemplase tristemente cómo sus compañeros de juego se vuelven a casa porque los llaman a cenar.

Ulises se adaptó rápidamente a nuestra rutina de trabajo, y cada mañana temprano se encontraba aguardándonos al pie de la escala, pronto a acompañarnos en la primera aventura del día. Nos acompañaba saltando y jugueteando toscamente, mientras comía la carne de la bolsa de lona.

Cuando estaba de buen humor, Ulises permitía que cualquiera de nosotros le diera palmadas o le rascase la cabeza. En una ocasión, Dumas, ocultando parcialmente la bolsa de carne que llevaba en la mano, empezó a moverse acompasadamente. Siguiendo el señuelo, Ulises se unió a la danza. Cuando Dumas giraba en dirección opuesta, el pez lo seguía a compás. La escena resultó tan ligera y rítmica que pudimos filmarla como un vals.

Pero Ulises también tenía su genio. A veces nos estorbaba al hacer una toma y teníamos que retirarlo a empujones. Entonces se alejaba con brusquedad, perceptiblemente disgustado, y moviendo la cola con tal fuerza que hacía un ruido atornador. También se enojaba cuando olvidábamos traer la bolsa de carne, y entonces permanecía a 10 metros de nosotros y conservaba esa distancia ya fuera que nos acercásemos a él o nos alejásemos. Pero, invariablemente, a la mañana siguiente nos esperaba otra vez, al pie de la es-

cala, ya perdonadas las ofensas.

Cierta mañana, al abrir Delmas la bolsa de carne para alimentar a Ulises, éste, con un movimiento rápido, arrebató la bolsa de las manos de Delmas y se la tragó entera. Luego se alejó desenfadadamente, sabedor de que ya no habría más comida.

A la mañana siguiente Ulises no estaba bajo la escala. Por la tarde nos dividimos para buscarlo y lo encontramos echado sobre la arena frente a su cueva: una honda grieta entre los corales apenas lo suficientemente grande para contenerlo, pero que ofrecía la seguridad de contar con dos entradas. La guarida tenía unos 10 metros de profundidad y se abría a un bancal de arena blanca. Las entradas estaban pulidas por el ir y venir del animal. Lo único que faltaba era una placa en la puerta con el nombre de Ulises.

Pero ese día Ulises no estaba disfrutando de su residencia. Respiraba anormalmente y no demostró interés alguno en nosotros. A la mañana siguiente aún seguía en cama. Al tercer día lo encontramos tendido sobre un costado, al parecer seriamente enfermo.

Consulté al cirujano de nuestro barco, el Dr. Denis Martin-Laval, quien dijo que Ulises se hallaba en peligro de una grave obstrucción intestinal. Martin-Laval se encontró ante el caso más extraordinario de su carrera. Como no podía llevar el pez a su enfermería, se dispuso a operar en la habitación misma del paciente. Reunió anestésicos, cuchi-

llos y grapas quirúrgicas, así como catgut y aguja para suturar la herida después de extraer la bolsa de las torturadas entrañas de Ulises. El cirujano instruyó a tres buzos para que hiciesen de sus ayudantes. El sol se puso antes de que los preparativos estuviesen completos, y nos fuimos a acostar con la esperanza de que Ulises sobreviviera la noche.

Con la primera luz del alba descendió un cuerpo de reconocimiento. Ulises había abandonado su morada. Varios buzos inspeccionaron los alrededores en su busca. Uno de ellos sintió que alguien tiraba de los arreos que llevaba a su espalda. Era Ulises, que así anunciaba que todo iba bien. Se las había arreglado para eliminar la bolsa de carne y se encontraba alegre y hambriento.

Hicimos la prueba de dar de comer a otros de los ciudadanos del arrecife, y todos respondieron entusiastamente. Pero el vernos alimentar a otros peces enfureció a Ulises. Se echaba sobre la bolsa, nos mordía las aletas, tiraba de nuestros calzones de baño y sacudía la enorme cola para ahuyentar a los peces más pequeños.

Queríamos filmar un dorado banco de peces amarillos que seguían a uno de nosotros a través del arrecife, pero Ulises los dispersaba una y otra vez. Finalmente armamos nuestra jaula contra tiburones y la echamos al fondo. Ulises observó atentamente mientras colocábamos la jaula y abríamos la puerta. Agitando el brazo, en cuya mano sostenía un trozo de carne, Delmas se-

ñaló la entrada y el mero se deslizó al interior. La puerta se cerró y Ulises quedó bajo nuestra protectora custodia.

Delmas pensó que Ulises merecía un agasajo especial por estar en prisión. Ese día habíamos matado una barracuda de nueve kilos. La bajamos hasta la jaula y metimos su cabeza entre los barrotes.

Sin vacilar, Ulises se tragó la mitad de la barracuda, que era tan larga como él, pero dejó fuera la parte correspondiente a la cola. Ulises no parecía considerar esto nada fuera de lo ordinario y permaneció varias horas con la barracuda colgándole de la boca. Cuando por la noche nos retiramos, aún se veía como un tercio de la barracuda. En la mañana ésta había desaparecido. No acertábamos a imaginarnos cómo había logrado Ulises acabar con la barracuda, pero al parecer había hecho funcionar sus jugos gástricos para que disolviesen la parte anterior de aquélla con huesos y todo, y había ingerido el resto una vez que le hubo hecho sitio.

Ulises estuvo enjaulado durante tres días mientras filmábamos la alimentación de otros peces. Cuando abrimos la puerta de la jaula, se mostró interesado, pero no hizo movimiento alguno para salir. Considerando la abundante comida que le suministrábamos en la jaula, sin duda prefería permanecer allí. Cuando lo hicimos salir a empujones, echó a nadar disgustado y mucho más despacio que de costumbre. Estaba gordo y deforme.

Al cabo de cinco semanas en el arrecife, las provisiones se agotaban. Le pedí a Delmas que descendiera y matase un mero. Yo lo acompañé, al igual que Ulises. Aquello equivalía a cazar con un perro perdiguero. Delmas escogió un mero negro y preparó su fusil arponero. Como si Ulises estuviese sincronizado con el vuelo del arpón, alcanzó al pez casi en el mismo instante que aquél. La cola del pez y el arpón de un metro de longitud, asomaban por la boca de Ulises. Delmas apoyó un pie contra la cabeza de nuestro amigo y tiró con fuerza para extraer el arpón, lo cual dio a Ulises más lugar para acomodar su presa, la que se tragó entera, excepción hecha de la punta de la cola. Regresamos al *Calipso* e informamos a nuestros hambrientos compañeros que nuestro amigo se había apropiado su comida.

Había llegado el momento de continuar nuestra expedición. Delmas propuso que nos llevásemos a Ulises con nosotros y la idea fue recibida con entusiasmo, pero yo tuve que oponerme a ella. En Francia, Ulises sería sometido a prisión perpetua en algún acuario, o le sería devuelta la libertad en aguas del Mediterráneo, y probablemente no estaba hecho al agua fría. Encima de esto, era tan amigable que el primer arponero que lo encontrara haría presa fácil de él. Así pues, nos zambullimos por última vez y, agitando las manos, nos despedimos de nuestro amigo.

Más tarde, cuando Ulises se había

convertido en la estrella de nuestra película, *El mundo silencioso*, un barco que navegaba alrededor del mundo hizo una visita especial a la bahía de Asunción y envió buzos al fondo para que buscasen al manso mero. A su vuelta, éstos infor-

maron: "Ulises está muy bien. Nos fue fácil reconocerlo, pues nadó inmediatamente hacia nosotros". Quizá algún día volvamos allá para ver de nuevo a Ulises. Es un pez que, para verlo, bien vale la pena atravesar medio mundo.



De paso sea dicho

EN LA mitad de una pendiente sinuosa, cerca de Egton, en el norte de Yorkshire, paramos el automóvil para preguntar a una anciana que estaba a la verja de una casa, si esa cuesta era peligrosa.

—Por aquí no —repuso ella—: allá abajo es donde se matan todos.

— F. H., en *The Countryman* (Inglaterra)

FRENTE a una tienda de víveres en un balneario rural, dos damas de edad se habían detenido a matar el rato.

—¿Es verdad eso de que alguien se cayó muerto allá por tu barrio? —preguntó la una.

—Sí... Fue precisamente frente a mi casa —repuso la otra—. Hubo un gran alboroto por unos días, pero no fue tan grave como habíamos creído: era sólo uno de los veraneantes.

— F. J.

La visita del señor Woo

AL VER que la tostadora eléctrica no funcionaba, una señora de San Francisco llamó al chino Gee Fong Woo, propietario de un minúsculo taller de reparaciones.

El señor Woo llegó con una bandola bajo el brazo. Después de haber hablado por un momento, observó que la dama tenía acento italiano, así que, acompañándose con la bandola le cantó *Oh, Marí*, en italiano. Luego entonó *Nunca en domingo* y después conversaron un rato en francés.

—He estado muy divertida —dijo al fin el ama de casa—. Pero usted ha venido a arreglar la tostadora...

El señor Woo echó una mirada al aparato descompuesto y diagnosticó:

—No vale la pena arreglarlo. Le aconsejo que se compre otro.

Y así diciendo se echó la bandola bajo el brazo, dijo *Arrivederci!*, y volvió a su taller, donde desea fervientemente que se gane un millón de dólares al año, por lo menos.

— H. C., en el *Chronicle* de San Francisco

JOHN STEINBECK



Saca a luz y pone al desnudo agudos problemas sociales y confiesa su eterna pasión por su inagotable fé en el hombre, a pesar de las tentaciones que le amenazan y deforman su espíritu.

"VIAJANDO CON MI PERRO"

Relato valiente y sincero sobre la eterna lucha entre la bondad ingenua y la maldad astuta, que concluye rindiendo homenaje a los hombres y mujeres, que aspiran a la simple alegría de vivir decentemente y en paz.

Steinbeck presencié todo cuanto relata en esta obra, descubre la raíz del bien y el mal, revela la ceguera de quienes realizan lo que no hubieran querido hacer nunca y comunica la trascendencia espiritual de la época en que vivimos.

EL LECTOR TIENE AQUI OTRA REVELACION DEL INCOMPARABLE TALENTO Y VIVISIMA CONCIENCIA SOCIAL DE JOHN STEINBECK

LEA este diálogo con la vida y haga sus propias comparaciones y juicios.

Suscribiéndose HOY MISMO al
"CIRCULO LITERARIO"

Que le ofrece los siguientes beneficios:

Elige el libro más interesante que se edita cada mes. La suscripción es gratuita, sin cuota de ingreso o gasto alguno. Los libros son entregados en su casa por correo certificado sin recargo alguno, y después los abona. El suscriptor no está obligado a comprar un libro mensual. Cada mes recibe gratis el boletín mensual en el que se le informa sobre el libro seleccionado, para que decida si desea recibirlo; el libro se le remite si no ordena lo contrario.

LIBROS LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS QUE LE PERMITIRAN FORMAR UNA SELECTA BIBLIOTECA

ENVIE ESTE CUPON
AHORA MISMO



CIRCULO LITERARIO - Lavalle 1454 - T. E. 40-3618

Sírvanse anotarme como suscriptor del Círculo Literario y enviarme como mi primera Selección "VIAJANDO CON MI PERRO" por John Steinbeck, por el cual abonaré m\$.n. 238.-

Nombre
Calle y N° T.E.
Localidad F.C.
Provincia
Firma 2

el veraneo

ACECHA A SUS CABELLOS



Mar, sol, arena, aire libre. Cuatro elementos para el solaz espiritual y la plenitud física. Pero ... cuidado! También pueden ser un castigo para sus cabellos, tornándolos secos, quebradizos, descoloridos y faltos de vida.



*Váyase de
vacaciones...
con*

Evite esos riesgos con PANTEN LOCION CAPILAR VITAMINIZADA. Panten ahora contiene PANTYL, el elemento más activo y reciente del complejo vitamínico B, descubierto y fabricado por Hoffmann-La Roche de Basilea, Suiza.

- Actúa en profundidad, nutriendo y vitalizando a los cabellos en sus mismas raíces.
- Elimina caspa y seborrea.
- Favorece una regular y abundante renovación de cabellos sanos.

PANTEN

LOCION CAPILAR VITAMINIZADA

Me fascinan los embusteros

Lo que toda mujer anhela y merece...
lo que necesita, en fin, es escuchar de vez en cuando
lindas y almibaradas mentirillas.

POR HILDEGARDE DOLSON • Condensado de "McCall's"



HACE POCO, en el vestíbulo de un cine, divisé a un apuesto amigo a quien no veía desde diez años atrás.

—David! —exclamé.

Él me miró con tan confusa expresión que me sentí por los suelos, mas al balbucir yo mi nombre, exclamó con calor:

—¡Hildegarde! Jamás te habría reconocido. ¡Estás mucho más joven!

Al marcharse, mientras yo lo seguía con ojos de cervatilla embelesada, mi acompañante me dijo:

—Salió bien del paso
tu amigo ¿eh?

Ya lo creo que sí. Desde aquel instante habría seguido a tan adorable embustero hasta los confines de la tierra.

Tal vez la razón por la cual soy especialmente susceptible al halago lo sea el hecho de que en mi niñez fui objeto de una diaria ducha de franqueza por parte de Maribel, una compañera de colegio. Ustedes habrán oído decir de más de una persona: "Es tan franca que lastima". Pues así era ella, y aún llevo las cicatrices.

Recuerdo cierta tarde en que mi madre nos llevó a un grupo de amigas a nadar al lago. Cuando aparecí en traje de baño, Maribel me estudió con detenimiento, sin un parpadeo de sus ojos azules.

—¡Caramba, qué huesuda eres! —exclamó con voz clara como el cristal de roca—. Tienes el pecho que parece una persiana.

Sobre lo que más nos gusta que nos mientan, creo, es sobre nuestros puntos flacos... que en mi caso brindan amplia gama a mis adulares. Por ejemplo, cuando en una fiesta trato de animar la conversación, de pronto el tema languidece como un globo desinflado. Por esto ansío conocer al invitado que declare: "Es usted la mujer más ingeniosa que conozco después de Madame de Staël". En verdad, si alguna vez pudiera permitirme el lujo de mantener un *gigoló*, más que nada le exigiría que apareciera cada hora en punto, como el cuco del reloj, para decirme: "¡Eres un talento!" A modo de variante po-

dría añadir: "¡Qué mujer tan encantadora, tan esbelta!... ¡Y encima de todo con tanto talento!"

Al hacer regalos, que selecciono y empaqueto con trémulo esmero, desearía que me dijeran:

—¡Tienes un gusto exquisito para escoger regalos!

Mas con frecuencia sucede que el ser amado examina el objeto y me pregunta:

—¿Y qué se supone que es esto?

Explico ufana que es una combinación de pisapapeles y de prensa para sidra (capacidad: una taza), y él comenta:

—¡Vaya! ¡Qué no inventarán los fabricantes para engatusar incautos!

En vez de eso debiera exclamar: "¡Nadie más que tú tendría la paciencia de buscar hasta hallar algo tan original!"

La ropa que me escojo yo misma es otro de mis puntos vulnerables. Si me pongo algo que sé que es ridículo, deseo que me digan, para levantarme el ánimo: "Ese traje te presta un *no sé qué*". No indaguemos lo que pueda prestarme. No soy de esas personas mezquinas que buscan en cualquier cumplido algún sentido oculto. Lo único que quiero es una mentira gorda, pero inocente, a que aferrarme.

La primavera pasada, en un arrebato de vernal locura, compré un sombrero hecho de flores amarillas que trepaban por la copa hasta alcanzar una altura poco menor que la del monte Everest. Al verme reflejada en el espejo, bajo la artificial iluminación de la tienda, y con

POTENCIA en el *Valiant II*



**NUEVO MOTOR
DE 137 HP**



**Cilindrada, 3687 c.c. (225 pulg.³)
¡El famoso Slant Six (6 cilindros,
inclinados) de CHRYSLER, está más
potente que nunca!**

Dinámico pique, rápida aceleración, marcha firme. Todo esto brinda a usted la potencia extra del VALIANT II. Y para mayor satisfacción suya, muchos años de excelente automóvil con un mínimo de preocupaciones y gastos.

Por eso se dice que... "hay más VALORES en el VALIANT II." Suspensión por barras de torsión y rótulas esféricas... Fuerte caja de tres velocidades adelante y marcha atrás... Lujosos interiores con tapizados al tono.

Valiant

Producido por

FÈVRE Y BASSET LTDA. S.A.



**CHRYSLER
ARGENTINA S.A.**

Miembro de la Asociación de Fábricas de Automotores
Véalo en el Concesionario Autorizado

el acompañamiento musical de la vendedora que musitaba: "A la mayoría no le quedaría bien este modelito, pero usted lo lleva con una gracia...", me dejé embaucar. Mas al llegar a casa y calarme el sombrerito para preguntar confiada al espejo: "¿Quién es la más bella de todas las mujeres?" éste invocó el derecho fundamental de toda cosa inanimada y se abstuvo de responder.

El amigo con quien tenía cita esa noche, ¡Dios lo bendiga!, mostró mayor delicadeza. Es cierto que a primera vista dejó escapar un gemido involuntario, mas al instante se recuperó.

—¿Te gusta? —pregunté con ansiedad.

—Pues... Bueno, en realidad es bastante original —repuso, sudando varonilmente—. Nunca te había visto tan... tan florida.

Mintió como caballero y por mi parte acepté el cumplido como una dama... en todo su valor.

Cuando más cansada me encuentro, más me apetece oír que me dicen que estoy divina, radiante, irresistible. Y mientras más envejezco, más aprecio a un amigo nacido en Viena que aún conserva los encantadores modales del viejo continente. Con la certeza con que se forma el rocío o trina la avecilla, se puede contar con que al saludar diga: "Estás esplendorosa".

Sólo una vez lo vi vacilar. Ocurrió un día que fui a dar al hospital con una desagradable sinusitis infecciosa y mi amigo vino a verme. Al en-

trar en el cuarto ya iba diciendo galantemente:

—¡Cuánto me alegra verte! Estás guapa...

Mas en ese momento vio asomar el enrojecido bulbo de mi nariz mientras yo le miraba esperanzada a través de ojos abotagados, ansiosa de la miel de sus palabras. Por un segundo enmudeció, pero al fin logró articular con gran dulzura:

—Tienes la cara más llenita. Te sienta espléndidamente.

Todos los hospitales deberían contratar, con fines terapéuticos, a un embustero semejante.

Mi médico es un ser verdaderamente brusco. Si recurro a él, quejándome de agudas punzadas e insinuando valientemente que padezco sin duda algún exótico mal, él profiere sin compasión:

—Lo que tiene es reumatismo. ¿Qué otra cosa podría usted esperar, a su edad? Y lo más probable es que lo padezca durante todo el resto de su vida.

En vez de ello, bien sencillo le habría sido decir:

—Con su magnífica disposición de ánimo estará usted bien en una semana. ¡Ojalá todos mis pacientes tuvieran su estoicismo y buen humor!

A cambio de esas palabras le sacrificaría hasta la última gota de sangre.

Dicen que la lisonja sólo llega a flor de piel, mas para mí hasta eso es suficiente. Porque lo que es la verdad me muerde ya en los huesos, como el reumatismo.

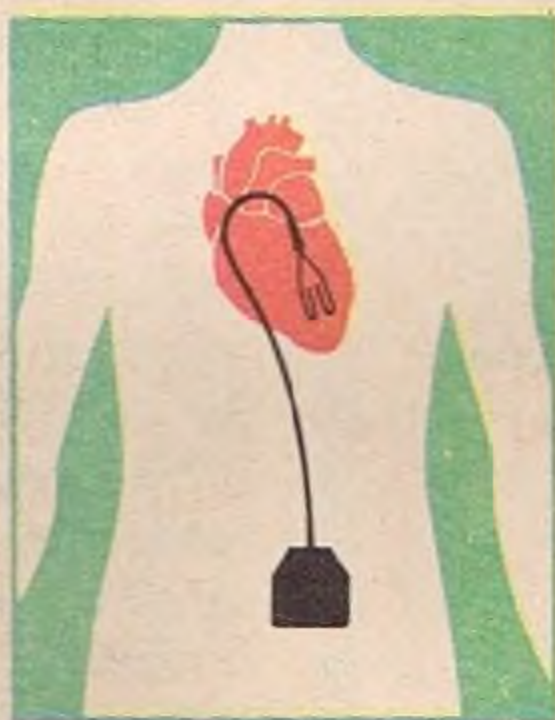
Reguladores electrónicos del ritmo cardiaco

Varios miles de personas hacen vida ordinaria gracias a un pequeño estimulador automático implantado en el cuerpo. Este regulador electrónico del ritmo cardiaco es un triunfo de la cirugía y la técnica modernas que ha salvado muchas vidas.

POR J. D. RATCLIFF

HACE UNOS doce meses, la señora Agnes Gentry, ama de casa de 46 años, sufrió un desvanecimiento. En aquella ocasión no dio importancia a lo sucedido, pero después este accidente comenzó a producirse con aterradora frecuencia. Una vez la señora Gentry perdió el conocimiento y cayó rodando por un tramo de escaleras.

Pareciéndole que el corazón le latía muy despacio, la señora Gentry se tomó el pulso en la muñeca y sólo contó 20 pulsaciones por minuto. Pronto llegó a carecer de



energías y se vio obligada a ir arrastrando una vida de escasa actividad y sin alicientes, y a guardar cama. A veces el corazón dejaba de latirle durante 20 segundos o más. "Cuando me disponía a dormir", dice, "nunca podía saber si volvería a despertar".

La señora Gentry padecía de bloqueo cardíaco, grave trastorno en el que no se transmiten con la frecuencia y el ritmo apropiados los impulsos eléctricos que automáticamente hacen contraerse al corazón, o en que la transmisión se interrumpe en alguna parte del



Cornealent

- 1 El lente de contacto perfecto.
- 2 Indeformable, por ser torneado a diamante.
- 3 Materiales y máquinas importados 100 x 100.
- 4 Sencilla adaptación, sin contacto.
- 5 Miopía, hipermetropía, etc.,
- 6 también en color y bifocales.
- 7 Pruebas sin compromiso.
- 8 Facilidades de pago.
20 años de experiencia en Alemania, EE. UU. y Argentina, nos permiten garantizarlo por escrito.
- 9 Lo receta únicamente el Médico Oculista.
- 10 Lo hace y distribuye únicamente:

re-fo publicidad

Laboratorio

Pförtner

Casa matriz: JUNCAL 2345

Agentes CORNEALENT:

LUXOR: Lavalle 678 - Capital

GALENO: Av. Maipú 2820 - Olivos

ROSARIO: Gral. Mitre 523 • CORDOBA:

9 de Julio 510 • MAR DEL PLATA: San Luis 1742

SANTA FE: Rivadavia 2763 • BAHIA BLANCA:

Mitre 68 • MENDOZA: Espejo 333

BELL VILLE: Córdoba 436

aparato especial de conducción de los mismos. La señora Gentry se convirtió así en candidata para una nueva y extraordinaria operación que le salvó la vida.

Le fue insertado en el cuerpo un pequeño regulador eléctrico, aparato de dimensiones no mayores que las de un reloj de bolsillo, el cual se conectó al corazón por medio de alambres. Casi inmediatamente el órgano empezó a latir de manera uniforme y eficiente.

"La niebla se disipó de mi mente", dice la señora Gentry. "Voy al mercado, arreglo la casa, mi vida es activa dentro de lo que se puede pedir y me siento muy bien".

El caso de la señora Gentry es una muestra tomada entre los muchos miles de pacientes de todas las edades a quienes prácticamente se les renovó la "instalación eléctrica" del corazón y, con ello, la vida misma.

En el motor de un automóvil, un aparato llamado distribuidor envía la chispa de ignición a los cilindros en un determinado orden. En el corazón normal, en la parte posterosuperior de la aurícula derecha, se encuentra un pequeño grupo de fibrillas de caracteres especiales que tiene una función semejante: es el centro de origen y regulación de la actividad automática del órgano, y emite rítmicamente de 70 a 80 estímulos eléctricos por minuto. Estos son las "chispas de ignición" de las aurículas o cavidades superiores del corazón, a las que hacen contraerse. Después, transcurrido un in-

tervalo de una fracción de segundo, el estímulo se trasmite por un delgado haz de fibras nerviosas y musculares, denominado el fascículo de His en honor del fisiólogo alemán que lo descubrió. Desde el fascículo de His, la descarga eléctrica se disemina y provoca la contracción de los ventrículos, los cuales realizan la mayor parte del trabajo de bomba del corazón e impelen la sangre a las arterias.

A pesar de la especial constitución y resistencia del fascículo de His, las enfermedades, los medicamentos y los ataques cardiacos pueden lesionarlo. En ocasiones, cuando un coágulo obstruye una de las arterias coronarias, se forma una zona de necrosis en la que se origina una cicatriz que invade este vital fascículo. También corre peligro durante las operaciones quirúrgicas que se realizan en el corazón. Delgado y oculto a los ojos del cirujano, el fascículo de His está expuesto, aun tomando las más minuciosas precauciones, a ser lesionado por un punto de sutura.

Lesionado o destruido este aparato esencial de recepción y conducción eléctricas, el corazón, como el motor averiado de un automóvil, empieza a fallar. Los ventrículos quizá comiencen a funcionar por su propia cuenta, pero a distinto ritmo que las aurículas. Si la disparidad es ligera, las consecuencias del bloqueo cardiaco son mínimas. En otros casos, los ventrículos entran en fibrilación, es decir, sus fibras se contraen de manera incoor-

¡SENALES DE ALARMA EN SUS PIES!



Picazón - Enrojecimiento

Caída de la piel entre los dedos

**¡CUIDADO! son síntomas de
PIE DE ATLETA**



Trate la infección en su comienzo

Absorbine Jr.

- Destruye los hongos en 5 minutos
- Refresca y alivia la picazón
- Produce rápida cicatrización
- Detiene la infección.

**con el aplicador-
DAB-O-MATIC**

- No se desparrama
- No chorrea
- No impregna las manos.



Absorbine Jr.

FUNGICIDA - ANTISEPTICO - GERMICIDA

dinada y se reduce a cero, o casi a cero, la cantidad de sangre que impelen a las arterias.

A veces aumenta la frecuencia de los latidos cardiacos, pero es más común que disminuya hasta sólo 20 o 30 por minuto. Entonces no pasa por los riñones la suficiente cantidad de sangre y se produce la consiguiente acumulación de líquidos en los tejidos. El cerebro padece penuria de oxígeno y funciona con lentitud. En los casos graves, el corazón deja de latir intermitentemente, tal vez por unos minutos. El síncope es común. Un enfermo registró en once meses 842 accidentes de esta índole. Otra víctima de este trastorno se desvanecía y caía con tanta frecuencia que, para protegerse, hubo de usar un casco parecido al que se ponen los motociclistas.

Siempre ha sido sombrío el porvenir de los individuos que tienen dañada la "instalación eléctrica" del corazón. En un estudio se halló que la mitad de los pacientes gravemente afectados habían fallecido en los tres primeros meses después de producirse la lesión, a pesar del tratamiento a que se les sometió con diversos estimulantes. En 1952, cuando el Dr. Paul Zoll, del Hospital Beth Israel de Boston, inventó un regulador automático artificial, se abrió un mundo de esperanza para los pacientes de bloqueo cardiaco. El aparato del Dr. Zoll era de aplicación externa y producía intensas y breves descargas eléctricas que llegaban al corazón a tra-

vés de la pared del tórax. Pero tenía graves inconvenientes: cada descarga eléctrica provocaba la contracción de los músculos torácicos, las quemaduras eran frecuentes y muchos enfermos se horrorizaban de aquellos fuertes estímulos repetidos con tan breves intervalos.

Mientras tanto, el Dr. C. Walton Lillehei, profesor de cirugía de la Facultad de Medicina de la Universidad de Minnesota, andaba preocupado por la frecuencia con que el bloqueo cardiaco venía a malograr las por lo demás satisfactorias operaciones en el corazón con el órgano al descubierto. Y, pensando en los pacientes condenados a morir por lo anormal de la actividad cardiaca, tuvo una idea: ¿por qué no renovar en estos casos la "instalación eléctrica" del corazón, fijando unos electrodos en él y conectándolos mediante unos alambres con el estimulador rítmico externo? Con esta conexión directa bastarían impulsos rítmicos de tres o cuatro voltios para provocar contracciones cardiacas de la energía suficiente.

En 1957, el Dr. Lillehei comenzó a poner en práctica su idea de unir directamente los electrodos fijos en el corazón con el regulador rítmico externo. Pero el método también tenía inconvenientes: los orificios cutáneos de salida de los conductores se infectaban en algunos casos y el estimulador colocado afuera seguía siendo un problema durante el baño y el ejercicio.

Por esta misma época, varios grupos de investigadores —entre los

que merecen citarse los dirigidos por los doctores William Chardack, jefe del servicio quirúrgico del Hospital de Veteranos de Buffalo (Nueva York); Ake Senning, del Instituto Karolinska de Estocolmo; Adrian Kantrowitz, del Hospital Maimónides de Brooklyn, y Zoll, de Boston— principiaron a buscar una solución sobre bases nuevas. ¿Por qué no construir un regulador rítmico provisto de baterías de larga duración que pudiera insertarse en el cuerpo y formara parte de él como un órgano más? Naturalmente, el aparato tendría que ser completamente seguro, impermeable, para que los líquidos del organismo no produjeran cortocircuitos, y lo suficientemente pequeño para no causar molestias.

Vino entonces la intervención de los técnicos. Corría el mes de abril de 1958, y en el garaje y laboratorio de detrás de su casa, situada en las cercanías de Buffalo (Nueva York), Wilson Greatbatch, asesor en electrónica, comenzó a trabajar en colaboración con el Dr. Chardack, y a los diez días tenía acabado el primer aparato: una caja de plástico que contenía resistencias, condensadores, transistores y diminutas baterías de mercurio, y no pesaba más de 140 gramos.

El Dr. Chardack y sus colaboradores anestesiaron un perro, le abrieron el corazón y estrangulaban el fascículo de His con unos puntos de sutura. El trazado electrocardiográfico visible en la pantalla de un osciloscopio (semejante

a la de un aparato de televisión) adquirió los caracteres típicos del que se registra en el bloqueo cardíaco completo. En la pared del ventrículo izquierdo se fijaron los electrodos de acero inoxidable del estimulador de Greatbatch y, en cuanto se conectó éste, se normalizó el electrocardiograma. El regulador estaba funcionando, pero, ¿por cuánto tiempo lo haría? Este primer modelo falló a los pocos días, y trascurrieron dos años antes de que se pudiera contar con un aparato lo bastante seguro para ensayarlo en seres humanos.

El 15 de abril de 1960 apareció un candidato para el ensayo: un hombre de 77 años que llevaba un año padeciendo con frecuencia creciente síncope por bloqueo cardíaco. En uno de estos accidentes cayó al suelo y se fracturó el cráneo. Lo que le quedaba de vida no pasaría de unos cuantos meses de zozobra, y la necesidad de proveerle de un estimulador rítmico era extrema e indudable. El Dr. Chardack decidió instalarle el aparato.

La respuesta inmediata fue asombrosa. Desaparecieron la somnolencia, la fatiga y el dolor torácico, y se restableció la vivacidad mental. El paciente pudo reanudar las actividades normales para su edad: arreglar el jardín, pasear y llevar una vida social tranquila. El regulador funcionó perfectamente durante dos años y medio, hasta que el corazón desfalleció. "El aparato", hace notar el Dr. Chardack, "no es un corazón nuevo, sino un

nuevo sistema eléctrico: el motor sigue siendo el mismo".

La inserción de este estimulador se hizo en docenas de personas. Un hombre de edad madura se restableció así en el grado suficiente para reanudar su trabajo en una aceña. Un niño de 18 meses a quien se le instaló el aparato vive todavía.

Era inevitable que se presentaran dificultades. Los primeros cálculos de que las baterías durarían cinco años resultaron demasiado optimistas. En la actualidad, la mayor parte de los cirujanos rempazan los reguladores cada tres años, lo que sólo exige una pequeña intervención quirúrgica que se realiza con anestesia local.

Como los alambres fijos en el corazón se flexionan con cada contracción cardíaca —60 veces por minuto, 86.400 veces al día— llegaban a quebrarse. Muchos pacientes a quienes se les instaló un regulador en aquellos tiempos tuvieron que someterse a otra operación quirúrgica en el tórax para ponerles nuevos electrodos. Este problema parece haber quedado resuelto con alambres más resistentes y el perfeccionamiento de los medios de inserción.

Son varias las técnicas quirúrgicas que se siguen para instalar un regulador. De ordinario se abre el tórax entre la cuarta y quinta costillas, y se "desinfla" y aparta el pulmón izquierdo para poner al descubierto el corazón. Acto seguido se hace una pequeña incisión en la piel del abdomen, y desde ella,

en el espesor del tejido subcutáneo, se introducen los alambres hasta llegar al corazón. Los electrodos se fijan entonces en la pared del ventrículo con unos puntos de sutura. (En el trascurso de unas cuantas semanas, el tejido cicatrizal acaba por fijarlos firmemente en su lugar.) Por último, se hace una bolsa en la pared del abdomen para alojar el regulador y se suturan todas las heridas. La intervención dura de una hora a hora y media, y en 10 a 14 días el paciente está en condiciones de regresar a su domicilio.

Normalizado el ritmo cardíaco y desaparecidos los síncope, se desvanece el temor opresivo del individuo. "He visto pocos pacientes tan satisfechos y tan completamente rehabilitados como los que llevan un regulador cardíaco artificial", dice el Dr. Chardack. Sin duda, uno de los mayores problemas es moderar su actividad, pues olvidan con frecuencia que tienen el corazón gravemente lesionado.

En muchos países se insertan estimuladores rítmicos del corazón en pacientes de bloqueo cardíaco. No se sabe cuántas personas sufren de este mal cada año, pero su número se calcula en muchos miles, y es posible que las lesiones del corazón de una cuarta parte de ellas sean lo bastante graves para necesitar un regulador automático artificial. Como se hacen cada día más intervenciones intracardiacas a cielo abierto y son cada vez más numerosas las personas que, por la mayor duración de la vida, llegan

Sed de buen gin?



El deporte, la vida al aire libre, son incentivos para el paladar, que aplaca en la bebida predilecta su sed de frescura. Y la satisfacción es más perdurable cuando el refresco elegido —agua tónica, soda, cola, jugo de fruta— se complementa con el sabor inconfundible del GORDON'S GIN. Para que su bebida de verano sea más agradable todavía, gústela con gin; pero que sea con este gin, porque éste es el gin.

Gordon's Gin

Elaborado en la Argentina por Tanqueray,
Gordon & Co. (Destilerías Argentinas) S. A.
Distribuye: GUILLERMO PADILLA LTDA. S. A.



a la edad en que es más frecuente el bloqueo cardíaco, es indudable que irá aumentando el número de enfermos que tengan necesidad de este aparato.

En los últimos tiempos ha sido enorme el progreso alcanzado en la construcción de los estimuladores rítmicos automáticos. Con la colaboración del Dr. Kantrowitz y su grupo del Hospital Maimónides, la General Electric ha producido un estimulador cuya frecuencia se regula desde el exterior. Sobre la piel, encima del aparato insertado en la pared del abdomen, se coloca un emisor de frecuencia, y entonces, con un disco graduado, se da a los latidos cardíacos el ritmo deseado entre 60 y 120 por minuto. Algunos pacientes disminuyen el número de sus pulsaciones al disponerse a dormir y lo aumentan al despertarse. Una mujer aficionada al ciclismo prefiere 80 contracciones cardíacas por minuto cuando practica este deporte. Algunas personas quieren que la frecuencia de los latidos de su corazón sea algo más rápida cuando asisten a reuniones sociales o a determinadas entrevistas de negocios.

En perspectiva se halla un notable perfeccionamiento: los estimuladores rítmicos sin baterías que utilizan la electricidad del organismo como fuente de energía. Los físicos saben desde hace tiempo que con electrodos de metales distintos

sumergidos en un líquido conductor se recoge una débil corriente eléctrica. En ratas, los investigadores de la General Electric colocaron un electrodo en la cavidad abdominal y otro debajo de la piel, y recogieron la energía eléctrica suficiente para hacer funcionar un pequeño radio-trasmisor. Quizá podrá aplicarse pronto el mismo principio para suprimir las baterías en los reguladores rítmicos automáticos.

Como todas las actividades orgánicas son en parte de naturaleza eléctrica, las aplicaciones de los estimuladores automáticos son ilimitadas. El Dr. Kantrowitz dice: "La integración de circuitos electrónicos como partes funcionales permanentes del cuerpo humano será objeto de importantes investigaciones en los próximos diez años". Por ejemplo, hay un proyecto para utilizar la estimulación eléctrica rítmica como medio de hacer funcionar los músculos paralizados, lo que tal vez serviría para liberar a algunas personas del pulmón de acero y permitir andar a las que tengan parálisis en las piernas. Es casi seguro que, en un futuro próximo, los extraordinarios progresos alcanzados en los nuevos sistemas de estímulo y regulación artificial del corazón para pacientes de bloqueo quedarán empujados ante las nuevas aplicaciones y el perfeccionamiento de los estimuladores automáticos.



Al puerco y al yerno mostrarle la casa, que él se vendrá luego.

— Refrán español

Entre todas las ceremonias inglesas, ninguna tan extravagante como ésta, en que 250 automóviles arcaicos se lanzan resoplando hacia la gloria.

Panhard-Levassor 1894



Mercedes 1904

Sunbeam-Mabley 1901

Léon Bollée 1896

Darracq 1904

¡A la meta aunque reviente!

POR JAMES STEWART-GORDON

ERA UNA típica mañana londinense, en noviembre de 1962, y el viento soplabá en violentas rachas que arrastraban consigo las hojas, mientras el sol brillaba intermitentemente, como una bombilla mal ajustada. En Hyde Park, entre las aclamaciones de miles de espectadores, 250 automóviles de avanzada edad (ninguno contaba menos de 58 años) se alineaban por grupos de seis y, jadeantes y confiados, tomaban rumbo a Brighton, a 85 kilómetros de distancia.

Seguidos por la persistente mirada de las cámaras de la televisión,

las antiguallas desfilaban soplando, roncando, hipando, chirriando o silbando, ante dos millones de personas, entre las que las vitoreaban a lo largo del camino y las que miraban por los televisores. En las tabernas que bordean la ruta —la *King William IV* en Streatham, la *Plough*, la *Feathers*— se alzaban copas y vasos en homenaje a los competidores. En Redhill, una chica que lucía un peinado caprichoso arrojó una rosa a uno de los conductores, hombre que se cubría con una gorra de cazador y gastaba bigotes de oficial de caballería. El con-

ductor le envió un beso con la mano y a punto estuvo de volcar con su automóvil.

El primero en llegar a la meta, tres horas después de su partida, fue Maurice Davenport, de Cheshire, fabricante de pestañas para muñecas, quien conducía un Progress modelo 1901. Davenport recibió un

No es propiamente una carrera, pues el único objeto que persiguen los competidores es el de llegar al final de la ruta. Todos los autos que logran concluir la prueba antes de las cuatro de la tarde reciben una medalla chapada en oro con la inscripción: "Otorgada por el Real Club del Automóvil por haber arri-



De Dietrich 1902



Lanchester 1904



New Orleans 1900



Minerva 1904

fuerte apretón de manos del alcalde de Brighton. El último de los coches que lograron terminar la carrera fue un Enfield Quad 1900, el cual llegó trabajosamente cinco horas después y cuyo piloto, R. C. Warne, fue objeto de la misma y efusiva recompensa.

Los participantes en la competición, todos, por lo demás, varones completamente normales, aunque, según la más pura tradición británica, ligeramente chalados, compitieron en la 30a. Carrera de Londres a Brighton para Coches Antiguos, con que se conmemoró la prueba original, efectuada hace 66 años. Esta competición patrocinada por el Real Club del Automóvil, es tan inglesa como el té de las cinco, el relevo de la guardia real o la cerveza caliente. Tiene lugar el primer domingo de noviembre y asisten a ella más espectadores que a cualquier otro evento automovilístico.

bado puntualmente a Brighton". Los peligros de la competición, sin embargo, son suficientes para hacer temblar al más pintado.

Para tener derecho a participar en esta carrera, todo automóvil debe haber sido fabricado antes de 1905, y no puede decirse que el tiempo se haya mostrado benigno para con estas animosas antiguallas. Algunas de sus piezas esenciales tienden a desprenderse por el camino. Los neumáticos, tan frágiles algunos como los linos heredados de las abuelas, dan en reventarse. Y como quiera que todo auto viejo es del género femenino (sus propietarios los llaman con apodos tan rancios y femeniles como Magda, Dora y Ema), los vehículos participantes en esta prueba se muestran también caprichosos, asustadizos y obstinados.

Cuando una de estas venerables ancianas se paró inopinadamente

SABE UD....

Cuál es la técnica que emplean los Fondos Comunes de Inversión para la compra de acciones...?

En la dinámica de un Fondo Común de Inversión, la compra de acciones reviste, sin duda alguna, decisiva importancia para el exitoso desarrollo de su gestión. De una selección acertada dependerá su constante valorización y el logro de rendimientos interesantes.

Por lo demás, las atribuciones de los directivos de estas instituciones, especialmente en lo que a política inversora se refiere, deben encuadrarse dentro de las limitaciones que la Ley 15.885, sabiamente reglamenta.

Dentro de ese mismo marco de prescripciones legales, la administración de un Fondo Común de Inversión actúa con todos sus elementos de juicio, variados e indispensables, en intensa labor de análisis de balances, compilación de informaciones avaladas con entrevistas a dirigentes de empresas, visitas a los centros de producción donde se recogen impresiones directas sobre la capacidad y evolución de cada empresa, desarrollo de su producción, perspectivas futuras, etc. En síntesis; los organismos técnicos de un Fondo Común de Inversión cuentan con estudios completos de todas las sociedades que cotizan sus acciones en el Mercado

de Valores de Buenos Aires, información que, normalmente, está fuera del alcance de otras instituciones o personas.

Resulta lógico suponer que, con este exclusivo cúmulo de información precisa que sintetiza los aspectos primordiales de la evaluación de las empresas, sus directores, todos ellos personalidades del mundo de las finanzas, constituidas en Comités permanentes, ponderen correctamente las proposiciones de inversiones, asegurando una acertada selección, sobre bases seguras y en el momento oportuno.

Surge entonces claramente que utilizando la técnica que emplean estas instituciones, tienen vigencia las premisas que sustentan: seguridad de la inversión, valorización y rendimientos.

Los lectores que deseen conocer la Cartera de Valores de un Fondo, así como también la mayor información del sistema, podrán solicitarlo mediante el cupón adjunto.

Sres. DIVAL S.A. - Corrientes 545,
10º piso - Buenos Aires.

Nombre:

Dirección: F.C.

Ocupación:

Ah

...¡ESTAN SONRIENDO, ESTAN FELICES!

...¡ELLOS SIENTEN LA FRESCURA PROTECTORA DE KOLYNOS!

¡Usted también sonreirá feliz,
con la protección de Kolynos!
Por su Nueva Fórmula Tensio-
activa, Kolynos limpia
más a fondo los dientes
y deja en su boca una
nueva sensación de
frescura y bienestar.



con **NUEVA FORMULA TENSIOACTIVA**
...¡Mejor que nunca!



SOLO SU DENTISTA PUEDE CUIDAR MEJOR SUS DIENTES

en el curso de la competición y se negó a seguir adelante, su propietario saltó fuera, dio vueltas al manubrio, encendió la chispa, hizo girar quién sabe qué misteriosa pieza del curvado tablero y dio nuevas vueltas al cigüeñal. La antigualla persistía en su inmovilidad. Por fin el conductor se volvió hacia la mul-

ella y vuelven a unírsele continuamente, a la vez que dan voces para alentar a los conductores y hacen sonar bulliciosamente sus bocinas.

Por añadidura, la ruta que siguen es montañosa, y lo que para un automóvil moderno resultaría una simple colina, es una titánica prueba para un carcamal de tres caballos



Wolseley 1903 Oldsmobile 1904 De Dion-Bouton 1901 Lutzmann 1896 Baker Electric 1902

titud de curiosos y les suplicó:

—¿Quieren ustedes hacerme el favor de volverse? Mi máquina es un poco tímida.

Todos, obedientemente, se volvieron a mirar a otra parte, y la decrepita abuela se reanimó en seguida, no sin esfuerzo, y prosiguió adelante entre jadeos.

Si para poner en movimiento tales vejestorios hace falta destreza, también se requiere maña para hacerlos detenerse. Uno de los pilotos me explicó:

—Estas máquinas no fueron hechas para detenerse en un pañuelo. Como las damas sus contemporáneas, debían deslizarse suavemente hasta hacer alto.

La ruta que han de seguir es una carretera de mucho tráfico. Los espectadores no sólo se alínean a lo largo de los caminos, sino que, subiendo a sus propios autos, se agregan a la procesión, se apartan de

de fuerza. Pero si el subir una cuesta resulta dificultoso, el bajar por ella puede ser mucho peor.

El tiempo también debe tomarse en cuenta. El mes de noviembre en Inglaterra no es precisamente benigno, y claro está que las antañonas señoras carecen de esos delicados refinamientos tales como capotas y parabrisas. Los pilotos se envuelven en capas y más capas de ropas, a manera de momias, en tanto que las damas que los acompañan, inficionadas de mágica nostalgia, se muestran muy garbosas cubiertas de esclavinas, sombreros dignos de la reina Victoria, flotantes velos y otras prendas de las empleadas antiguamente para un recorrido en automóvil.

A pesar de los inconvenientes que ofrece, o tal vez a causa de ellos, la carrera de Londres a Brighton se ha convertido en un acontecimiento especialísimo y muy apre-

ciado, en un suceso legendario. Año tras año, llegan autos y conductores procedentes de todo el mundo para tomar parte en la competición y, de favorecerles la suerte, figurar orgullosamente en el desfile que luego tiene lugar en Brighton y allí desplegar la bandera de su país. Tan popular se ha hecho la carrera a

nada que sea ajeno a los mismos. Si bien se permite reponer alguna pieza gastada o perdida y sustituirla por otra hecha en exacta imitación de aquélla, la junta no tolera que se tomen prestadas piezas de otro automóvil.

La competición que nos ocupa tuvo sus principios en 1896. Los parti-



Arnold 1896

M.M.C. 1899

De Dietrich 1902

Triciclo De Dion-Bouton 1898

Brighton, que el Real Club del Automóvil ha tenido que restringir las inscripciones y sólo se admite a los primeros 250 solicitantes que envíen la guinea de cuota de matrícula y prueba fehaciente de que sus coches fueron fabricados antes de 1905.

Los coches antiguos se han dividido en tres clases: los "ancianos", contruidos antes de 1905; los de la época del rey Eduardo VII, contruidos entre 1905 y 1918; y los "clásicos", fabricados entre 1918 y 1930. Un "anciano" del que pueda certificarse que fue contruido la víspera del primero de enero de 1905, vale casi el doble (hasta 5000 libras esterlinas) que un coche idéntico hecho el día siguiente.

La junta de inscripción de la carrera a Brighton examina detenidamente todos y cada uno de los vehículos registrados para asegurarse de que no se les ha agregado

darios de los carruajes sin caballos, sujetos aún a la Ley sobre Locomotoras en las Carreteras, estaban obligados a ver que sus rugientes monstruos no fueran a más de seis kilómetros y medio por hora y a que un criado de buenas piernas fuese corriendo por delante, provisto de una bandera roja, a fin de prevenir a otros, más moderados usuarios de los caminos reales. Haciéndose oír en el Parlamento, Lord Winchilsea y su junta del automóvil lograron que se modificase la ley el 14 de noviembre de 1896, fecha conocida desde entonces como Día de la Emancipación. La nueva ley autorizaba a los enloquecidos entusiastas de la velocidad a viajar hasta 19 kilómetros por hora.

Lord Winchilsea ofreció un almuerzo en el Hotel Metropole de Londres en celebración del suceso. Primero, el noble caballero pronunció un candente discurso. En segui-

da enarboló una bandera roja, símbolo de la antigua represión, y la rasgó por el medio. Esta fue la señal para que todos los presentes se lanzaran a la calle y montaran en sus automóviles. De los 58 automovilistas que se habían comprometido a terminar el viaje a Brighton, 39 consiguieron poner en marcha sus vehículos y 13 completaron la carrera en el tiempo fijado.

A todo lo largo del camino, fueron acogidos por entusiastas muchedumbres que les arrojaban ramos de flores al tiempo que alzaban carteles en los que se leía, por ejemplo: "La aldea de Reigate da la bienvenida al progreso". "Por el triunfo del Automóvil". En la propia ciudad de Brighton encontraron una enorme bandera que proclamaba: "Los siglos venideros admirarán vuestra imperecedera hazaña". Y durante toda la noche se dijeron discursos y corrió el champaña.

La competición se repitió tres años después, y fue luego abandonada al convertirse el automóvil en cosa ordinaria. En 1927, un diario londinense revivió, por humorada, la "Carrera de los Vejestorios". Desde entonces, salvo durante el tiempo que duró la guerra, en que se suspendió, la prueba ha venido aumentando en interés.

Todo coche de los que participan está autorizado a llevar pasajeros, y al parecer todo el mundo quiere hacer el recorrido: bellas damas de la mejor sociedad, personajes de la

televisión, las esposas de los conductores, sus amistades femeninas. Pero por románticos que sean, inevitablemente, los aficionados a los automóviles antiguos, su verdadera pasión se cifra en sus coches. Por tanto, las chicas invitadas por algún amigo célibe a hacerle compañía durante la carrera a Brighton habrán de verse examinadas estrechamente para determinar su idoneidad como copilotos. El corredor soltero se preguntará a sí mismo, no si la muchacha será capaz de cocinar y de lavar platos, sino: "Si nos atascáramos, ¿será capaz de empujar mientras yo guío?"

En una taberna, después de la última carrera de Londres a Brighton, le pregunté a uno de los competidores, tocado con una gorra estilo Sherlock Holmes, la razón de su participación en aquélla. Su vehículo le había fallado ya muy cerca de la meta; el hombre había tenido que empujarlo y la lluvia lo había calado hasta los huesos. Se disponía a contestarme cuando apareció en la habitación una rubia y bellísima muchacha, quien le echó los brazos al cuello y, al tiempo que sus ojos se iluminaban, le dio un beso. "¡Arturo!" exclamó. "¡Estuviste *fantástico*!"

Pagué la cerveza caliente que me había bebido y abandoné el lugar, preguntándome dónde podría hacerme de alguna antigualla de automóvil. Construido antes de 1905, claro está.



Cómo recordamos y por qué olvidamos

POR JOHN PFEIFFER
Condensado de "Think"

NOS MOVEMOS en un mundo de incesante actividad, un mundo henchido de acontecimientos. Los sucesos excitan lo que tenemos en la cabeza y ráfagas de breves impulsos eléctricos recorren nuestras fibras nerviosas desde los órganos sensorios hasta el cerebro. Las imágenes, los sonidos, los olores, todo lo que percibimos en el mundo exterior, está representado por pautas codificadas de impulsos: "chispas" vivas que sólo duran unas pocas milésimas de segundo.

Son señales fugaces. Hay, sin embargo, ciertos esquemas especiales de datos que quedan fijados (como si dijéramos, congelados al vuelo) y se trasforman en recuerdos permanentes entre intrincadas redes de neuronas. Se archivan sistemática y apretadísima para posterior referencia.

En la memoria del hombre la Naturaleza creó un sistema de almacenamiento verdaderamente no-

Los sabios han desentrañado muchos de los enigmas de la memoria y están a punto de hacer nuevos y sensacionales descubrimientos acerca de ella.

table, con el cual la micropelícula ni siquiera admite comparación. Este sistema contiene un enorme número de "rastros de memoria" o partículas de información aisladas que representan el pasado tan evidentemente como lo representan los caracteres cuneiformes de las antiguas tabletas de arcilla. Recientemente los sabios han ampliado sus conocimientos sobre la memoria y los "rastros" de ésta; y aunque todavía será preciso llevar a cabo muchas investigaciones más, creen que por fin están empezando a aproximarse a la solución de muchas cuestiones fundamentales.

Ya los sabios sospechan que el aprendizaje produce cambios efec-

tivos en el cerebro, probablemente varios cambios de diferentes clases. En primer lugar, la corteza o envoltura exterior del cerebro se ve tal vez afectada. Esta delgada capa de sustancia gris contiene unos diez mil millones de neuronas y constituye el centro cerebral más evolucionado. Recientes experimentos con animales, hechos en la Universidad de California, en Los Angeles, indican que ciertas células de la corteza, las llamadas astrocitos, a la manera del sistema de raíces de una planta en crecimiento, producen más y más fibras a medida que avanza el aprendizaje.

La corteza comprende zonas especiales reservadas como centros receptores de los datos que captan y transmiten los órganos sensoriales. Las señales transmitidas por el ojo pasan a las zonas visuales en la parte posterior de la corteza; las transmitidas por el oído, a las zonas auditivas dispuestas a los lados, y así sucesivamente. Los estudios más recientes indican que entre los pintores las zonas visuales contienen una proporción sumamente alta de astrocitos extraordinariamente ramificados; entre los músicos, las zonas auditivas son las que presentan ese mismo fenómeno.

De los clásicos experimentos llevados a cabo por el Dr. Wilder Penfield en el Instituto Neurológico de Montreal, se han obtenido nuevos indicios del posible papel que desempeña la corteza cerebral en la memoria. Hace unos 15 años, al operar el cerebro de una mujer

de 26 años que sufría de epilepsia, ocurrió una cosa sorprendente, y fue que el Dr. Penfield la hizo evocar artificialmente un recuerdo. Al tocar con un electrodo estimulante un punto en el lado de la corteza de la paciente, ésta dijo: "¡Oigo música!" Al retirar el electrodo, la música cesó súbitamente. Quince minutos después, se aplicó el contacto al mismo punto, con el mismo resultado: "Otra vez oigo música. Es como la radio".

El cirujano repitió la prueba 20 veces y excitó diversos puntos en una zona del tamaño de una cabeza de fósforo, y cada vez la paciente oía la misma tonadilla con vívido detalle, como si por su mente estuviera pasando una cinta magnetofónica. Y al parecer la cinta se volvía a enrollar automáticamente, porque cuando, después de retirar el electrodo, se tornaba a aplicar unos minutos más tarde, la música se repetía ¡desde el principio!

El proceso de "desenrollar" es familiar en nuestra experiencia cotidiana. Cuando tratamos de recordar un verso de un poema o de una canción conocida, a veces tenemos que recitar mentalmente la composición desde el comienzo hasta llegar al verso que queremos. Gran parte de lo que recordamos parece estar archivado en cierta determinada secuencia, como los cuadros de una tira de micropelícula. Cuando se evoca, la película corre hacia adelante, nunca hacia atrás, a un ritmo invariable fijado por el tiempo.

No se limitan a la corteza los mecanismos de la memoria. En la Universidad de Stanford se han hecho estudios de ondas cerebrales, de los cuales se sigue que la actividad eléctrica de las estructuras "límbicas" (centros situados en torno a los bordes interiores, entre los hemisferios cerebrales) varía durante el aprendizaje. Se cree que a las lesiones sufridas por estas partes más recónditas del cerebro deben atribuirse ciertos síntomas, como los que muestra un cartero de edad madura que está recluido en un hospital para veteranos del ejército cerca de Chicago. Recuerda los acontecimientos de su niñez, su servicio militar durante la segunda guerra mundial, detalles de su recorrido cuando era cartero, en fin, todo cuanto su memoria había acoopiado antes de que le atacase la enfermedad, hace varios años. De entonces acá, nada ha agregado a su archivo interior. Debido a una lesión de las partes más profundas de su cerebro, éste perdió la facultad de formar permanentemente nuevos rastros en la memoria.

Existe una clara diferencia entre no poder formar nuevos trazos en la memoria y no poder evocar los que se han formado ya con anterioridad. En realidad, el cartero nada ha *olvidado*, sino que, a partir de su enfermedad, su cerebro no ha registrado los acontecimientos.

El olvidar, por otra parte, consiste en la obstrucción de las vías que conducen hasta la información almacenada. En estos casos los rastros

mismos de la memoria a menudo parecen permanecer intactos. Así por ejemplo, bajo la influencia del hipnotismo una persona recuerda instantáneamente sucesos de la niñez que había "olvidado", es decir, que están allí, pero que normalmente son inaccesibles a la conciencia.

La formación y el almacenamiento de rastros de la memoria son fenómenos infinitamente complejos; y el mecanismo de evocación o recuperación es todavía más misterioso. Trate el lector de imaginar lo que ocurre en su cerebro cuando alguien le pregunta: "¿Ha leído usted *Al oriente del Edén*?" o "¿Conoce usted a John Steinbeck?" El lector contestará en pocos segundos, con seguridad correctamente; y sin embargo, para realizar esta proeza ha tenido que buscar en el archivo de su memoria, que contiene millares de títulos y de nombres. Los sabios no se explican el fenómeno.

Existen además otras facultades de la memoria que bien quisiéramos conocer más a fondo. Por ejemplo, la imaginación: puede ésta ser un proceso como el de armar un rompecabezas, cuyas "piezas" son rastros de la memoria previamente formados y que se van colocando en nuevas formas: símiles, metáforas, teorías científicas, utopías. Es ilimitado el campo de tales trabajos; como ha dicho un distinguido investigador: "Cuanto mejor conozcamos la manera en que las neuronas registran los datos, mejor podremos comprender los procesos esenciales de la vida misma". ✕

COMO LA
MAYORIA
DE LAS
GRANDES
MARCAS

FIAT



CONFIA EN FILTROS PUROLATOR



Los filtros **PUROLATOR MICRONIC**, son fabricados en la Argentina por **PUROLATOR ARGENTINA S.A.I.C.** con papel importado desde la casa matriz, **PUROLATOR PRODUCTS INC. USA.**

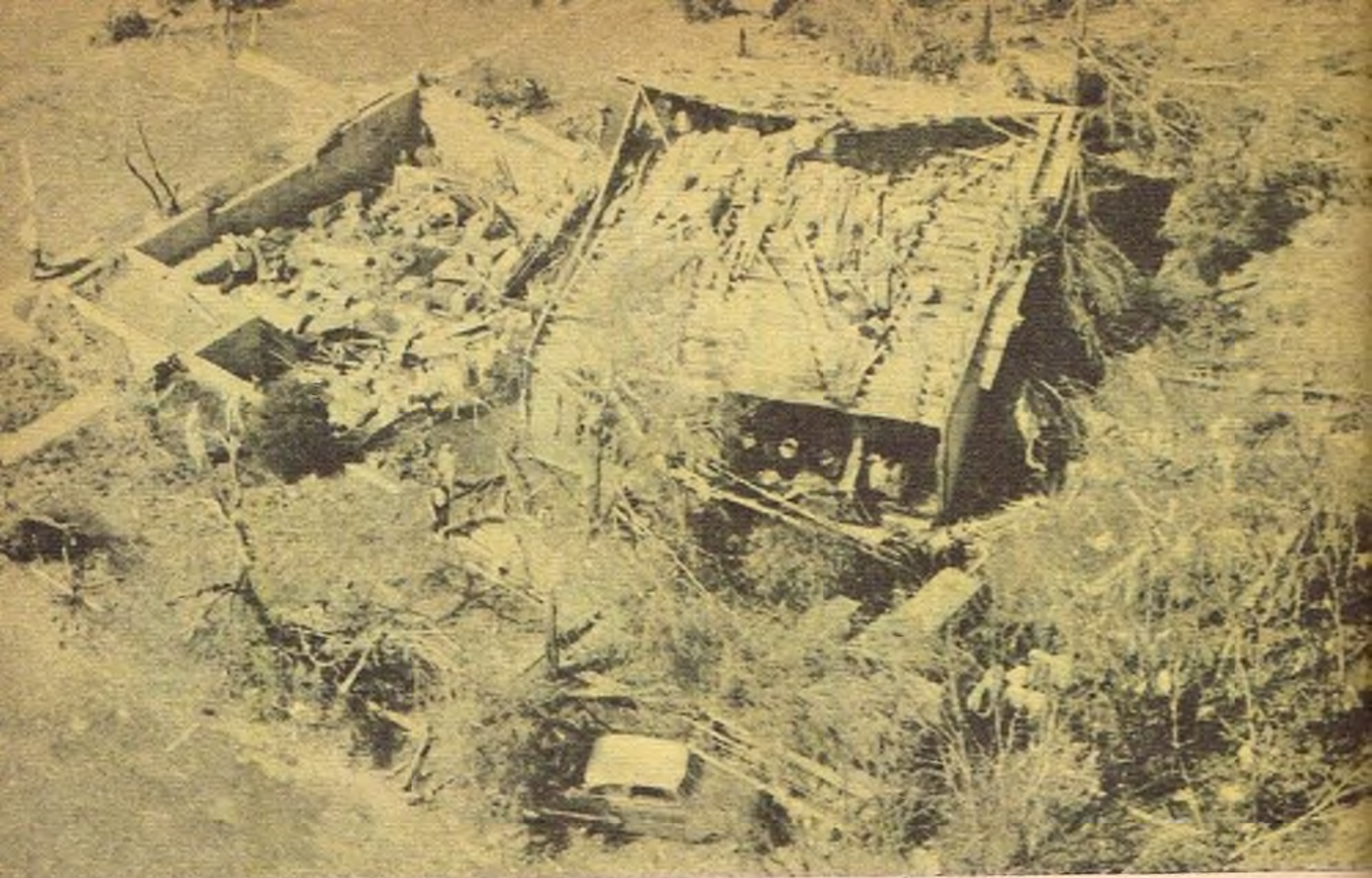
El FIAT es un automóvil de diseño depurado, de detalle cuidado, cuyos componentes se someten al más minucioso control de calidad y eficacia...

...y FIAT eligió para sus famosos modelos 1100 y 600 D los FILTROS PUROLATOR.

Porque son eficaces (99,98 % de retención según norma SAE)

Porque no dejan pasar ni las impurezas de un micrón de diámetro, o sea de 0,001 mm. (esto es muy importante ya que el 70 % de las impurezas dañinas tienen menos que 2 micrones de diámetro).

Porque satisfacen... nada de problemas nada de reclamos (si no lo cree, cambie el filtro de su coche por un legítimo Purolator, y comprobará la diferencia!)



La granja de Emil Ziebart quedó arrasada. El tejado de su casa voló en pedazos y la casa entera fue arrancada de sus cimientos.

El huracán que asoló una región

POR HELEN REZATTO

Condensado de "Southwest Review"

En mayo de 1962, durante siete días interminables, Dakota del Sur fue devastada por los sucesivos y violentos huracanes que azotaron toda la región.

EL 14 de mayo de 1962 llovía ligeramente sobre la región de "las grandes llanuras", en las que siempre se reciben con entusiasmo los chaparrones de primavera. Emil Ziebart, granjero de Ethan (pueblo situado en la parte sudoriental de Dakota del Sur) vio que se acumulaban nubes amena-

zadoras hacia el sudoeste, pero pensó que tenía tiempo de arar otro surco antes de la cena.

Cuando estaba próximo a terminar aquel último surco, miró de nuevo al cielo y observó que, sobre la arboleda de la finca vecina, se había formado una masa de nubes muy oscuras de unos 750 metros de ancho; de ella colgaba una especie de embudo con su parte más estrecha vuelta hacia la tierra. De pronto, Emil vio con espanto que desaparecían los árboles, tragados por el embudo con la misma facilidad con que una máquina aspiradora absorbe las partículas de polvo.

Sin perder un momento sacó el arado de la tierra y se dirigió en el tractor a su casa. La nube avanzaba hacia él con las fauces abiertas como si quisiera devorarlo.

Saltó del tractor y echó a correr hacia la barrera de árboles que protegía el corral de su granja por el lado de poniente; se metió de cabeza por entre la alambrada y se abrazó firmemente del primer árbol que encontró. En esto se produjo un silencio ominoso y extraño, y Emil Ziebart comenzó a respirar jadeante en una atmósfera pesada y fantasmal. Sólo podía oír los latidos de su corazón. Se oyó un estruendo horrible y Emil sintió un fuerte golpe en la espalda. Hundió el rostro en la tierra mientras el tornado rugía sobre él.

Pocos segundos después cesaron el muro negro, la presión del aire y el estruendo. Ziebart levantó poco a poco la cabeza y vio que el ár-

bol al que se agarró había sido despojado de su copa. A un lado y a otro, como si fueran montones de maleza en descomposición, yacían grotescos árboles arrancados de cuajo con las raíces colgando. En toda la amplitud que alcanzaba su vista se extendían caóticos amontonamientos de restos retorcidos de hojalata y tablas partidas, la máquina espigadora volcada, las cañas de maíz del año anterior apiladas desordenadamente, las gallinas muertas. Junto a él había caído un faisán sin más plumas que algunas del pescuezo, únicas por las cuales se podía reconocer la especie del ave.

Ziebart se levantó aturdido, meneando la cabeza. Algo raro sucedía. Quizá había perdido el sentido de la orientación, pensó. ¿Dónde estaba el establo, el silo, el pajar, los gallineros, todas sus construcciones, en fin? Nada quedaba en pie. Únicamente había montones de escombros.

Angustiado miró a lo lejos en busca de su casa, pero no vio más que los restos de la escalera de entrada, que apuntaba al vacío. Poco más allá, arrancada totalmente de sus cimientos y aplastada contra los árboles martirizados, estaba la casa; los colgantes fragmentos del tejado parecían extremidades humanas destrozadas. Pero, ¿dónde estaría su familia?

Como un loco se puso a revolver entre los escombros. "¡Dios mío, han muerto! ¡Todo ha desaparecido! ¡No me queda nadie!", gritó repitiendo el ancestral clamor del

hombre contra la crueldad de la Naturaleza.

AQUELLA tarde de mayo, Emeline Ziebart no había puesto la radio ni la televisión, y no oyó el anuncio del huracán. Mientras se enfriaba sobre la mesa de la cocina el pastel de plátano que acababa de hacer, metió en el horno varios panes. Vio que estaba lloviznando. Y un instante después se sintió sobrecogida por un seco estallido. La casa entera empezó a moverse convulsivamente y las ventanas saltaron en pedazos.

“¡Es un tornado!” gritó. “¡Joey! ¡Diane! ¡Corred al sótano!”

Los tres se precipitaron hacia el refugio y se acurrucaron debajo de la escalera. El pequeño Joey, de siete años, quedó colocado entre su madre y su hermana Diane, de 17 años, que instintivamente lo tumbaron en el suelo para protegerlo con sus cuerpos. Inmediatamente se sintieron aplastados contra el piso de hormigón por una fuerza sobrehumana.

Pasaron unos momentos —lo mismo pudo ser un minuto que cinco— y todo volvió a la calma. El huracán había azotado su casa y se había tragado vorazmente hasta la escalera que los protegía. Sobre ellos no tenían más techo que el cielo abierto y a su alrededor se extendía la desolación: restos de la máquina de lavar, pilas, pesados tubos, cables eléctricos rotos, trozos de madera... y lodo por todas partes. Mientras subían a gatas desde

el sótano para llegar al patio, un temor asaltó a Emeline Ziebart: ¿Dónde estaría Emil? ¿Aplastado bajo el tractor? ¿Destrozado quizá en el campo?

De pronto vio a su marido, y en aquel mismo instante él también los vio a ellos. Emil Ziebart echó a correr tropezando acá y allá con los cascotes. Cuando los cuatro estuvieron reunidos se abrazaron sin poder hablar. Diane fue la primera en romper el silencio diciendo: “¡Gracias a Dios, todos estamos vivos!”

Unos vecinos solícitos llevaron a los Ziebart al hospital, donde los asistieron de la conmoción y de heridas leves. Luego la familia fue a casa de unos parientes con quienes pasaron una noche de insomnio.

A la mañana siguiente los Ziebart contemplaron con doloroso asombro el montón de ruinas que quedaban de lo que había sido una granja modelo. Hasta las cercas estaban destruidas y el ganado sobreviviente, despavorido y magullado, había huido en desbandada a muchos kilómetros de distancia. En la casa volcada, los muebles que quedaban estaban rotos y cubiertos de suciedad. El horno eléctrico se había desprendido de la cocina metálica (que solía brillar siempre como la plata) y de él habían saltado los panes que no llegaron a cocerse. El pastel de plátano desapareció misteriosamente: el depredador se lo había tragado, dejando sin embargo el molde intacto.

Mientras tanto, varios kilómetros

al nordeste, en la granja de Anthony Schoenfelder, el enfurecido demonio de la tempestad destruyó todos los edificios, aunque no llegó a arrancar de sus cimientos la casa principal. Durante el ataque, Schoenfelder había sostenido la puerta para mantenerla cerrada contra su poderoso adversario hasta que pudieron refugiarse en el sótano su esposa y sus doce hijos. Mary Ann, la hija mayor, proyectaba casarse en junio; su traje de boda fue arrebatado del suelo de la sala, donde lo habían extendido para hacerle unas reformas; lo encontraron después hecho harapos, enredado entre las ruinas del silo.

Al día siguiente un segundo torbellino arrasó la pequeña aldea de Roswell, en Dakota del Sur, culminando un viaje de dos días en el que había recorrido 150 kilómetros. Como anuncio de lo que iba a venir se abatió sobre el remolque de Joseph Hanson una granizada de pedruscos gordos como puños. Hanson, encargado de una gasolinera, recogió a sus dos hijos, de tres y cuatro años, y los colocó en una colchoneta al lado de su mujer, que estaba embarazada de ocho meses. Luego extendió los brazos intentando proteger a los suyos. Por un instante se sintió sin peso, suspendido en el espacio. Le pareció que el remolque comenzó a elevarse lentamente. De pronto se produjo una explosión causada por el vacío formado por el vórtice del torbellino y todo saltó por los aires, incluso las cuatro personas.

Hanson pudo levantarse con gran trabajo del suelo pegajoso y lleno de basura, y vio una pequeña figura humana que flotaba en el aire como una pluma; vertiginosamente se lanzó a detenerla con las manos: era el pequeño de tres años. En seguida Hanson vio a su otro hijo, que llorando a gritos intentaba ponerse en pie cerca de un peligrosísimo cable de alta tensión, enroscado como una serpiente en medio de la carretera. "¡No te muevas!" le gritó el padre, y se abalanzó sobre él levantándolo mientras el niño seguía llorando desesperadamente. Todos estaban sin zapatos y sus trajes habían quedado hechos guiñapos. La mujer, a pesar de su estado, corrió también descalza hacia el muchacho mayor. Los Hanson estaban por fin reunidos. Parecía un milagro que todos se hubieran salvado. Más tarde se encontraron trozos del remolque a kilómetro y medio del sitio en que lo sorprendió el ciclón.

Los Ziebart, los Schoenfelder, los Hanson y muchos más fueron víctimas de la serie de gigantescos tornados que destruyeron la parte sudoriental de Dakota del Sur en el curso de una semana del mes de mayo de 1962. Esta zona se encuentra en el borde noroccidental de la llamada avenida de los tornados, extensión sin límites definidos situada en las grandes llanuras que van desde el golfo de México al Canadá. En ese lugar azotan los huracanes giratorios con más frecuencia que en otras partes del mundo.

El tornado se forma cuando una masa de aire frío y seco procedente del oeste o del noroeste se mueve por encima de una capa de aire caliente y húmedo que viene del sur o del sudoeste. En determinadas condiciones, este choque de masas atmosféricas hace que la más cálida de ellas ascienda velozmente en remolino (que en el hemisferio setentrional gira en sentido contrario al de las agujas del reloj). En el centro del huracán, la zona de baja presión es un vacío parcial. Se estima que, dentro del embudo que forma la nube, la velocidad del viento remolinante alcanza de 300 a 800 kilómetros por hora. La nube del tornado, en cambio, se mueve con relativa lentitud (de 30 a 70 kilómetros por hora) y por regla general sigue una dirección que va del sudoeste al nordeste.

Debido a la enorme velocidad del viento, a las violentas corrientes ascendentes y al vacío parcial que se produce en el vórtice, estos huracanes se pueden comportar de la manera más caprichosa: a veces marchan en círculos, o avanzan en línea recta, o dan una vuelta en U, brincan, saltan o zigzaguean, y hasta se desintegran repentinamente.

Durante la semana de horror de mayo de 1962, los huracanes descendieron todos los días sobre Dakota del Sur, asolando a veces una gran extensión y otras un lugar aislado únicamente. El 21 de mayo, exactamente una semana después de la primera catástrofe, Emil Ziebart, con la ayuda de un tratante de

aves y de otras personas, se dedicaba a recoger las gallinas y pollos que le habían quedado, cuando empezó a llover a torrentes y a caer una terrible granizada. Ziebart tranquilizó a sus acompañantes diciéndoles: "No se preocupen. El tornado nunca vuelve dos veces al mismo sitio".

Sin embargo, se equivocaba de medio a medio, pues el embudo amenazador se dirigía culebreando hacia ellos. "¡Vámonos!" gritó Ziebart. Y, saltando a sus automóviles, él y sus acompañantes se dirigieron primero hacia el norte, luego al este y por último al oeste, intentando escapar al serpenteante meteoro.

Más tarde pudieron ver cómo la segadora-trilladora, que quedó averiada la vez anterior, había sido volcada de nuevo, y observaron que la tolva del silo, de 12 metros de largo, había desaparecido. Ziebart comentó sombríamente: "Parece que ese demonio había olvidado algo".

Son imposibles de predecir las veleidades de esos huracanes diabólicos: unas veces son crueles y otras, en cambio, compasivos. El conductor de un camión que marchaba cerca de Gregory (Dakota del Sur) huyendo de un torbellino que serpenteaba a sus espaldas, pudo ver por el espejo retrovisor cómo el tornado cortaba, hacía pedazos y se iba tragando 400 metros del asfalto de la carretera que se extendía a sus espaldas, hasta que se desvió hacia un campo.

En Lake Andes, donde se contaron cinco tornados en un solo día, el asolador levantó de un zarpazo parte del tejado de la escuela e hizo pedazos la cocina y el comedor cuando ya los muchachos habían salido. Pero un postre de gelatina ni siquiera se movió. Hubo un tornado que penetró en la cocina de otra casa, sacó los huevos de la refrigeradora estrellándolos contra el suelo y, después de llenar de barro el interior de la refrigeradora, cerró otra vez la puerta. En una peluquería de señoras el ladrón aéreo absorbió los billetes del cajón cerrado de una registradora y el dinero se encontró dos habitaciones más allá, pero la máquina seguía cerrada.

Los terribles remolinos de aquella espantosa semana de mayo dejaron a muchas personas sin casa, derribaron cientos de edificios, destruyeron muchos kilómetros de líneas telefónicas y eléctricas, desarraigaron incontables árboles y mataron a muchos animales. La región sudoriental de Dakota del Sur tuvo que emprender una labor casi imposible de reconstrucción y limpieza.

El trabajo en grupos fue muy valioso. Se enviaron alimentos, vestidos y dinero para las víctimas de las tempestades. Pero el mayor consuelo fue la compasión y la cordialidad de los afortunados hacia los que tuvieron menos suerte. Cuando

Mary Ann Schoenfelder, la muchacha que había perdido su traje de boda, se casó en junio, llevaba un magnífico vestido de novia que le regaló el pueblo de Ethan. Joseph Hanson sintió menos la pérdida de su remolque, que no estaba asegurado, al ver que la Cruz Roja, el Ejército de Salvación, los vecinos y algunos bienhechores anónimos entregaron a su familia dinero, ropa, alimentos e incluso juguetes para los dos pequeños, y le pagaron el primer mes de alquiler de un nuevo remolque. Y lo mejor de todo fue que, un mes más tarde, llegó su nueva hija, Jo Ann, que al parecer no había sufrido el menor contratiempo a pesar de su aventura prenatal.

Emil Ziebart vendió el ganado que le quedaba, compró una casa remolcable y regresó con su familia al paraje desolado por los dos tornados. En sus ojos brillaba el valor de los primeros colonizadores cuando dijo: "La cosecha parece muy buena y todos damos gracias a Dios por estar vivos".

Después que terminó aquella terrible semana, numerosas personas sintieron lo mismo que él. Y muchos sacerdotes dieron gracias a la misericordia divina por lo que era casi una increíble merced: ni una sola persona había resultado gravemente herida; ni una sola vida humana se había perdido.



DIFÍCIL es creer que los pensamientos de los demás sean tan ridículos como los nuestros, pero quizá lo son.

— James Harvey Robinson, en *The Mind in the Making* (Editores: Harper)

“Pícaro”

Condensado del libro de*
STERLING NORTH



*“Rascal”. © 1963 por Sterling North

En 1918, el año mismo en que se peleaba con furia en la primera guerra mundial, el Oeste Medio norteamericano era todavía el reino de la inocencia y la sencillez, y el ámbito donde creció libérrimo Sterling North, niño entonces de 11 años, huérfano de madre, que vivía en una villa del sur de Wisconsin. Su mejor amigo y su más inseparable compañero de correrías fue un mapache al que llamaba "Pícaro". En su nuevo libro North ha sabido recordar, con una fidelidad y con un encanto que subyugan, los triunfos y los temores, y el sometimiento final de su infancia indómita.

HABÍA cumplido yo 11 años aquel verano de 1918 y vivía con mi padre en nuestra casa de diez habitaciones. Él era un hombre ilustrado, algo olvidadizo, cuyos negocios de bienes raíces lo obligaban a hacer constantes viajes y, como mi hermano Herschel peleaba por entonces en Francia y mis dos hermanas mayores vivían ya en casa aparte, yo me quedaba solo con frecuencia. Pero no me hacían falta compañeros.

Entre mis muchos animales domésticos figuraban varios gatos y cuatro zorrillos añejos (hasta el día en que ocurrió un pequeño accidente y una comisión de vecinos me obligó a soltarlos en el monte); Frondio, mi enorme y cariñoso perro San Bernardo, perpetuamente hambriento; y Edgar Allan Poe, el cuervo que vivía en el campanario de la iglesia metodista de al lado y

que gritaba "¡Qué gusto! ¡Qué gusto!" —la única frase que sabía— cuando los circunspectos feligreses acudían a los servicios religiosos, bodas o entierros. Pero mi amigo más reciente, mi compañero más constante, era Pícaro, mi mapache.

Lo había criado con biberón y ahora ya comía en la mesa con papá y conmigo. Sentado en mi vieja silla alta bebía su escudilla de leche tibia, irguiéndose sobre los cuartos traseros y apoyando las manos sobre la bandeja. Sus modales eran excelentes —mucho mejores que los de tantos chicos— y exteriorizaba su satisfacción con chillidos y gorgoritos. Pícaro también dormía conmigo, y por las noches su felpuda presencia me hacía sentir menos solo cuando mi padre estaba ausente.

Iba a pescar conmigo y en su compañía exploraba los bosques de



Wisconsin que rodeaban el pueblo de Brailsford Junction, donde vivíamos. Cabía muy bien dentro de la cestilla delantera de mi bicicleta y pronto se hizo un maniático del ciclismo. Viajaba con las patitas bien abiertas sobre la rejilla de alambre, agarrando con las manos el borde de la cesta. Cuando bajábamos como una exhalación por las colinas, flotaba su hermosa cola como si fuera de plumas y, con aquellas anteojeras negras que la Naturaleza le había puesto en derredor de los ojos, parecía un as del volante llegando a la meta. Era un demonio para la velocidad y yo lo llevaba a todas partes.

Dora nos visita

UN DÍA, mientras yo lijaba en la sala las cuadernas de una canoa que me había propuesto construir

y Pícaro jugaba con el maderamen, entró por la arenosa calzada un elegante coche Stutz Bearcat, del cual se apeó mi linda hermana casada, Teodora. Había venido desde Minnesota a hacernos una visita y traía consigo una de sus criadas.

—¡Dora, Dora! —grité alegremente, y salí corriendo a abrazarla.

—Hola, chiquillo... ¡Jesús!, estás todo lleno de aserrín.

—Estoy haciendo una canoa.

—Qué bien. ¿En dónde?

—En la sala —le respondí bajando los ojos.

No acerté a explicarle que, en el invierno, cuando había empezado a construirla, hacía demasiado frío en el granero. Yo quería mucho a esta hermana, pero me infundía cierto respeto. Aunque había sido muy cariñosa conmigo desde que murió mi madre (ya iba para cuatro años) se mostraba inflexible en lo tocante al buen comportamiento, el vestido, el cuidado de la casa y muchas cosas más.

Dora paseó la vista por la sala y se llevó las manos a la cabeza horrorizada.

—¡Santo Dios! ¡Jamás había visto semejante desbarajuste en mi vida!

—Yo barro el aserrín y las virutas todas las tardes.

—Sí, precisamente las estoy viendo junto a la chimenea.

—Papá y yo nos las arreglamos muy bien para manejar la casa —dije, poniéndome a la defensiva.

—“¡Manejar la casa!” Ahí está precisamente el mal. Vamos, Sterling, he traído a Juana para que barra y limpie esta casa de arriba abajo. Yo voy a prepararos algo decente que comer; luego contrataremos una ama de casa permanente y, entre tanto, vamos a sacar esa canoa de la sala.

—¿No sería mejor que nos dejaras tranquilos? —observé dolorido.

Le dije a Dora que vivíamos a gusto en aquella forma y añadí desafiante:

—Además, tú no eres mi madre.

—¡Oh, niño mío! —exclamó ella súbitamente contrita y luchando por contener las lágrimas. Luego se me acercó por detrás de la canoa y me besó tiernamente.

Dora no había reparado hasta entonces en Pícaro, que, sin que ella lo viera, la miraba y la escuchaba atentamente. No digo que el mapache fuera un gran conocedor del carácter humano, pero sí reaccionaba con sorprendente sensibilidad a las distintas modulaciones de la voz; sabía distinguir los elogios de

los reproches y conocía si la gente lo trataba con afecto o con enojo. Por lo visto, desconfiaba de aquella forastera pelirroja, aunque sus ojillos se quedaban prendidos con frecuencia en su brillante cabellera.

Su virtual invisibilidad se debía a que estaba echado sobre una gran piel de jaguar cuyas manchas se confundían con las suyas y, cuando se levantó de allí, como si fuera el espíritu desprendido del felino amazónico, Dora se quedó con el alma en un hilo.

—¿Qué demonios es *eso*?

—Es Pícaro, mi buen mapachito.

—¿Y es posible que viva aquí, en esta casa?

—Solamente a ratos.

—¿No muerde?

—No; si no le pegas ni lo regañas.

—Saca eso de aquí inmediatamente, Sterling.

—Está bien, lo sacaré —convine de mala gana, aunque sabía que Pícaro podía abrir la puerta de malla y volver a entrar cuando quisiera.

—Ahora, ayúdale a Juana a traer las maletas —me ordenó Dora—; ponedlas en la alcoba de abajo.

No me atreví a decirle que yo dormía en esa habitación, y mucho menos que también allí dormía Pícaro.

No me mortificaba a mí cederle a Dora el dormitorio de abajo; ella ocupaba siempre esa gran habitación con su baño privado; decía que en toda la casa no había otra cama donde se pudiera dormir.

Mis dificultades estaban en tratar de explicar a Pícaro el convenio;

los mapaches son animales de hábitos inveterados... y Pícaro había elegido la misma cama que quería Dora. También prefería una habitación con baño y estaba habituado a que yo le dejara dos dedos de agua en el lavamanos para beber en caso de que le diera sed por la noche, o para lavar un grillo antes de comérselo. ¿Cómo me las arreglaría para comunicar el desahucio a este animalillo con tales costumbres?

Mapache contra cuervo

PÍCARO había pasado su infancia en el hueco del roble que crecía en el patio, y yo solamente lo veía cuando lo sacaba de su agujero para darle leche tibia. Frondio, mi fiel San Bernardo, era su guardián; dormía por la noche bajo el roble y allí se quedaba la mayor parte del día, siempre alerta, siempre vigilante, a pesar de que sus 80 kilos de materia lo hacían parecer soñoliento y de que sus enormes fauces chorreaban constantemente un hilillo de baba.

(Patricio Delaney, el tabernero que vivía calle arriba, dice que los San Bernardo babea por una razón muy justificada. Y explica que, allá en los Alpes, estos nobles animales salen todos los días del invierno con un barrilito de coñac atado del collar a socorrer a los caminantes perdidos entre la nieve. Y aquello de llevar siempre el coñac debajo de la boca, sin probar nunca una sola gota, los pone tan sedientos que babea sin cesar. Y el babeo se ha hecho hereditario.)

Una tarde se asomó Pícaro a la boca de su agujero, hizo un gorgorito, luego sacó la cola y comenzó a bajar cautelosamente por el tronco del árbol, hacia atrás, a la manera de un osezo. Frondio se alarmó mucho y ladró unas cuantas preguntas sin dejar de mirarme, como queriendo saber qué decía yo de este nuevo problema que se nos presentaba. Yo lo tranquilicé diciéndole que aguardáramos a ver qué pasaba.

Apenas tocó el suelo, Pícaro se encaminó al pozo de hormigón lleno de pececillos que yo criaba para cebar mis anzuelos. Sin vacilar se metió en el agua y fue tentando el fondo con sus sensibles dedos en busca de los plateados animalillos que se escabullían veloces al sentir el peligro. Aunque este era su primer ensayo de pesca, ya sabía el mapache el método que seguían sus mayores para atrapar jaramugos.

No tardó en agarrar entre sus delicadas manecitas negras un brillante pececillo de unos diez centímetros de largo, y en seguida comenzó la ceremonia de lavarlo. Aunque el pescado estaba inmaculadamente limpio, Pícaro lo enjuagó durante varios minutos antes de retirarse a saborear su comida.

Sabiendo yo que a todos los mapaches les fascinan los objetos brillantes, apenas salió el mío de su nido le di tres monedas de cobre nuevecitas. Él las tentó con cuidado, las olió, las saboreó y luego, con la felicidad de un avaro, las escondió en un rincón oscuro con otros teso-

fragancia y protección

se unen en **Van Ess**



BARRA Y CREMA

EXTRA FRESCA: muy
sobria y personal

CHIPRE: es vibrante,
distinguida... atrayente

LOCION
DESODORANTE
Fresca,
sugestiva,
distinta

Y además...
TALCO
Suave,
etéreo,
finísimo

DESODORANTES CON PERFUMES EXCLUSIVOS

"Distribuidos por Kolynos S. A."

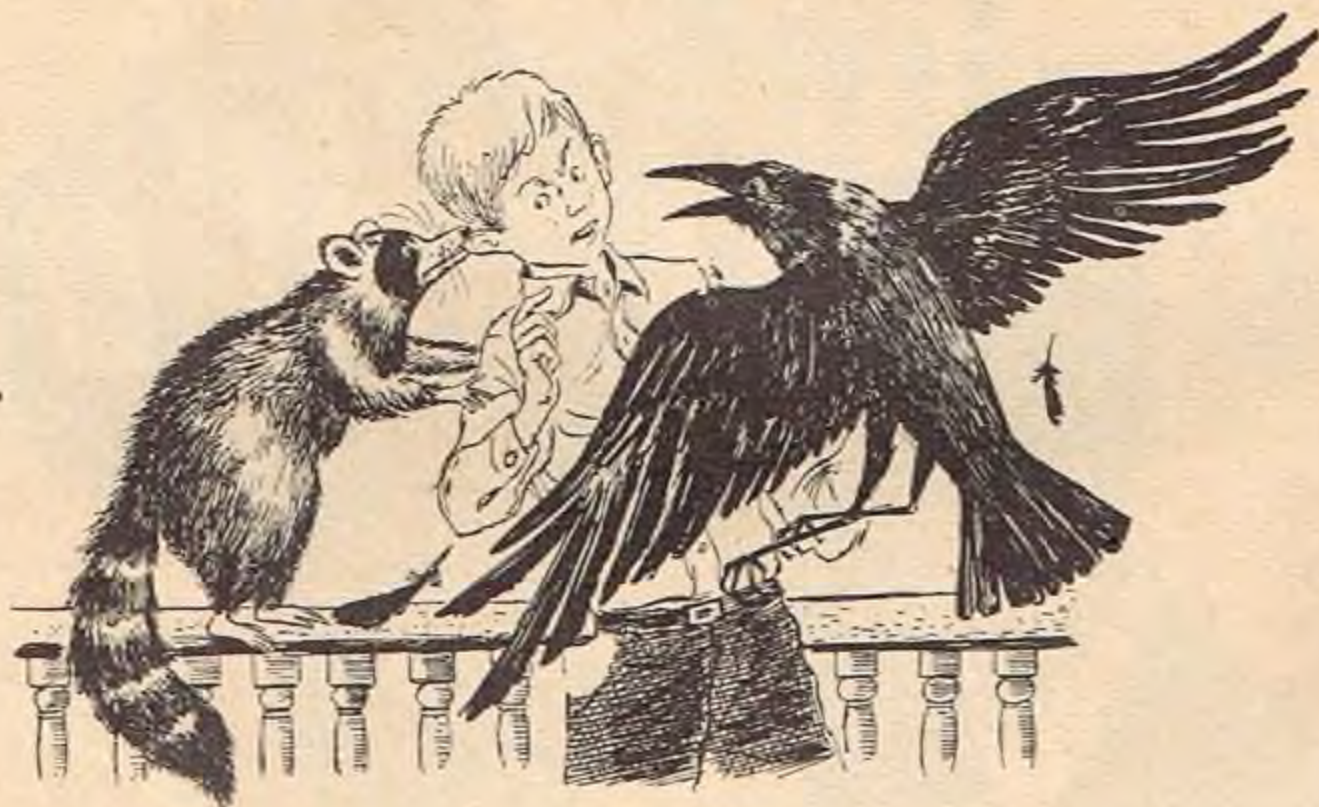


ros, tales como canicas de vidrio, una perilla de cobre y mi inservible reloj de pulsera. Poe, el cuervo, posado sobre el barandal del porche, se divertía fastidiando a los gatos, aunque manteniéndose siempre a prudente distancia. Y cuando Pícaro empujó la portezuela de malla y salió a la luz del sol con su monedita tan brillante como si fuese de oro, el pajarraco negro, que sabía renegar y maldecir en lengua corvina, ahuecó las alas y comenzó a pavonearse como un matón de arrabal.

Poe y Pícaro habían sentido mutua aversión el uno por el otro des-

No obstante, la monedita era tan tentadora que el cuervo echó la prudencia a un lado y se abalanzó sobre el objeto (a los cuervos también les atraen de manera irresistible las baratijas brillantes y son, además, ladrones empedernidos).

Pícaro traía la monedita en la boca, y el cuervo se la arrebató llevándose de paso entre el pico unos cuantos pelos de los hirsutos bigotes del mapache. Pero no anduvo muy listo en la retirada, porque Pícaro alcanzó a agarrarlo, dispuesto a jugarse la vida en defensa de su propiedad. Formose entonces un remolino de plumas y pelos en lu-



de el instante en que se conocieron. Los cuervos saben que los mapaches roban los huevos de pájaros y que a veces se comen los polluelos. Además, Poe estaba celoso, pues me había visto acariciar y mimar a mi mapachito. Pero Pícaro había crecido ya lo suficiente para arrancarle unas cuantas plumas de la cola en sus ruidosas contiendas y Poe, que no era tonto, se precavía.

cha feroz. Corrí a apartarlos y ambos tornaron su ira contra mí: Pícaro me mordió, por primera vez en la vida, y Poe hizo unos cuantos comentarios poco amables.

Entre tanto la moneda había rodado del porche a la hierba del patio, en donde el cuervo la descubrió al instante y, tomándola otra vez, voló con ella hacia el campanario de la iglesia, donde con toda segu-

ridad el pajarraco acostumbraba esconder el botín de sus robos.

Lógica mapachesca

LAS ACCIONES de Pícaro no se guiaban únicamente por el instinto. Era perfectamente capaz de aprender por experiencia, como descubrí cuando lo llevé por primera vez al sitio secreto donde yo solía pescar en el río. Hay allí una barra de arena y un remanso. Dejé la bicicleta bajo los sauces y comencé a armar mi caña y a disponer el sedal. El mapache, cuyo aparejo de pesca estaba siempre listo, no necesitaba tan esmerados preparativos.

Metiéndose por entre el banco de arena y examinando cuidadosamente las orillas, pronto encontró un cangrejo enorme, un monstruo acozado de cuya existencia no tenía noticia. Si su madre lo hubiera prevenido, el mapache habría agarrado el cangrejo por detrás de las pinzas, evitando así el peligro de aquellas dentadas tenazas. Pero no habiendo tenido quien le enseñara, sufrió varios mordiscos antes de triturarle la cabeza con sus puntiagudos dientes. Lavó luego la presa y se sentó a engullir con deleite la apetitosa cola.

Con los primeros mordiscos tuvo para escarmentar. El segundo cangrejo con que se topó lo manejó con toda la pericia de un viejo y sesudo mapache.

De vuelta a casa compré una bebida gaseosa con sabor de fresa, y Pícaro, sin pedir siquiera permiso, metió la mano en la botella, se la

chupó y comenzó a mendigar más líquido. Yo me tomé la mayor parte del refresco; luego le pasé el resto y, con gran sorpresa mía, vi que el animalillo tomó la botella por el cuello, se echó de espaldas y, ayudándose con patas y manos, púsose en posición perfecta para apurar hasta la última gota. Desde entonces el de fresa fue su sabor preferido. Nunca llegó a gustarle el de limón.

Una mañana en la mesa, cuando el desayuno para tres se había convertido ya en diaria costumbre, le di a Pícaro un terrón de azúcar. Él lo tocó, lo olió y en seguida comenzó la ceremonia de lavarlo, moviéndolo de aquí para allá en su tazón



de leche. Al poco rato, naturalmente, el terrón se deshizo y el mapache, asombrado por su desaparición, tentaba el fondo de la taza para ver si lo habría soltado; luego se miró las manos, primero la derecha y después la izquierda para cerciorarse de que estaban vacías. Por fin me miró a mí y emitió un chillido estridente como preguntándome quién se lo había robado.

Le di otro que examinó cuidadosamente. Comenzó a lavarlo, pero vaciló. Brilló luego en sus ojillos negros una mirada de inteligencia y, en vez de seguir lavándolo, se lo llevó directamente a la boca y lo mascó muy complacido. Nunca más volvió Pícaro a lavar los terrones de azúcar.

Otra cosa que aprendió muy pronto fue la manera de abrir la puerta de malla de alambre del porche. A propósito había dejado yo de arreglar el pasador defectuoso para que los gatos pudieran entrar y salir a su antojo, y viéndolos a ellos descubrió el mapache que el truco estaba en enganchar las uñas en la malla y tirar.

Varias noches después desperté contentísimo al oír sus gorgoritos sobre la almohada a mi lado y encantado al sentir sus manecitas que me acariciaban la cara. Mi mapachito, tras de bajar de su agujero y de abrir la puerta trasera de malla, había encontrado el camino hasta mi cama, que juzgaba más blanda y más cómoda que la suya. Como era tan limpio como el más aseado de los gatos y se había domesticado instintivamente, desde aquella noche dormimos juntos.

El anillo de Dora

DURANTE las primeras horas de la visita de Dora, Pícaro no dio motivos de queja. En efecto, desde que ella me obligó a sacarlo de la casa, el animalito pasó el resto del día durmiendo en su árbol. Pero esa noche, cuando salió la luna, se

deslizó por el tronco del roble, abrió la puerta de alambre, se fue derecho y confiado a nuestro dormitorio y trepó a la cama donde Dora dormía apaciblemente.

Papá y yo, que dormíamos arriba, despertamos sobresaltados por un grito de pavor. Bajamos a toda prisa las escaleras y encontramos a Dora subida en una silla, aterrada por el pequeño mapache que, sentado en el suelo, miraba sorprendido a aquel curioso ser humano que chillaba como una sirena de bomberos.

—Él siempre duerme en esta cama —le expliqué—. Es inofensivo y sumamente limpio.

—¡Saca ese espantoso animal inmediatamente —me ordenó— y échale el pestillo a la puerta para que no entre más!

—Está bien —le dije—. Pero recuerda que estás durmiendo en la cama de Pícaro... y él tiene tantos derechos como tú en esta casa.

—No seas impertinente —respondió ella recobrando su dignidad.

Tres días después ocurrió un incidente que fue aún más mortificante para Dora. Estaba recién casada y vivía enamorada de su anillo de compromiso, un soberbio diamante de un quilate montado en oro blanco. Varias veces se le había extraviado por dejarlo fuera de su sitio; una de ellas desenterramos 25 metros de cañería sólo para descubrir... que el anillo lo había dejado en otro bolso.

En esta misma forma volvió a perderse. Decía que lo había dejado

Son ediciones

A

DICCIONARIO ENCICLOPEDICO SALVAT
12 Tomos

UNIVERSITAS ENCICLOPEDIA CULTURAL
20 Tomos y 1 Tomo índice

EL MUNDO DE LOS NIÑOS
UNA OBRA DIDACTICA Y AMENA PARA LOS HIJOS...
15 Tomos Y LOS PADRES

EL MUNDO DE LA CIENCIA
3 Tomos

LA VIDA
ENCICLOPEDIA DEL MUNDO VIVIENTE
8 Tomos

HISTORIA DEL MUNDO
J. PIJOAN
5 Tomos

HISTORIA DEL ARTE
J. PIJOAN
4 Tomos

RESUMEN ENCICLOPEDICO SALVAT
4 Tomos



DEP. PUB. SALVAT

En COMODAS MENSUALIDADES usted puede adquirir esta
o cualquier otra obra del sello SALVAT en:

CORRIENTES 2777 - Tel. 89-4762/5812

LAVALLE 371 - Tel. 31-9014

Librería Fausto - Corrientes 1311

AGENTES EN TODA LA REPUBLICA

SALVAT EDITORES ARGENTINA, S.A.
CORRIENTES 2777 BUENOS AIRES

Sírvanse remitirme sin compromiso, folleto y condiciones
de adquisición de

Nombre

Profesión

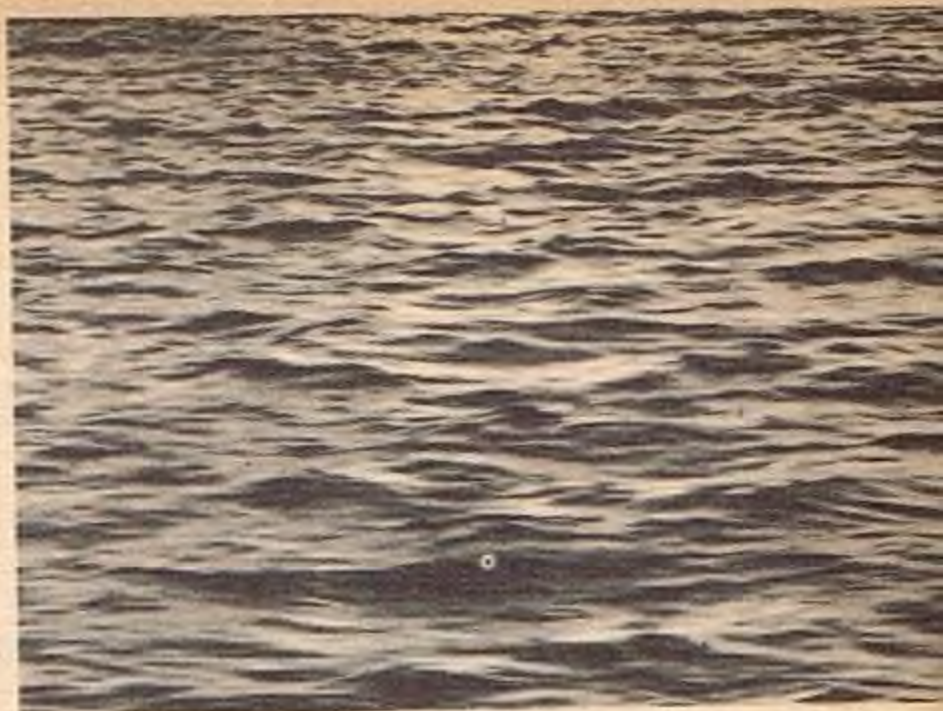
Domicilio

Localidad

Provincia F.C.

ENVIE ESTE CUPON Y RECIBIRA FOLLETO

¿Desea ver en el trayecto a Europa muchísimo de esto?



¿O prefiere ver y disfrutar de todo esto?

Unisphere® by United States Steel



Jamás se habían reunido en un mismo lugar tantas maravillas de la ciencia y la industria, el



Vaya por una vía y regrese por otra.

Si está planeando unas vacaciones a Europa o a los Estados Unidos, la experiencia inolvidable de su viaje será la Feria Mundial de Nueva York.

Desde Buenos Aires, usted puede visitar la Feria en camino a Europa, por sólo un poco más, viajando por Panagra en los jets más veloces y frecuentes a los EE.UU.

Feria Mundial de Nueva York 1964-1965



arte y la arquitectura, tantos espectáculos y sitios de diversión. Se inaugura el 22 de abril.

La oficina local de Panagra es ahora un Centro Oficial de Información de la Feria. Allí podrá obtener detalles completos acerca de sus atracciones, exhibiciones y sitios de diversión. Nuestros expertos incluirán la Feria en su itinerario para así ayudarle a aprovechar más su tiempo y su dinero.

Illustration © New York World's Fair 1964-1965 Corp.



Pan American-Grace Airways



Pan American Airways

sobre el lavabo cuando fue a acostarse y que, una de dos, o se había caído por el desagüe, o se lo habían robado. Nadie cerraba las puertas con llave en nuestro pueblo; nadie se acordaba de que jamás hubiera ocurrido allí un robo.

Registramos la casa de arriba abajo, buscamos entre la hierba y los macizos de flores, y ya nos disponíamos a explorar de nuevo la alcantarilla cuando se me vino a la cabeza una posibilidad, bien remota por cierto. Poco antes de salir el sol esa mañana oí que Poe y Pícaro armaban una ruidosa contienda en el porche trasero; mas antes de que lograra ahuyentar el sueño de mis ojos, cesó el ruido de la trifulca y me volví a dormir.

Sintiéndome tan perspicaz como un detective de Scotland Yard comencé a desarrollar una teoría. En esta cuarta noche de la visita de Dora yo no había asegurado la puerta de alambre. Posiblemente Pícaro se había colado dentro de la casa hasta el dormitorio de abajo y, no queriendo provocar una nueva escena, habíase vuelto; pero antes de salir decidió tomar un sorbo de agua del lavamanos; trepó al poyo de la ventana y de allí pasó al lavabo, que encontró vacío. Pero ¡qué dicha tan inesperada! Allí, sobre el canto, encontró el objeto más hermoso que habían visto sus ojos de mapache: un gran anillo de brillante que irradiaba luz blanca y azul con los primeros fulgores de la aurora.

Si mi teoría era bien fundada,

Pícaro debió de tomar el anillo y llevárselo al porche trasero, en donde Poe, el cuervo, había descubierto al ladrón y el tesoro. Eso explicaba el alboroto entre el cuervo y el mapache que me había despertado esa mañana.

Casi seguro era que el pajarraco negro había ganado otra vez... por lo menos en cuanto al hecho de salir volando con la presa en el pico.

Tuve que pedir permiso al buen reverendo padre Hooton antes de emprender el ascenso de 25 metros al campanario. El interior de la torre estaba oscuro, lleno de telarañas, y flojas algunas de las maderas donde había que agarrarse para subir, lo que me hacía temer una caída; pero, habiendo emprendido la aventura, no había ya posibilidad de volverse atrás. Por fin llegué a un aireado cuartito de amplias ventanas desde donde se veía el pueblo y el arroyuelo que hacía eses en dirección al río. Durante algunos momentos estuve contemplando el mundo que se abría a mis pies.

Mas, recordando el objeto de mi misión, me puse a registrar el polvo-riente campanario. Tras un montón de viejos himnarios que algún diligente idiota había almacenado en lugar tan poco apropiado, encontré el andrajoso círculo de ramitas, hojas y plumas que Poe llamaba su casa. Así como mucha gente guarda su dinero debajo del colchón, Poe había hecho aún más incómoda su cama llenándola de un montón de brillantes cachivaches que se salían del nido para derramarse por

el piso. Estaban allí las canicas de vidrio y de pulido acero, y una de ágata pura que el pajarraco nos había robado durante nuestros juegos. Allí estaba el silbato de fútbol que el pícaro agarró en un momento de descuido mientras se cernía sobre nosotros gritando "¡Qué gusto, qué gusto!" Había también pedazos de lámina de cobre, y la llave de repuesto de nuestro Oldsmobile y —¡quién lo dijera!— el anillo con el brillante de Dora.

Poe llegó en ese momento y esta vez no dijo "¡Qué gusto!" sino que soltó por ese pico una de insultos y amenazas como si yo fuera el verdadero ladrón y él el honrado dueño de casa.

Me eché al bolsillo algunos de los objetos robados: mis mejores canicas, la llave del automóvil, mi pito y el anillo de Dora; mas le dejé la mayor parte de sus relumbrantes baratijas consciente de que Poe no haría distinciones entre una laminilla de cobre y un anillo de diamante. Con todo, las roncas protestas del cuervo me fueron siguiendo mientras bajaba por el oscuro hueco de la torre hasta muy afuera, ya a la luz del día.

Dora quedó tan contenta con el hallazgo y recuperación de su anillo que no volvió a insistir en que sacara la canoa de la sala... y dejó también para más adelante la cuestión de conseguir una ama de llaves permanente. Se contentó con prepararnos exquisitas comidas y dejó la casa que brillaba, con cortinas limpias en las ventanas. Después, con

un beso de despedida y un saludo con la mano, se marchó otra vez.

Robo en los maizales

LAS SANGRIENTAS batallas reñidas en los alrededores de Soissons en julio de 1918 conmovieron nuestro pueblo de Brailsford Junction. A medida que se alargaba la lista de bajas y la tragedia personal iba visitando un hogar tras otro, nos parecía estar más cerca de las trincheras y de los campos de trigo de Francia, destrozados por la metralla. Corrió una ráfaga de patriotismo entre los chicos del pueblo; las niñas tejían manguitos de caqui por docenas y los muchachos jugaban a ver quién cogía más huesos de durazno, que se utilizaban entonces en la fabricación de carbón para las máscaras contra gases.

Yo tenía un huertecito de guerra en el que Pícaro me acompañaba mientras iba yo escarbando con el azadón, o me ayudaba a cosechar los guisantes. No obstante, todos los que recogía eran para él; abría la vaina como si fuera una ostra y se llevaba ávidamente las perlas verdes a la boca. Las judías amarillas que se producían en gran abundancia le gustaban poco, así que, cuando yo las cosechaba, él solía dormir una siesta bajo las hojas del ruibarbo.

Una gran equivocación que cometí fue darle a probar una mazorca tierna. La primera vez que arranqué una para él, le quité las hojas y se la pasé; poco a poco se iba enloqueciendo de gusto. Ningún otro alimento que él conociera se

podía comparar con esta nueva golosina. Se la comió casi toda y en seguida trepó apresuradamente a otra caña, la dobló hasta el suelo, arrancó una nueva mazorca y la devoró con fruición; pero todavía estaba ésta a medio comer cuando se le ocurrió subir a coger otra. Estaba ebrio con el néctar y la ambrosía que es el maíz tierno.

Su festín me pareció divertido; pero, cuando le conté a papá el caso, se puso serio y me dijo:

—Sterling, me temo que hayas metido la pata.

Y así era. Esa noche, y las siguientes, Pícaro desapareció horas enteras, y comenzó a dormir profundamente durante casi todo el día. Todas las mañanas se oían voces coléricas en nuestra calle, cuando un vecino y después otro encontraba su maizal destrozado por algún diabólico depredador nocturno.

Fue Jenkins, el negociante en madera, quien encontró huellas de mapache en el polvo de su maizal; y una tarde, después de haber propalado la noticia, llegó a exponer sus quejas una delegación de vecinos que se sentó en círculo alrededor de mi canoa sin terminar, mientras Pícaro se me agazapaba entre las piernas en busca de protección.

—Yo vi las huellas de ese bicho asqueroso en mi maizal —dijo Jenkins triunfante.

Cada uno de los vecinos iba exteriorizando su indignación y su coro de amenazas me zumbaba en los oídos como un enjambre de avispas.

—¡La próxima noche de luna le pego un tiro!

—¡Le pondré una trampa... o dejaré de ser quien soy!

—¡Primero zorrillos, luego marmotas, ahora mapaches! ¿Qué vendrá después?

—Un momento, señores —dijo mi padre con calma. (Entre otras responsabilidades cívicas, papá había tenido la del juzgado de paz y sabía cómo habérselas con un grupo de gente airada.)

—¿Qué sugiere usted? —preguntó Mike Conway, mostrándose dispuesto a escucharlo.

—Si Sterling compra un collar y una trailla para su mapache...

—No es suficiente —interrumpió Jenkins.

—Y si le hiciera una jaula... —agregó mi padre.

Pícaro comenzó a lloriquear; yo los fui mirando a todos ansiosamente. La señora Dabbett fue la primera que se mostró algo compasiva. Después alguien rió y se aflojó la tirante situación.

—Bueno, entonces todo está arreglado —dijo mi padre—. Sterling, ¿por qué no traes unos vasos y una jarra con jugo de uva?

La bebida acabó de refrescarlos a todos, mas, tan pronto como se hubieron marchado los vecinos, me volví a papá y le dije enojado.

—La cárcel se ha hecho para los criminales, pero no para mi buen mapachito. ¿Te gustaría a ti que te llevaran atado de una trailla?

—Piénsalo bien, Sterling, es preferible esto a que lo maten...



MILES DE KILOMETROS EXTRA SIN COSTO EXTRA

Ninguna otra cubierta iguala en completo rendimiento
a las cubiertas Goodyear fabricadas con

TUFSYN

el más fuerte de todos los cauchos para cubiertas

COMPROBADO EN MILLONES
DE KILOMETROS EN
CAMINOS DE TODO EL MUNDO

Tufsyn es un nuevo caucho polibutadieno con fórmula exclusiva de Goodyear, más fuerte que cualquier otro caucho para cubiertas. En millones de kilómetros experimentales Goodyear probó todos los nuevos compuestos de caucho de alta histéresis, pero sólo Tufsyn demostró tener las genuinas ventajas en el camino, que dan mayor beneficio al automovilista.

Tufsyn agrega miles de kilómetros a la banda de rodamiento. Tufsyn moldea una sólida unión de las telas, que hace resistentes costados y armazón más fuerte. Tufsyn mejora en total la cubierta.



SUPER-CUSHION
con y sin cámara



GOOD YEAR

EN EL MUNDO ENTERO, MAS GENTE VIAJA SOBRE CUBIERTAS GOODYEAR QUE
SOBRE LAS DE CUALQUIER OTRA MARCA

—Está bien. Pero todavía sería mejor que Pícaro y yo nos fuéramos a vivir al monte en una cabaña.

Papá meditó sobre esto y luego dijo:

—¿Te gustaría hacer un viaje de dos semanas al lago Superior? Pícaro podría venir con nosotros.

—¿De veras, papá, de veras?

—Claro que sí. Puedes pedirle a los chicos de Conway que le den de comer a Frondio y cuiden la huerta.

Alcé de un tirón a Pícaro y comencé a bailar con él como un loco. Esto no le inquietó; siempre estaba listo para el juego. Nos habían suspendido temporalmente la ejecución de la sentencia.

—¿Cuándo saldremos, papá?

—Bueno... mañana ¿no te parece? Pondré un aviso en la puerta de la oficina.

Suspensión temporal de la sentencia

EN SU negocio de bienes raíces papá especulaba en grande con fincas rurales. Compraba una finca, la hipotecaba, con ese dinero compraba otra y repetía la operación. Este amontonamiento de ganancias presuntas, pero no realizadas, lo ponía al borde del desastre cuando había depresión temporal de los precios. Pero resultó muy bien en 1918, que fue un año de prosperidad para las propiedades rurales, y con frecuencia ponía un letrero en la puerta de la oficina en que avisaba a su clientela que estaría au-

sente durante uno o varios días.

A la mañana siguiente salimos muy temprano en el Oldsmobile e hicimos rumbo al norte cuando empezamos a ascender por el valle del río Rock. En aquel tiempo no existían las supercarreteras que ultrajan el verdor de la campiña con sus insensibles cintas de asfalto; los acogedores caminos vecinales de entonces carecían a veces de pavimento y se metían por todas partes. Seguían las antiguas trochas abiertas por los indios y los cazadores; iban bordeando huertos y pomares donde uno podía alargar la mano para coger una manzana temprana; hacían eses por los valles pasando cerca de jardines floridos y de dehesas de trébol donde uno podía aspirar todos los buenos olores del campo, desde el del heno recién cortado hasta el del maíz que maduraba.

El tiempo volaba. En casa, mi padre se pasaba el día generalmente enfrascado en interminables indagaciones para una novela que tenía en mientes acerca de los indios Fox y los Winnebago. Por alguna razón nunca llegó a escribir el libro, pero su erudición al hablar de las costumbres de los indios, cuando me señalaba esta o aquella trocha, era fascinante.

Íbamos provistos de emparedados, huevos duros, melocotones y una docena de rosquillas. No era preciso llevar alimento especial para Pícaro porque él comía de todo, como cualquier persona... y él mismo estaba convencido de que

lo era. Compramos un cubo de leche fresca en una granja y almorzamos al lado de un puente sobre un arroyo torrencial. Cuando el mapache hubo comido, se enroscó en el asiento trasero y durmió feliz toda la tarde.

Hacia el anochecer, los olores de las granjas y los efluvios del sur de Wisconsin se fueron mezclando con el penetrante aroma de los abetos del norte y la fragancia de las agujas de pino que cubrían como un mullido tapiz el suelo de los bosques. Paramos a la orilla de un laguito cristalino, desempacamos los

saño de la cabecera y se descargó sobre el vacilante lecho; mas antes de haber tenido tiempo de cubrirse con la manta, el chinchorro dio una voltereta y vació su carga sobre el mullido tapiz de agujas de pino.

Yo me reí a más no poder y Pícaro corrió a ver por qué razón papá estaba en el suelo.

—¡Apuesto a que es fácil! —dije y, tomando impulso, salté sobre la hamaca, caí en el centro, me mantuve allí un minuto... y volqué

Ahora fue mi padre quien rió tanto como había reído yo antes, y



avíos que necesitábamos y arreglamos nuestro campamento.

Teníamos hamacas de marineros, y esa primera noche, después de tenderlas entre los troncos de los abetos y la defensa trasera del automóvil, nos dispusimos a dormir bajo la bóveda del cielo.

Mi padre, diciendo que iba a enseñarme cómo se trepa en una hamaca, agarró fuertemente el trave-

Pícaro correteaba de aquí para allá como celebrando la gracia. En ese momento oímos otra risa... una carcajada maniática, espeluznante, que venía de otro lado del lago.

—¡Santo Dios! ¿Qué es eso? —pregunté.

—Un somorgujo —dijo mi padre—. Se está riendo de nosotros. Cree que estamos locos al pretender dormir en hamacas.

En ese instante me sentí completamente feliz, dichoso en este alocado mundo, con mi padre y con Pícaro. No me importaba en dónde dormiría ni cuántas veces me caería de la hamaca. Plantamos nuestro campamento permanente al sur del lago Superior, a orillas del río Brule, donde se pescan las mejores truchas de Wisconsin.

Era cosa peculiar de mi padre el no haberme dicho la razón primordial de ese viaje. Le habían pedido que declarase como testigo experto en un caso que se ventilaba en los tribunales de Superior. Nuestro campamento distaba unos 35 kilómetros del juzgado; así que, todos los días que había sesión, salía poco después del desayuno con su cartapacio de papeles y regresaba por la tarde.

No se intranquilizaba por mi seguridad. Sabía que no había de perderme si no me alejaba del río y de sus brazos, y que tanto Pícaro como yo sabíamos nadar, en caso de que cayéramos en algunos de los pozos más profundos. Los recientes aguaceros habían aminorado el peligro de un incendio del bosque y no habíamos encontrado huellas de oso por ninguna parte.

¡Dos semanas de libertad absoluta! Perdí toda noción del tiempo. Como no tenía reloj, calculaba la hora por el sol. Olvidé en qué día estaba. Allí no había campanas de iglesia o de escuela que nos recordaran con sus tañidos el paso de la vida. Cada día se confundía con el siguiente y sólo podía evocarse co-

mo el día en que vimos el puerco espín, o el día en que descubrimos el lago Perdido.

Exploramos, pescamos y nadamos. ¡No era posible que dos semanas volaran con tanta rapidez! Mas una tarde, al regresar mi padre, me dijo que el día siguiente sería el último que pasaríamos en el Brule. Por primera vez desde que llegamos a los bosques nortños no pude conciliar el sueño; me quedé despierto esa noche, escuchando los suspiros del viento sobre los altos pinares, pensando tristemente en que nos era preciso volver a la civilización.

La mañana siguiente papá consiguió prestada una canoa y en ella nos embarcamos río abajo, pasando de un excelente pozo de truchas a otro mejor. Pícaro iba adelante como animado mascarón de proa con la nariz al viento, volviéndose ocasionalmente para darnos breves instrucciones. Como siempre, viajaba fascinado con la velocidad y la sensación del peligro, gorgoriteando con mayor satisfacción cuando pasábamos sobre los rápidos.

Ese día vimos osos por primera vez y, por fin, en un hermoso remanso, logré pescar una trucha, una de las más grandes que he cogido en mi vida de pescador: en la balanza de mi equipo de pesca pesó unos dos kilos.

Un collar de mapache hecho a la medida

CUANDO llegamos a casa, Edgar Allan Poe descendió del campana-

rio de la iglesia gritando: "¡Qué gusto! ¡qué gusto!" Frondio, que ya se creía abandonado del todo, de un salto me puso las manazas en el pecho tumbándome de espaldas sobre la hierba; luego me lavó la cara afectuosamente con su enorme lengua.

No tardaron el mapache y el cuervo en armar camorra por cualquier cosa y Frondio dejó de lamerme mientras fue a ponerlos en paz.

Fue una bienvenida maravillosa.

El maíz tierno no era ya un problema, porque todo estaba seco en los capachos, mas yo había prometido atraillar y enjaular a mi animalillo y no podía aplazar más la promesa. ¿De dónde sacaría el dinero para comprar el collar y la jaula de alambre? Había ganado y ahorrado lo suficiente para comprar un bono del gobierno, pero mi provisión de dinero contante y sonante era muy escasa. Ninguno de los chicos que yo conocía tenía asignación semanal en metálico, ni se hubiera atrevido tampoco a pedirle un préstamo a su padre. Yo me sentía afortunado de que el mío me permitiera guardar exclusivamente para mí lo que me ganaba recorriendo los prados de los vecinos y vendiendo los frutos de mi huerta.

Tomé, pues, cuatro preciosas monedas de 25 centavos de mi hucha de barro. Puse a Pícaro en la canastilla de la bicicleta y pedaleé tristemente hacia el centro de la ciudad. Paramos en la talabartería de Shadwick, que olía deliciosa-

mente a cuero curtido, pomada para sillas de montar y aceite de guarniciones. Garth Shadwick, como lo había sido su padre, era un talabartero fino. Hacía preciosas maletas de viaje, botas de montar a la medida y pastas de libro repujadas. Pero el fuerte de su industria era la manufactura de jaeces y guarniciones, profesión que estaba seriamente amenazada por el automóvil.

En ese momento el señor Shadwick tenía en el ojo derecho una lupa de joyero y estaba grabando unas iniciales en una chapa de plata. Aguardé con paciencia hasta que se quitó la lupa del ojo y, levantándolos ambos de su trabajo, me dijo:

—¿Qué hay, Sterling?

—No quiero molestarlo a usted, señor Shadwick...

—Los chicos y los mapaches no me molestan —respondió el guarnicionero, y volvió a dedicarse a su trabajo por algunos minutos; luego tiró a un lado lo que tenía entre manos y estalló.

—¡Estos benditos automóviles, malolientes, ruidosos, puercos, que asustan a los caballos y al fin los van a sacar de los caminos! ¡Le arruinan a uno el negocio! Bueno, hijito, habla ¿qué quieres?

—Necesito un collar para Pícaro —le dije, luchando contra la picante humedad que me invadía los ojos— y una correa trenzada que haga juego... Y todavía quieren que haga una jaula para encerrarlo.

—¡Benditos buitres! —exclamó el guarnicionero—. ¿Una jaula para



Viva la Vida del mar

en los barcos de la

ROYAL

INTEROCEAN LINES

para pasajeros y carga

Viaje a Oriente por el trópico

BRASIL - SUD AFRICA - MALAYA

HONG KONG - JAPON

Desde mañana el cálido sol golpeará a su puerta.

Camareros Chinos - Cocina Internacional

Cine - Entretenimientos - Nursery

Cabinas de primera - Pileta de Natación

Aire acondicionado

Consulte a su agencia amiga o a nuestros

Agentes

en el Río de la Plata

AGENCIA MARITIMA

DODERO S.A.

Sarmiento 440 - T.E. 49-1064

Buenos Aires

un mapachito inofensivo? ¿Es que les ha dado por perseguir a los chicos y a los mapaches? ¿Quieres que le grave su nombre en una plaquita de plata en el collar?

—No tengo mucho dinero —balbucí—; pero sería magnífico. Se llama Pícaro.

Con rapidez y precisión Shadwick se puso a trabajar en una correa suave y flexible de cuero de becerro color canela como de un centímetro y medio de ancho. Tomó su lezna más pequeña para perforarla; su aguja más delgada y su hilo encerado más fino. Luego sacó una hebilla de plata de su caja de caudales y la cosió al collar con puntadas casi invisibles. Por último volvió a calarse la lupa y con un buril diminuto escribió sobre la chapa "Pícaro", con primorosa letra cursiva inglesa. Era la clase de trabajo que hubiera hecho si se lo hubiesen pedido para una carroza de hadas.

—Es el collar de mapache más bello que he visto en mi vida —comenté.

—Y es el único que has visto jamás —rió Shadwick entre dientes—. Vamos a probárselo a ver qué tal le queda.

Yo no estaba seguro de que Pícaro quisiera dejarse probar el collar en el cuello, pero no era posible desairar al señor Shadwick. Dejé que el mapache lo tocara y lo oliera primero. Por lo visto le gustó la reluciente hebilla y la placa y la contextura del cuero. Por fin se lo deslicé alrededor del cuello y, con

gran sorpresa mía, el animalito no se resistió. En cambio se sentó en los cuartos traseros y comenzó a palparlo... como hacen las mujeres con una sarta de perlas.

El señor Shadwick trajo un espejo y Pícaro, que nunca se había visto en el espejo, se emocionó mucho. ¿Quién sería ese otro mapache que se estaba probando un collar? Se dio un golpe en las narices al tratar de pasar a través del cristal. Luego corrió murmurando detrás del espejo a encontrarse con su congénere... y regresó completamente desconcertado. Al fin, dándose por vencido, se sentó a contemplarse haciendo gorgoritos de alegría.

El trenzado de la correa tomó más tiempo, y fue hecho con el mismo cuidado y destreza. Cuando estuvo terminada la trailla, quedó tan sutil y delicada como el extremo de mi caña de pescar. En una punta tenía un anillo de plata; y en la otra un cierre de muelle para agarrar el collar.

Sabiendo que no me alcanzaría el dinero que había llevado para pagar la obra, saqué mis cuatro monedas de plata y las puse sobre el banco de trabajo del señor Shadwick diciendo que ese era el primer plazo; que le iría trayendo algo más cada semana durante los próximos seis meses. El guarnicionero estuvo un momento mirando por la ventana, echando a volar el pensamiento, quizá hacia los lejanos días de su niñez, cuando no se habían presentado aún los benditos automóviles para dar al traste



nueva camisa

Perfecta Lew

NO SE PLANCHA

y Viste mejor!

Con cuello y puños **Permanente®**

La camisa PERFECTA LEW brinda al hombre durante las 24 horas del día, la seguridad de su PERFECTA elegancia

Presentada en hermosa caja obsequio

Cuando compre una "camisa"...
exija una PERFECTA LEW!

con la mejor de las profesiones del mundo.

—Vamos, hijo —dijo al fin—; sería un fraude si tomara más de 25 centavos por el collar y la correa. Bueno, vete ya con tu mapachito, que tengo mucho que hacer.

El pequeño prisionero

HUBIERA podido aplazar la hechura de la jaula si el mapache no se hubiese apasionado por una nueva golosina nocturna: las uvas que pendían en purpúreos racimos de los emparrados de la vecindad. Por eso me fui cuanto antes al depósito de maderas e hice un pedido de malla de gallinero y cuartones. Habiendo observado de cerca a Pícaro, sabía cuál era la parte del trascorral que más le gustaba. No me quedaba duda de sus preferencias: era un sector de unos cuatro metros por lado que se extendía desde el tronco del roble donde estaba su agujero hasta la pared del granero, y que encerraba un pradito de grama y el pozo que mantenía constantemente lleno de peces.

Así como lo había dejado que poco a poco fuera acostumbrándose a su collar, ahora lo invité a que me ayudara a la construcción de la jaula. Tracé un cuadrado en el suelo, cavé huecos para los postes y abrí una zanja de 15 centímetros a lo largo de cada lado para asegurar la parte inferior de la malla. A Pícaro le encantaba todo aquello, metía las manos en los agujeros y entraba y salía por los túneles que formaban los rollos de alambre. Conseguí una

vieja puerta, también de tela metálica, pero tuve buen cuidado de no cerrarla durante los varios días que duró la construcción del encierro; así que ni un solo instante el mapache se sintió enjaulado.

Con todo me parecía un crimen aprisionar a un animalito selvático. ¿No iría a suspirar por su perdida libertad? Pensé que debía hacerle la cárcel más espaciosa y más abrigada.

Tuve una pequeña inspiración. Tracé un círculo en la pared de madera del granero que cerraba la jaula y por allí corté un boquete, que iba a dar a una casilla del es-



tablo que no se usaba hacía mucho tiempo. A Pícaro le fascinaban los agujeros de todos tamaños. Mientras le ponía paja limpia al establo y lo cerraba también con malla de gallinero, mi mapache se pasó el tiempo entrando y saliendo por esa puertecita circular que le había gustado tanto. Su casa se iba volviendo más atractiva cada día.

No obstante, el animalito no en-

tendía todavía de qué se trataba y, cada vez que me preguntaban los vecinos cuándo lo encerraría, yo respondía: "Quizá mañana". La jaula quedó al fin terminada y ya no era posible retrasar más la encerrona.

Metí a Pícaro entre el cercado y me estuve largo rato sentado hablándole y acariciándolo mientras despachaba su cena. Luego, haciendo de tripas corazón, salí de la jaula y cerré la puerta por fuera.

Pícaro no comprendía lo que le estaba pasando. Llegose hasta la puerta y me pidió respetuosamente que la abriera y lo dejara salir. De pronto se dio cuenta de que había caído en la trampa, de que estaba enjaulado, preso. Corrió velozmente alrededor del cuadrado de alambre, luego se metió por el agujero y le dio unas cuantas rápidas vueltas al establo; volvió a salir... desesperado.

Me metí en la casa por no oír sus chillidos, pero a través de las ventanas abiertas llegaba hasta mis oídos su voz plañidera, aterrada, que me llamaba, diciéndome que me amaba y que siempre había confiado en mí. Al cabo de un rato, no pudiendo aguantar más, salí y le abrí la puerta. El animalito, agarrándose de mí con demostraciones de una alegría indescriptible, me preguntaba a gritos algo que yo no podía responder.

Pues bien, esa noche lo acosté conmigo y nos dormimos con sueño desasosegado, tocándonos una y otra vez para tranquilizarnos mu-

tuamente. Poco después trasladé la perrera de Frondio junto a la puerta de la jaula, y el fiel San Bernardo, haciéndose cargo de sus nuevas obligaciones, se pasaba allí las horas echado mirando con sus grandes ojos compasivos al pequeño prisionero. Este sacaba la patita por entre la malla y le acariciaba la nariz al perrazo, que lamía cariñosamente la pata al mapache. Para mí era un alivio ver ese compañerismo, especialmente cuando, desde las primeras campanadas de octubre, tenía que estar en la escuela casi todo el día.

Pícaro va a la escuela

EL COMIENZO de ese año escolar fue especialmente memorable; en primer lugar porque pasaba del curso elemental al semisuperior, y luego porque tenía dos profesoras geniales. La una era la señorita Stafford, que hacía de la clase de gramática y literatura una delicia; la otra, la señorita Whalen, que adoraba la biología y le encantaba enseñarla.

Bonita, delicada, con reflejos luminosos en los ojos y en el pelo, la señorita Whalen nos sedujo desde el primer día pidiéndonos que cada uno de nosotros llevásemos en días diferentes nuestros animalitos consentidos a la clase de biología. Bud Babcock debía llevar su perro zorrero; otros sus pececillos de colores, un loro, una ardilla domesticada. Pícaro y yo tuvimos el honor de ser los primeros invitados.

La mañana del día señalado le pa-

sé el cepillo, lo peiné y lo arreglé hasta que su hermosa piel oscura quedó suave y brillante. Le di una mano de pomada de limpiar metales a la plaquita donde estaba inscrito su nombre y otra de aceite al collar y a la trailla; quería que causara la mejor impresión posible.

Afortunadamente, la de biología era la primera de las clases, y por eso tuvimos que esperar poco. Pícaro se portó intachablemente: limpio, bien arreglado, alerta y cortés, se sentó sobre la mesa de la señorita Whalen como si hubiera pasado la mayor parte de su vida dando clases de biología. Examinó discretamente el pisapapeles que allí había: una bola de cristal que, al ser movida, desataba una tempestad de nieve sobre un pueblecito diminuto.

—Como bien lo ven ustedes —comenzó la señorita Whalen— los mapaches son curiosos —y escribió en el tablero: “Mapache, llamado *racuna* por los indios norteamericanos, palabra que en su lengua quiere decir *que rasca o escarba*”.

Samuel Stillman, el perdonavidas del pueblo y mi jurado enemigo, levantó la mano para preguntar:

—¿Se rasca porque tiene pulgas?

Esto produjo risas y la señorita Whalen, dando un golpecito en la mesa para llamar al orden, prosiguió:

—Creo que los indios querían decir que los mapaches escarban o rascan el suelo ahondando en busca de huevos de tortuga, lombrices y otros alimentos.

Samuel hizo una mueca y se dejó

caer en su asiento con desgano.

—Parece un osito —comentó Bud Babcock.

—Tienes razón, Bud —convino la profesora—; es de la familia de los osos y a veces lo llaman “oso lavador”, porque acostumbra a lavar los animalitos antes de comérselos.

Sacó entonces una cubeta de hierro esmaltado, de las que se usan en los laboratorios, que contenía además de agua (¡qué sorpresa!) un cangrejo vivo, y la puso sobre la mesa, enfrente de Pícaro.

—Ahora vamos a ver qué es lo que hace el mapache.

Éste, como consumado comediante, miró a los chicos de la clase y también hacia afuera por la ventana mientras metía la mano sobando el fondo de la cubeta. Sabía exactamente dónde estaba el cangrejo, pero quería hacer teatro. De pronto contrajo los músculos para dar el zarpazo y, al cabo de dos segundos, tenía agarrada la presa y la lavaba con delicia saboreando anticipadamente el banquete.

Por entonces toda la clase estaba tan feliz como Pícaro, y casi todos lo aplaudieron. Luego me pidió la señorita Whalen que relatara mis propias experiencias con el mapache y me puse de pie a contarlas mientras acariciaba al animalito. Todos nos miraban con atención menos Samuel, especialmente ahora que Pícaro se me había trepado sobre el hombro y comenzaba a jugar con mis orejas.

Les conté todo lo que hacíamos

Signal

tiene **ANTISEPTICO**
en sus rayas rojas!



No basta limpiar los dientes; la perfecta higiene bucal requiere una crema dental con ANTISEPTICO... y únicamente SIGNAL tiene ANTISEPTICO en sus rayas rojas! SIGNAL hace más que limpiar muy bien los dientes: su activo antiséptico —HEXACLOROFENOL— combate los gérmenes que originan el mal aliento bucal!

BOCA BIEN LIMPIA...ALIENTO MAS FRESCO...

CON CREMA DENTAL

Signal

juntos; les dije cuán manso era; lo mucho que le gustaba la música y cómo se sentaba pensativo a escuchar su disco predilecto que yo le tocaba en el gramófono.

—A veces hasta duermo con él —confesé—. Es el mejor de los animales caseros.

Después de esto todos quisieron tocarlo; y así fueron desfilando mis condiscípulos, y cada uno de ellos le hacía una caricia. Samuel, que era el último de la fila, se acercaba andando desgarradamente y haciendo gestos de desprecio. Cuando estuvo muy cerca del mapache estiró una liga de goma que traía en la mano y se la soltó en la cara.

Rara vez había oído yo a Pícaro chillar con tanta rabia. Emitió un aullido de verdadera furia y, en un abrir y cerrar de ojos, clavó sus afilados dientes en la mano regordeta del chico.

Samuel dio un alarido que hubiera podido oírse desde el salón de actos. Saltando y sacudiendo la mano, gritaba:

—¡Este mapache está rabioso, tiene rabia! ¡Hay que matarlo!

La señorita Whalen le dijo con severidad:

—Samuel Stillman, todos los que estamos aquí somos testigos de lo que hiciste. Si crees que este mapache está rabioso, tendrás suficiente castigo con la incertidumbre y el temor de que te haya contagiado la hidrofobia.

Dióle luego un poco de tintura de yodo para que se curara la mordedura, despidió a la clase y me

pidió a mí que me quedara. Yo no sabía cuál iba a ser su determinación... que resultó un castigo tan severo como el que se había llevado Stillman.

—Lo siento mucho —me dijo— pero, en vista de lo que ha ocurrido, tendrás que enjaular a tu mapache durante 14 días, de hoy en adelante. En caso que muestre síntomas de hidrofobia, todavía tendremos tiempo de aplicar a Samuel el tratamiento Pasteur.

—Pero Pícaro no está hidrófobo... usted misma vio lo que pasó.

—Claro que sí, lo vi todo. Pero no podemos correr el riesgo—. Se quedó silenciosa un momento y luego agregó con calma—: Pícaro es un animalito muy bueno y muy manso; te agradezco que lo hayas traído a la clase.

En las dos semanas siguientes Pícaro y yo fuimos camaradas de prisión durante todas las horas del día que podía acompañarlo. El decimo-cuarto, no habiendo mostrado síntoma alguno de rabia, abrí la puerta de la cárcel y salimos ambos a retozar al mundo engalanado con los colores del otoño. Desgraciadamente, Samuel Stillman no moriría de hidrofobia.

Dos tratados de paz

LA GRIPE española, que había azotado a Europa y los Estados del este norteamericano, llegó a nuestro pueblo en octubre e hizo más estragos entre nuestros conciudadanos que los que había hecho la guerra. Se cerraron las escuelas y los

transeúntes se escurrían por las calles semidesiertas cubriéndose el rostro con tétricas mascarillas de gasa. Por lo menos, de cada cuatro personas una había contraído la enfermedad con caracteres graves y dos veces ese número la sufría levemente.

Mi caso fue benigno, mas no por eso dejó de preocupar mucho a mi padre, que después de envolverme en chaquetas y mantas me metió en el coche. Yo le rogué que me dejara llevar a Pícaro y él convino. Luego avanzamos lentamente por la campiña cada vez más desprovista de hojas, hacia nuestra vieja heredad del Norte, administrada entonces por Fred, hermano de mi padre, su dulce esposa Lillian y sus tres hijos mocetones.

Tía Lillian salió corriendo a recibirnos secándose las manos en el delantal.

—¡Oh, qué placer! Son Willard y Sterling... ¿estas enfermo?

—No es cosa grave —dijo mi padre—; apenas un poco de gripe. Pensé que quizá...

—Naturalmente, Willard. El chico necesita de mi cuidado. Lo acomodaremos en la alcoba vecina a la nuestra, cerca de la sala. No será ninguna molestia. Entrad y vamos a tomar una taza de café.

Con sus tiernos cuidados pronto me puse bien, y apenas me sentí fuerte le ayudé en los pequeños quehaceres de la granja; a recoger los huevos, a darles de comer a los becerros y a los cerdos. A Pícaro le gustaban las ovejas, los grandes ca-

ballos de tiro y casi todos los demás animales... menos los cerdos. Sus feos hábitos de comer, gruñendo, empujándose y metiendo las patas en la artesa, lo hacían salir corriendo a encaramarse en un manzano del cual no se bajaba hasta que los cochinos dejaban limpias sus galletas.

El día del falso armisticio y el de mi cumpleaños cayeron en la misma fecha. Mi tía Lillian contestó al teléfono: había dado tres largos repiques, anunciando así un mensaje general para todos los que usábamos el mismo circuito.

Ocurrió esto cuando tomábamos el segundo desayuno, después del ordeño, así que todos estábamos sentados a la mesa. Aun antes de colgar el auricular mi tía ya estaba diciendo:

—¡Bendito sea Dios Nuestro Señor! Ya todo terminó. Se acabó la guerra. ¡Cesaron las terribles matanzas en Francia!

Yo no hubiera podido pedir un mejor regalo de cumpleaños (aunque todos se habían olvidado de que ese era el día de mi santo). Herschel regresaría de Francia y podríamos ir a pescar juntos. Me sentí feliz. Tomé mi mapache y lo hice bailar conmigo.

Esa tarde llegó mi padre que venía a llevarme a casa. La tía Lillian nos había preparado una comida muy especial: pavo asado al horno con relleno de nueces. De pronto se llevó la mano a la boca consternada.

—¡Por Dios, Sterling, hoy cum-

ples 12 años, y nadie se ha acordado de ti! ¡Ni siquiera te he hecho una torta!

No obstante, todos cantaron el "Feliz cumpleaños" y mi padre metióse la mano en el bolsillo y sacó el reloj con su leontina bellamente tejida con los cabellos de mi madre. Durante varias generaciones ese viejo reloj había pasado de padres a hijos. Y ahora él me lo entregaba a mí.

La mañana del 11 de noviembre se firmó el armisticio verdadero. Un silencio súbito cayó sobre las trincheras de Europa. En nuestro pueblo los festejos comenzaron temprano. Coches de bomberos, automóviles y carros tirados por caballos, todos adornados, llenaron las calles en ruidoso y alegre desfile. Yo engalané las ruedas de mi bicicleta con tiras de papel blancas, rojas y azules entretrejidas entre los radios y, poniendo a Pícaro sobre la canastilla, pedaleé por entre la multitud sin dejar de tocar el timbre, aportando así mi pequeña contribución a la jubilosa algazara de sirenas y repique de campanas.

Por la tarde, colmado ya mi entusiasmo, regresé a casa y di comienzo a la operación de aceitar mis trampas de cazar ratas almizcleras en la estación venidera. Pícaro, que se interesaba por todo lo que yo hacía, se acercó a oliscarlas. Un terrible pensamiento cruzó entonces por mi mente; dejé las trampas a un lado y tomé un catálogo de artículos para cazadores. Allí, precisamente en la primera página,

vi un hermoso mapache con la garrá atrapada en un poderoso cepo de hierro.

¿Habría alguien capaz de mutilar las manecitas busconas y sensitivas de un animal como Pícaro? Alcé del suelo a mi mapachito y le hice mil caricias atormentado por los remordimientos. Quemé el catálogo en la estufa y colgué las trampas en el desván del granero para no volver a usarlas jamás.

Los hombres habían dejado de matarse en Francia ese día... Y ese mismo día firmé un tratado permanente de paz con los cuadrúpedos y los pájaros.

Conflicto de Nochebuena

LAS PRIMERAS ráfagas de nieve, que llegaron temprano en diciembre, acumularon unos cuantos copos blancos a la entrada de la cueva de Pícaro en el roble. Yo la cubrí con un tejadillo de lata y revestí el agujero con mantas viejas para que tuviese un nido invernal confortable.

Aunque los mapaches no se alestargan durante el invierno como otros animales, sí duermen a veces varios días seguidos, al cabo de los cuales salen de la madriguera en busca de alimentos. Todas las mañanas antes de salir para la escuela entraba yo en la jaula, me acercaba al agujero del roble y tenía la gran satisfacción de palpar su cuerpo sedoso y calentito que respiraba pausada y rítmicamente. De vez en cuando despertaba el tiempo suficiente para sacar el hocico y mirar-

me con ojos soñolientos; entonces lo premiaba con un puñado de nueces.

Mis problemas financieros se agravaron con la proximidad de la Nochebuena. En los otoños pasados había llegado a ganar cazando ratas almizcleras hasta 75 dólares, que destinaba a la compra de regalos. Pero, desde que firmé mi tratado de paz, no tenía otro oficio más lucrativo que el de limpiar la nieve de los patios de los vecinos y vender revistas de casa en casa. El dinero se acumulaba así muy despacio.

Mas un sábado, después de haber dado una desconsoladora vuelta por las tiendas, paré en la oficina de correos y encontré dos cartas que mitigaron mis inquietudes en varios sentidos. La una era de Herschel, la primera que me escribía después del Armisticio; la otra de mi adorada hermana Jessica, que hacía estudios superiores en la Universidad de Chicago.

Herschel había salido con vida de la guerra y de la gripe. No obstante, le habían ordenado trasladarse al Rin con destino a una cabeza de puente cerca de Coblenza y, por tanto, no sería desmovilizado antes de seis meses. Nos pedía que no le enviásemos regalos de Navidad y agregaba que él traería los suyos consigo cuando regresara a casa.

Las cartas de Jessica eran siempre una felicidad para mí. De su genio había que esperar siempre exabruptos, pero también era cierto que compensaba sobradamente

aquello con su alegría y su buen humor. Nos anunciaba en aquella ocasión que vendría a casa para Navidad e incluía un cheque de diez dólares hecho a mi nombre para ayudarme en mis compras de Nochebuena.

Aliviada así mi crisis económica, emprendí las agradables tareas de comprar el árbol y engalanar la casa. Papá le daba muy poca importancia a tales cosas y, además, estaba de nuevo ausente y ocupado en sus negocios.

En seguida me di cuenta de que mi mapache me iba a plantear un nuevo y difícil problema. ¿Cómo haríamos para tener el árbol de Navidad y a Pícaro en la misma sala? Ya me imaginaba yo los destrozos que haría con los frágiles globos de vidrio y las figurillas. Y, con todo, era indispensable que él asistiera a la fiesta navideña como asistían mis otros animalitos consentidos.

Tuve una verdadera inspiración para resolver el problema. Tenía la sala una rotunda semicircular con seis ventanas que daban al jardín; era allí donde todos los años colocábamos el árbol. Compré y adorné un grueso pino cuyo follaje iba disminuyendo como un cono hasta la punta coronada por una estrella y que casi llenaba el lugar con su fragante verdor. Medí luego la anchura de la rotunda y corrí a mi banco de carpintería en el granero. En menos de una hora había terminado el trabajo.

Cuando regresó mi padre de su viaje, alegremente lo conduje a la

sala y le enseñé mi obra. Allí, sano y salvo tras una tela de alambre de gallinero, como para que no pudiera escapar y volverse a su selva nativa, estaba el pino muy emperejilado, y sus bolas de cristal bien seguras contra las truhanerías de mi mapache.

—¡Canastos! ¿Qué es eso, Sterling? ¿Otra jaula para Pícaro?

—Casi aciertas —le respondí—. Es para que Pícaro no se suba al árbol y dañe los adornos.

—Vaya, por lo menos es original.

—¿Crees tú que Jessica se pondrá muy furiosa?

—Quién sabe —respondió papá—. Nunca sabe uno cómo va a reaccionar Jessica.

La sorpresa de Jessica

SE APEÓ Jessica del único tren que llegaba todos los días de Chicago, que constaba de un coche de pasajeros, otro de carga, un furgón y un vagón de cola. El conductor la ayudó a bajar la escalerilla y papá y yo nos encargamos de la maleta y de los muchos paquetes que traía. Vestía sombrero de terciopelo de ala ancha, muy a la moda, abrigo nuevo con cuello de piel y botas altas que le llegaban hasta el borde del vestido. Había vendido recientemente algunos poemas y un cuento, y su aspecto era el de una persona adinerada.

Nos besó a ambos y luego, tomándome de un brazo, me miró con mirada crítica.

—Ya te está demasiado corta esa chamarra, Sterling... y te vas a

morir de un resfriado si no usas gorra.

—Nunca la ha usado —explicó mi padre.

Y, naturalmente, yo estaba limpio y bien peinado, de modo que Jessica no tuvo mucho que criticar.

El aire estaba helado y el sol radiante, y así seguimos andando camino de casa pasando frente a las tiendas de la calle de Fulton, charlando y riendo y haciéndonos infinidad de preguntas, como lo hacen los miembros de una familia que se reúnen tras larga ausencia para pasar juntos la Navidad. Pero apenas entramos en la sala, no se si Jessica sintió ganas de reír o de llorar. Aunque, a mi modo de ver, me había lucido en el adorno de la casa, con su corona sobre la chimenea, y ramos de acebo pendientes del techo abovedado de los pasillos, y candelabros, y hasta cintas navideñas atravesadas por entre las cuadernas de mi canoa —que serviría de depósito para nuestros regalos— de pronto vi todo aquello a través de los ojos de mi hermana: muebles empolvados, una canoa sin terminar, alambre de gallinero...

—¡Sencillamente, vosotros no podéis seguir viviendo en esta forma! —dijo Jessica—. Es preciso que contratéis una ama de llaves permanente.

—Pero, Jessica —protesté yo—: he trabajado tanto con el árbol y en los adornos, y en la jaula para que no entre Pícaro...

Ella rió y me estrechó en sus brazos, con ese cariño alocado y es-



Vale la pena consultar a Siemens

La Casa Siemens contribuyó a la electrificación de la Argentina.

La técnica Siemens influye hoy decisivamente el desenvolvimiento de la red de telecomunicaciones argentina.

Teléfonos y Teleimpresores Siemens le ayudarán a Vd. a solventar mejor sus negocios.

Para todo problema relacionado con la electrotecnia, le aconsejará a Vd. gustosamente la Siemens-Argentina S. A.

pontáneo que la caracterizaba, mas, para no perder terreno del que ya tenía ganado, agregó:

—Por lo menos podríamos sacar esa canoa y llevarla al granero.

—Hace un frío horrible allá afuera —le expliqué—. Y todavía me falta ponerle la lona.

—Está bien, ponle la lona y así nos quedará tiempo para darle una buena limpieza a la sala antes de Navidad.

—No puedo —le dije—. ¿No ves que gasté todo el dinero que tenía en la hechura de la jaula para Pícaro y el poco que he logrado juntar después se me ha ido en la compra de regalos? No me queda ya nada para la lona, que vale unos 15 dólares.

Jessica miró a papá severamente y luego suspiró, con un suspiro que quería decir que ni él ni yo teníamos remedio.

—Bueno, al menos voy a prepararnos algo decente que comer y a limpiar un poco esta casa.

—Hablas igualito que Dora —le dije.

—Nosotros vivimos contentos —terció mi padre—. Tan contentos como es posible estar... desde que murió tu madre.

—Déjate de sentimentalismos —le respondió Jessica, limpiándose las lágrimas—. Esperad un segundo que me ponga un delantal. Y otra cosa, tendréis que contratar una ama de casa, queraislo o no lo queráis.

La víspera de Navidad envolvimos nuestros regalos en secreto y

los colocamos dentro de la canoa, de acuerdo con el que iba a recibirlos, así: los de papá en la proa, los de Jessica en la popa y los míos en el centro. Después de cenar temprano, hicimos entrar los animales; primero Pícaro, para darle tiempo a que se despabilara para las festividades; luego Frondio y por último los gatos escogidos. Jessica se enamoró a primera vista de mi mapache; cuando lo vio forcejeando para agarrar los adornos del árbol, me dio toda la razón de haber colocado la alambarrera.

Siempre les dábamos a los animales sus regalos primero, porque, como los niños, a ellos les es muy difícil esperar. Cada gato recibió un ratoncillo aromático; Frondio —que por baboso tuvo que sentarse sobre una toalla de baño cerca de la chimenea— un collar nuevo; y para Pícaro hubo muchos dulces y nueces. En seguida se repartieron los paquetes de las personas de la familia: un manguito de piel para Jessica; una gorra de castor para papá; y para mí... un par de patines para hielo con sus botas, artículo raro en la región.

Encontré además un gran paquete en el centro de la canoa, sobre el cual se leía: "Para Sterling... de Jessica". Lo abrí apresuradamente y, ¡cosa increíble!... contenía suficiente lona, blanca y fuerte, para forrar toda mi canoa. Estuve a punto de llorar de emoción, pero Jessica salvó la situación diciendo:

—Quizá podamos sacar pronto esa canoa de la sala.

Regreso al bosque

DURANTE los meses de invierno patinaba a veces todo el día, ya jugando al *hockey*, ya describiendo sencillas figuras sobre el hielo; era casi lo mismo que volar. Cuando estaba despierto, le enseñaba a Pícaro a servirme de viviente gorra de piel. El mapache se agarraba fuertemente de mis cabellos, afianzaba sus patitas traseras en el cuello de mi chaquetón y así nos deslizábamos alegres y alocados sobre la superficie helada del estanque de Cul-ton.

También terminé mi canoa; extendí y estiré la gruesa lona sobre las cuadernas, la barnicé por dentro y la esmalteé por fuera con lustrosa pintura verde. En marzo, cuando aparecieron los primeros retoños de primavera, la canoa estaba lista para botarla.

A no ser por esto, pocos eran los motivos que tenía para alegrarme. Dora y Jessica se habían salido al fin con la suya. Íbamos a tener ama de llaves permanente, quisiéramos o no. Según ellas, la señora Quinn era la persona que reunía todas las condiciones: vieja, fea, pulcra en extremo e intolerante. Examinó la casa minuciosamente, pasó el dedo por los muebles polvorientos y exigió para ella mi dormitorio.

También nos presentó este ultimátum:

—¡Nada de animales dentro de la casa!

Siendo tan indudable como triste que papá no sería capaz de habér-

selas con nuestra nueva ama de casa, ideé varias estratagemas para burlarla. Pero en lo profundo de mi corazón sentía que nada podría salvar a Pícaro, que, muy aparte de las órdenes que ella daba, corría el constante peligro de morir de un balazo. Pocas noches hacía que se había escapado de la jaula para ir a merodear al gallinero de un vecino de muy malas pulgas y desde entonces el hombre había cargado la escopeta... para el caso de que se repitiera la incursión.

Además, como era ya un mapache hecho y derecho, no estaba muy contento haciendo el papel de animalito mimado. Una noche de luna oí unos chillidos furibundos. Tomé una linterna eléctrica, salí y encontré a Pícaro y a otro mapache macho tratando de agarrarse por entre los huecos de la malla. Espanté al intruso y le puse tintura de yodo en los arañazos que tenía el mío. Mas luego, otra noche, oí ruidos completamente distintos... el trémulo canturreo de una hembra enamorada que trataba de acercarse a Pícaro con propósitos más románticos. Entonces me di cuenta de que era egoísmo y falta de consideración de mi parte el querer privarlo de su vida natural en los bosques.

Un sábado, poco antes de que llegara la señora Quinn, tomé la resolución. Me acuerdo de ese día con todos sus detalles: la mañana estaba tibia y agradable; yo había dormido con Pícaro y juntos tomamos el desayuno en la mesa. No se estaba portando muy bien; caminó

sobre el mantel, llegó hasta el azucarero, lo destapó y se sirvió a su gusto. Un mapache de seis kilos es demasiado voluminoso para centro de mesa. Pero, pensando en mi plan, no pude reprimirlo.

Le avisé a mi padre que esa tarde el mapache y yo saldríamos a dar un largo paseo en canoa. Me pareció que él ya sabía lo que yo planeaba, porque nos miró a ambos compasivamente.

Llevando buena provisión de pan con mermelada, gaseosas con sabor a fresa y más de medio kilo de nueces, nos encaminamos al riachuelo donde tenía amarrada mi canoa. Pronto salimos al río Rock y tomamos aguas arriba hacia el lago Koshkonong. Pícaro durmió como un bendito durante las horas que luché contra la corriente. Despertó ya al ponerse el sol, cuando surcábamos el sereno espejo del lago hacia un oscuro y boscoso promontorio llamado punta Koshkonong.

Era una noche de luna llena, muy parecida a aquella en que yo había encontrado a mi amiguito, solo y desvalido, y lo había llevado a casa en mi gorra para darle leche tibia con una paja. Hoy ya era muy capaz de valerse por sí mismo, apto para procurarse sus alimentos, capaz de trepar a los árboles, de nadar y casi de hablar.

Entramos por la boca del riachuelo Koshkonong y seguí bogando aguas arriba hacia lo profundo de la selva. Le quité el collar y la traílla y juntos nos pusimos a escuchar los ruidos de la noche.

Por fin oí el que esperaba: el trémulo canturreo de una mapache. Pícaro se excitó y al poco tiempo respondió al reclamo con voz más grave. La hembra se acercaba a la orilla gorgiendo su canturía plañidera llena de tiernas promesas. Pícaro se plantó de un brinco en la proa de la canoa tratando de penetrar con la mirada las sombras bañadas de luna y husmeaba el aire preguntándose algo.

—Haz lo que quieras, mi mapachito —le dije—; goza de la vida.

Él vaciló todo un minuto, y luego volvió a mirarme, dio un salto dentro del agua y nadó a la orilla. Había decidido unirse con aquella hembra tentadora en alguna parte del bosque. Apenas alcancé a entreverlos juntos al resplandor de la luna antes de que desaparecieran para comenzar su nueva vida conyugal.

Dejé las nueces sobre el tocón de un árbol que había junto a la orilla, con la esperanza de que Pícaro las encontrara allí más tarde, y me puse a remar desesperadamente en dirección a casa.



A CIERTO químico que había descubierto un ingrediente secreto le preguntaron por qué lo agregaba a la gasolina, y respondió: "Sabe demasiado mal para ponérselo a los dentífricos".

—B. V.

*las escaleras y fué hacia la ventanilla de cambio. Un cospel,
el molinete, las puertas de aire
comprimido cerrándose con un
silbido y el suave ronroneo
de los motores eléctricos.*



**DIEZ MINUTOS
DESPUES,
ESTABA EN SU CASA,
CON LOS SUYOS.**



Nuestros productos
son índice de progreso

General Electric proveerá 80 nuevos coches subterráneos destinados a la
ción total del equipo rodante de la línea "C". Los motores eléctricos
cados por General Eléctrica Española, mientras que la Dirección. M
Fabricaciones Militares carrozará en la Argentina parte de los vehículos.
Así trabaja General Electric para el progreso argentino.

GENERAL ELECTRIC ARGENTINA
SOCIEDAD ANONIMA

BUENOS AIRES • CORDOBA • MENDOZA • ROSARIO • TU

